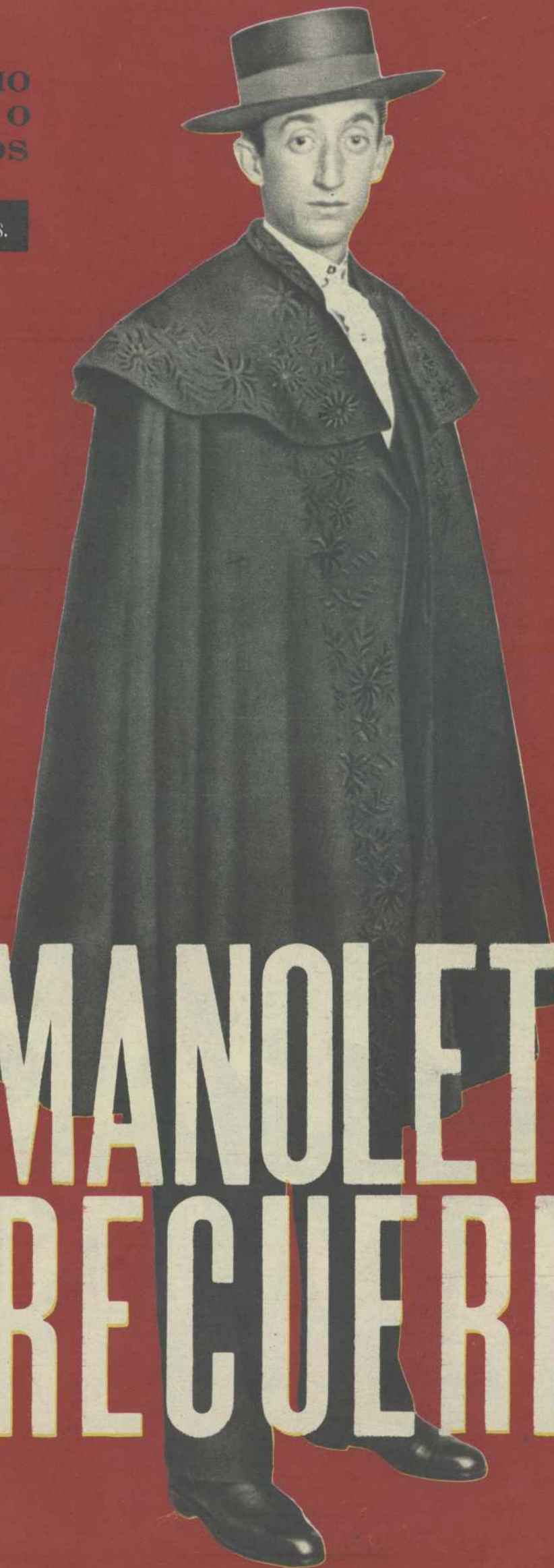


El Ruedo

SEMENARIO
GRAFICO
DE LOS TOROS

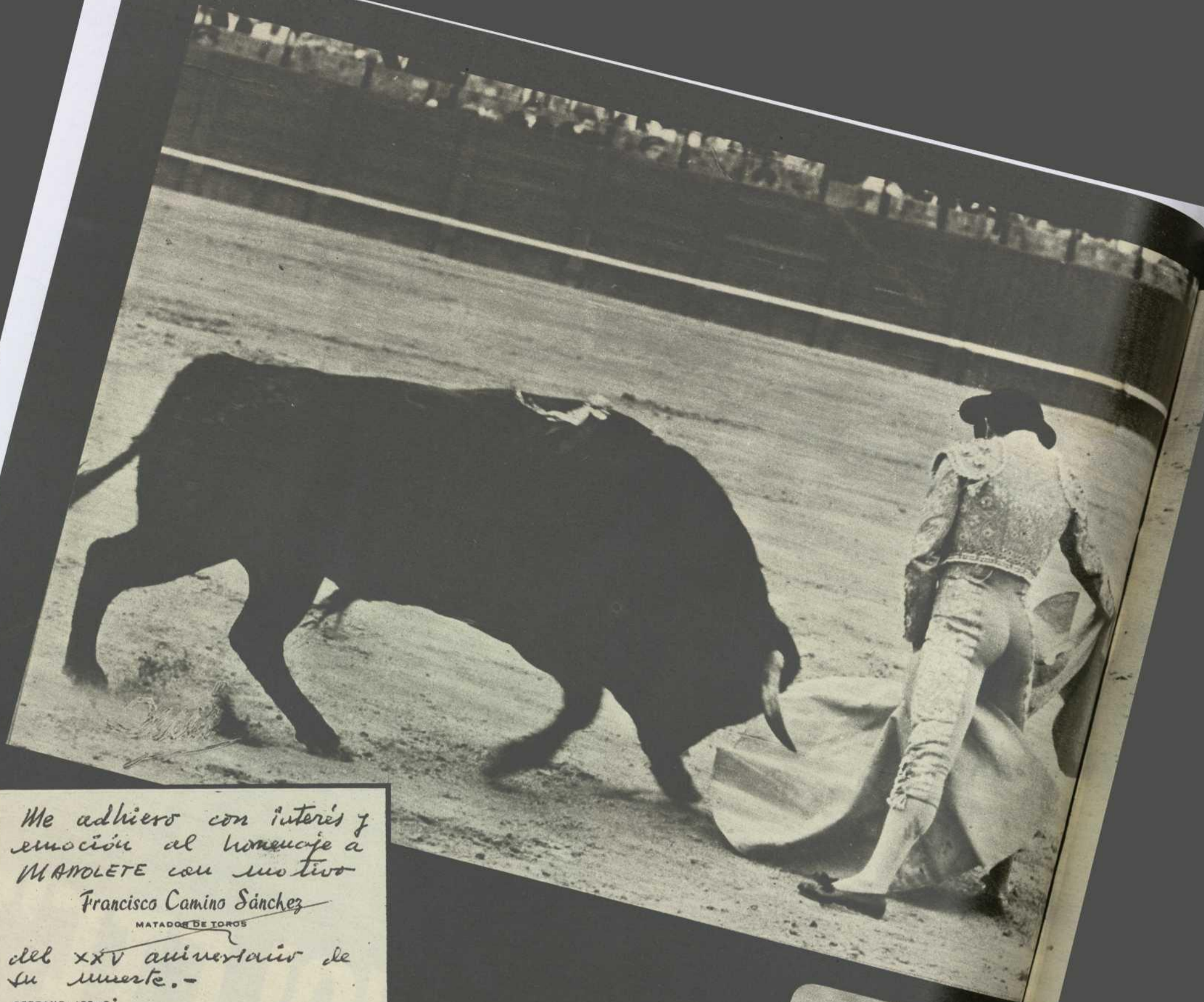
Año XXV. Núm. EXTRA - 29 agosto 1972. Precio: 25 ptas.



XXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE

“MANOLETE”

EN EL RECUERDO



*Me adhiero con interés y
emoción al homenaje a
MANOLETE con motivo
Francisco Camino Sánchez
MATADOR DE TOROS
del XXV aniversario de
su muerte. -*

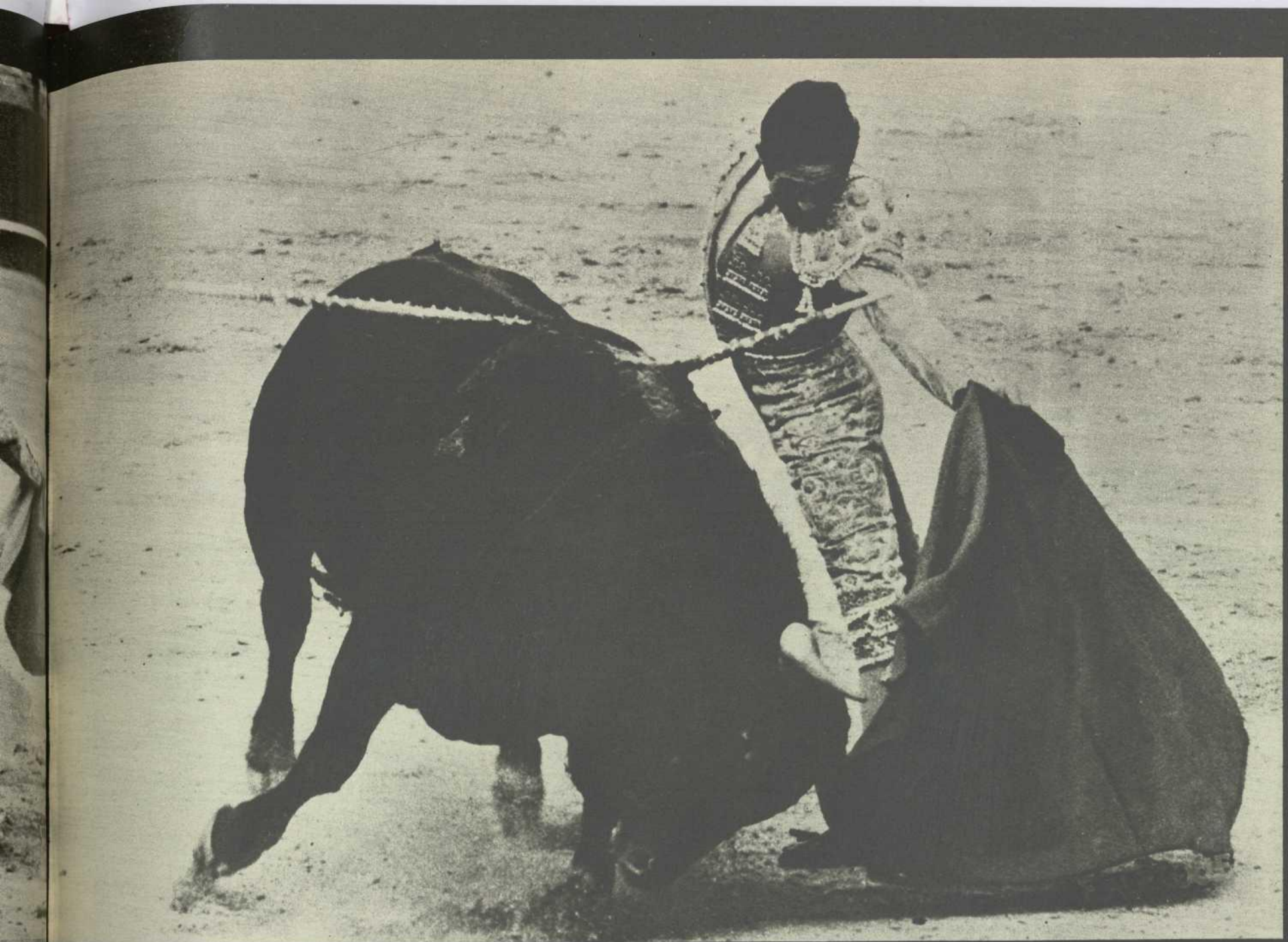
SERRANO, 166-3.
TEL. 262 55 79

MADRID-2

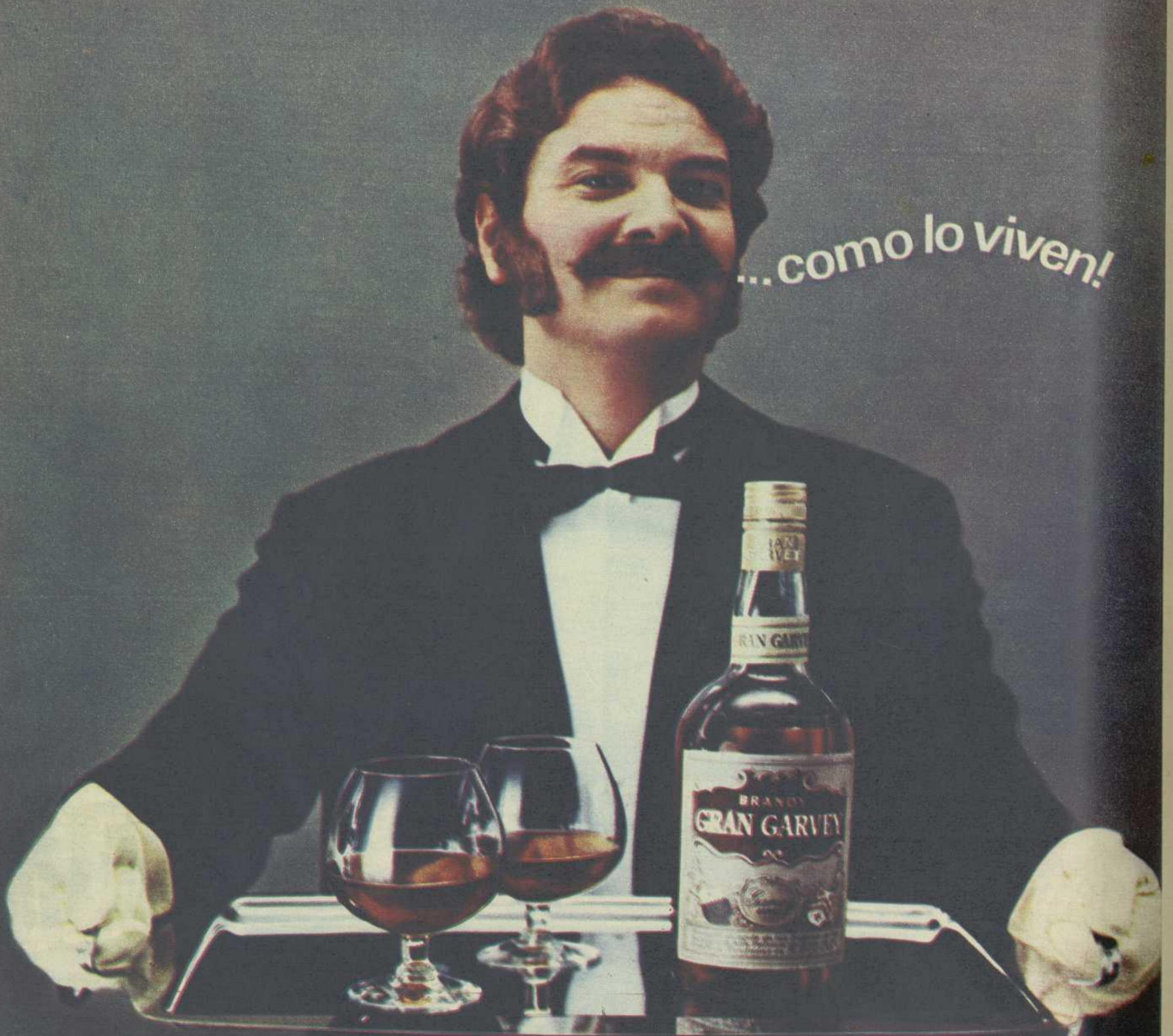
PACO CAMINO



Abre y cierra las Ferias de España



...como lo viven!



viva
A LO GRANDE
con
GRAN GARVEY

Garvey
JEREM

el
BRANDY
de
gran sabor
gran clase
gran reserva

EL RUEDO

Semanario gráfico DE LOS TOROS

FUNDADO POR MANUEL
FERNANDEZ-CUESTA
EL 13 DE MAYO DE 1944

Director:
CARLOS BRIONES

Dirección, Redacción y
Administración: Avenida
del Generalísimo, 142. Te-
léfonos: 215 06 40 (nueve
líneas) y 215 22 40 (nueve
líneas)

Año XXIX. — Madrid 29 del
VIII de 1972.—Número Extra
Depósito legal: M-381.958

Edita: PRENSA Y RADIO
DEL MOVIMIENTO



HOMENAJE EN EL RECUERDO

Un sincero y sencillo homenaje en el recuerdo a la figura de un hombre cabal y un torero de época es, ni más ni menos, lo que hemos pretendido con este número extraordinario dedicado a la figura de Manuel Rodríguez Sánchez «Manolete», al cumplirse hoy, 29 de agosto de 1972, el XXV aniversario de la muerte del torero en la ciudad de Linares. La idea de este extraordinario nos vino dada por gran número de cartas y sugerencias de nuestros lectores, que estimaban necesario, en fecha tan señalada, que la revista de los toros acercara de nuevo al aficionado la gran personalidad humana de Manolete y su resonante y estelar paso por los ruedos españoles y americanos, cubriendo en un primerísimo plano toda una época de la Fiesta española más nacional.

Nuestro propósito no hubiese sido posible sin la colaboración de infinidad de personas que conocieron y trataron en la intimidad a Manolete, sin el concurso de numerosas personalidades que analizan desde distintos ángulos la vida del diestro desaparecido, sin la inestimable ayuda de la familia del torero cordobés, que en todo momento puso a nuestra disposición datos inéditos, fotografías y recuerdos... A todos, nuestra sincera gratitud en nombre de los lectores. Gratitud que abarca a figuras tan populares y queridas de los públicos en esta y otras épocas, como Alvaro Domecq y Díez, Camará, Luis Miguel «Dominguín», Manolo Escudero, Fermín Rivera, etcétera; escritores y periodistas, como Rafael García Serrano, José Sanz Rubio, Eduardo de Guzmán, Gerardo Diego, Mariano Tudela...; ganaderos, como Atanasio Fernández y Carlos Urquijo. Y una lista que se haría interminable.

Aquí está, sin más pretensiones que las expuestas al principio, el homenaje de la revista a un gran torero caído en la arena ardiente de los ruedos, nuestro recuerdo a Manolete. Para los que tuvieron la suerte de conocer al torero en los ruedos, pueden servir las páginas que siguen para refrescar y revivir de algún modo imágenes que fueron el centro de la Fiesta durante años, y hoy cobran actualidad ante la conmemoración; para las últimas generaciones de aficionados a la Fiesta, la figura de Manolete, hecha leyenda, puede adquirir unos perfiles más nitidos y concretos.

Manolete, pese a los cinco lustros transcurridos, sigue vivo en el recuerdo de todos los aficionados

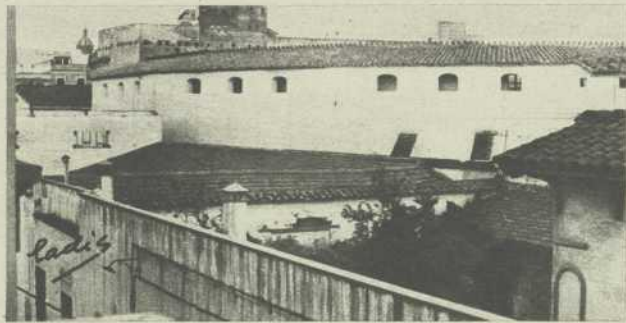
EL RUEDO

EN ESTE NUMERO

- ★ FLASH MANOLETE
- ★ BIOGRAFIA DEL DIESTRO,
por Eduardo de Guzman
- ★ «MI HERMANO MANOLO»,
por Angela Rodríguez Sánchez
- ★ «MANOLETE EN EL RECUERDO DE
SU MADRE»
(Entrevista de Jesús Sotos)
- ★ «MANOLETE AMIGO»,
por Alvaro Domecq y Díez
- ★ «EN LAS CRONICAS VIAJERAS»,
por K'Hito
- ★ «DOS MIRADAS DE MANOLETE»,
por Luis Miguel «Dominguín»
- ★ «MANOLETE EN PORTUGAL»,
por Saraiva Lima
- ★ OPINIONES DE QUIENES LE
CONOCIERON PROFUNDAMENTE
- ★ «MANOLETE EN EL CAMPO»,
por Atanasio Fernández
- ★ «ONCE HORAS DE ANGUSTIA»
(la cogida y muerte del «monstruo»,
minuto a minuto)
- ★ «MANOLETE EN MEJICO»,
por Fermín Rivera
- ★ «UN HOMBRE SERIO»,
por Ramón Lodaes
- ★ OPINAN DE MANOLETE
(entrevistas, en Córdoba, con los
amigos del torero)
- ★ MANOLETE EN LA POESIA
- ★ MANOLETE ANALIZADO POR SU
MEJOR BIOGRAFO,
por el ganador del concurso «Las
diez de últimas»
- ★ «RECUERDOS DE UN VIEJO
AFICIONADO»,
por José Sanz Rubio
- ★ «YO PERDI LA AFICION»,
por Rafael García Serrano

FLASH MANOLETE

Manolete amó a su madre con verdadera devoción de hijo. Nunca negó esta virtud. Y tras la madre, el amor por las hermanas, «a quienes quiero —decía— con toda mi alma». He ahí una fotografía familiar



Desde la terraza de su casa podía verse la plaza vieja cordobesa, de tantos éxitos suyos. Con razón decía el torero que «con una pasarela un ría ésta con la plaza de sus amores»



Autógrafos por donde quiere que fuera. El «monstruo» de la tauromaquia se veía siempre invadido por peticionarios en cualquier ciudad de España y del extranjero, y en cualquier sitio...



¡Cuántas veces agotó el billeteaje de las plazas Manuel Rodríguez «Manolete»! El «No hay billetes» que aparece en la fotografía fue casi norma de sus actuaciones

3
 CORDOBA 20 de Abril de 1928.
 "El Acordianista"
 Exm. Sr. Don Ciriaco Cascajo y Cia.
 Mi respetado y querido General: El artillero de este Regimiento MANUEL RODRIGUEZ MARCHEL (Manolete), me pide autorización para torear el domingo próximo en la Plaza de LUCENA, petición que traslado a V. por si tiene a bien concederle el oportuno permiso.
 Como quiera que según me ha informado hechas varias contrataciones, desearía de V. caso de ser posible, que me autorizara para permitir que el citado artillero pueda tomar parte en las corridas que se celebran en la actual temporada.
 Sin otro particular queda de V. suyo affm. amigo y subordinado que le saluda.
 José Manolapina



En el campo —otra de sus delicias y de sus aficiones por estar tan ligado a las cosas del toreo— solía, acompañado de amigos, participar en bromas como ésta...



Se habló de amores y de amoríos de Manolete..., como de todos los famosos. Pero el comentario que más cuerpo tomó fue su amor con Lupe Sino, con quien apareció en la fotografía

Durante su tiempo de «milli» como artillero, de vez en vez, o de cuando en vez, había que pedir permiso para que el diestro pudiera torear. Esa es una muestra. Casi siempre era autorizado por el general respectivo



De que Manolo era una persona seria es un hecho cierto. Pero también solía divertirse con prudencia y hacerse esas fotografías en la caseta de Feria «de paso»



En varias ocasiones se reunió con los intelectuales, a los que no rehusó nunca. Es más, le gustaba alternar con ellos, escuchar sus conversaciones y luego sacar conclusiones claras...



Manuel Rodríguez, cuando el paréntesis de contratos se lo permitía, gustaba de marchar al campo, a las fincas, montar a caballo y dialogar con los amigos...

A Manolete le gustaba mucho pintar, sobre todo, toreros. Y sentía gran admiración por este cuadro que un artista le hiciera y que desde el primer momento de la entrega presidió el amplio salón de su palacete



La primera salida a América —sobre todo, Méjico— resultó un éxito artístico e inolvidable, amén de patriótico. Así se le recibió a su regreso. Manolete se emocionó ese día...

Siempre que podía asistía a las corridas de toros con sus inconfundibles gafas ahumadas. Esas gafas que pasaron a la posteridad, tal su fama, con el nombre de «manoletinas»



Manolete se entregaba de verdad a su profesión en cualquier Feria, en cualquier pueblo. Y esta estampa era clásica en él al finalizar la faena...



Su fama y su prestigio le llevaron en infinidad de ocasiones a aceptar la invitación de los artistas, deseosos de llevar al lienzo o al barro su efigie. Aquí posa ante Ruiz Olmos



¡Cuántas veces saldría Manolete a hombros de las plazas! Serio, ni el vaivén de la pasión perturbaba su agilidad para poder firmar de esa forma un autógrafo al apasionado aficionado



¡Buen trio de ases! Nada más, ni tampoco nada menos, que Pepe Luis Vázquez, Domingo Ortega y Manolete. Observen la sonrisa de El Monstruo en la fotografía. Es que era una terna «de guzto»...



La gran popularidad, la fama bien ganada le llevaron en muchas ocasiones a ser protagonista de documentales cinematográficos. Como es lógico, debía someterse antes al maquillaje...

Monumento que se erige a su memoria en la ciudad que le vio nacer, en Córdoba. Fue costado por suscripción pública, y ahí está el ejemplo del cariño que sus paisanos sentían por el coloso torero



Tentaderos múltiples en vísperas de comenzar la temporada siguiente. Entre vaquilla y vaquilla, becerro y becerro, un rato «a alegrías», que tampoco venía mal...



Actualmente las Peñas taurinas cordobesas costearán un monumento para honrar todavía más la memoria de Manolete. Es obra del laureado escultor Ruiz Olmos y será regalado a la ciudad de Barcelona

(Fotos LADIS y gentilmente cedidas por amigos del diestro.)

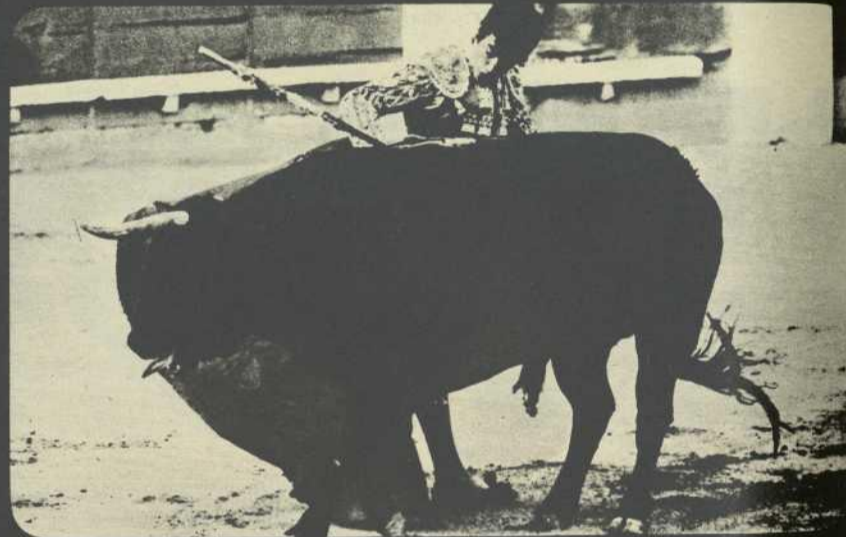
GABRIEL DE LA CASA



El auténtico «guerrillero» en solitario
ASI, SOLO, COMENZO SU TEMPORADA



Solo pero con... **SU ARTE**



y... con **MAS ARTE**

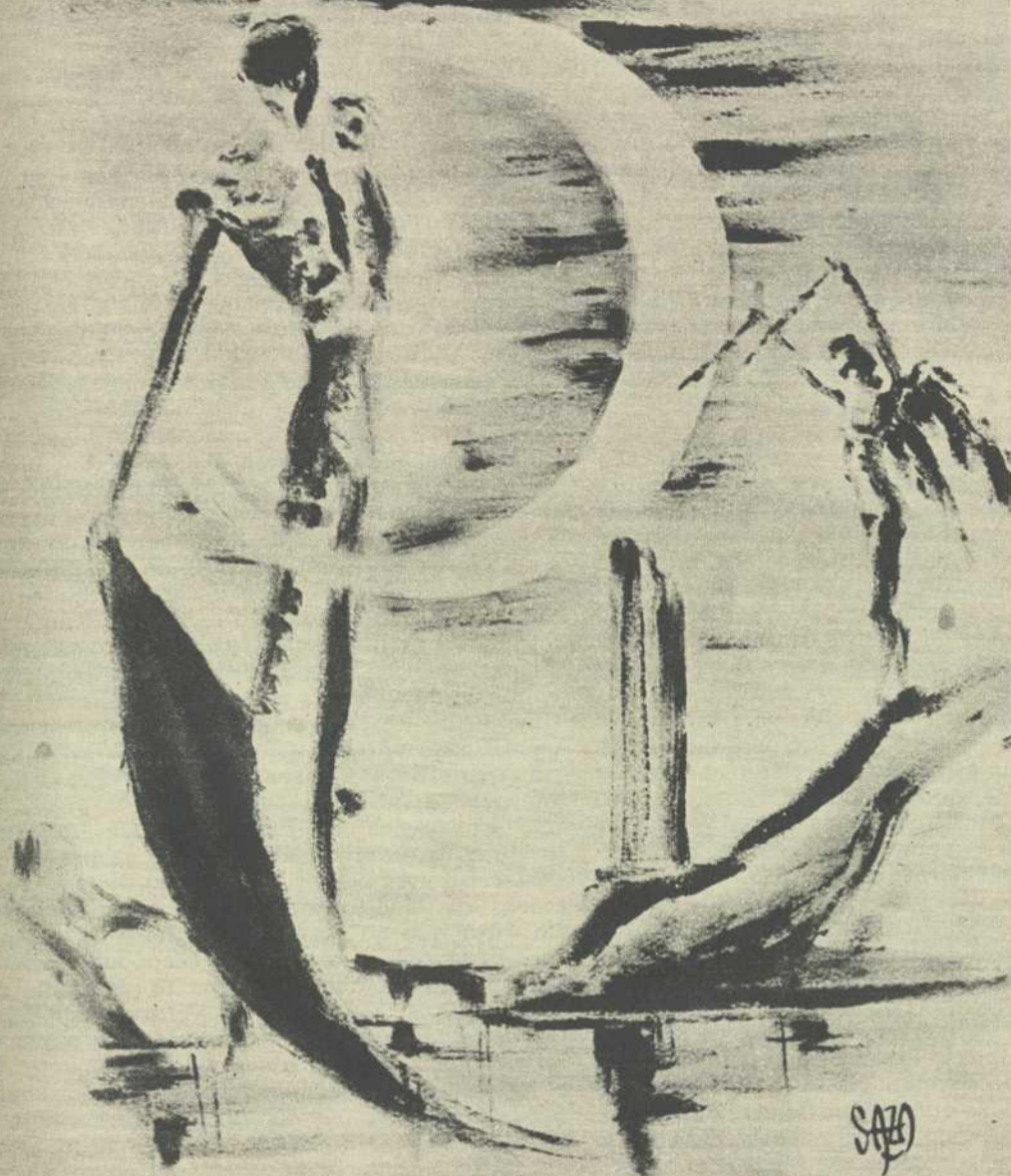
ENTUSIASMANDO
a las multitudes

60 CORRIDAS



EL TORERO Y SU EPOCA

Por Eduardo DE GUZMAN



I
 Cuando el 1 de abril de 1939 concluye la guerra de España, las perspectivas no pueden ser más sombrías para la Fiesta brava. En efecto, muchas ganaderías de Castilla, Extremadura y Andalucía desaparecen durante la contienda, sacrificadas sus reses para sostener a una población escasa o falta de recursos alimenticios. Incluso las que se salvan sufren sensibles disminuciones en sus vacadas. No parece que pueda contarse con toros suficientes en cuatro o cinco años. Por otro lado resulta inevitable que el interés popular por el espectáculo taurino decaiga. ¿Qué importancia concederán al valor de los toreros quienes han pasado cerca de tres años combatiendo en primera línea, poniendo en riesgo constante la propia vida? ¿Cómo van a emocionarse con el peligro de los ruedos gentes que han vivido la angustia de los bombardeos intensos, de la huida azarosa, del escondite y la clandestinidad?

Todos los temores parecen confirmados al reanudarse la actividad taurómaca. Luego

de treinta y tres meses de forzado paréntesis en la mayor parte de España hay un ansia comprensible de divertirse, olvidando sufrimientos, y el público llena las plazas en las primeras corridas. Cabe temer, sin embargo, que pronto las vuelva la espalda, desilusionado por lo que en ellas presencia. Las reses que se lidian son más pequeñas, con menos casta y bravura que las de antes; los toreros, lejos de crecer, por contraste con sus enemigos, parecen haberse achicado también. ¿Quién puede, en estas circunstancias, encender llamaradas de entusiasmo en los espectadores, salvando la crisis que amenaza al espectáculo más nacional?

No es muy alentador el panorama que ofrece la torería andante. Chicuelo, El Niño de la Palma y Cagancho, en plena decadencia, ya las temporadas que preceden a la guerra, no inspiran grandes esperanzas. Marcial, Barrera y Villalta llevan muchos años de matadores de toros y han dado de sí hace tiempo lo mejor que pueden dar. Márquez está retirado; Manolo «Bienvenida» ha muerto en

1938, y ni Armillita ni Garza, ni los nuevos toreros que triunfan en Méjico —Alberto Balderas, Fermín Rivera y Silverio Pérez— pueden actuar en España. Queda Ortega, naturalmente. Pero ¿podrá lucir su poderío de domador de cornúpetas cuando los toros de la posguerra no plantean dificultades, salen vencidos de los toriles y ruedan por la arena al tercer muletazo de castigo?

La solución sólo puede estar en la savia renovadora que aporten al toreo diestros diferentes de los ya conocidos. Resulta dudoso, sin embargo, que estos toreros hayan podido surgir en los años en que la Fiesta estuvo casi totalmente interrumpida. Algunos aficionados procedentes de la que ha sido zona nacional, de Andalucía especialmente, se expresan en forma optimista. Aparte de varios matadores que han tomado la alternativa durante la guerra existe una pléyade de prometedores novilleros. Más aún: varios de estos últimos son ya realidad tangi-

★ *Prólogo a una historia desapasionada..., pero apasionante*

★ *La importancia que en la trayectoria del toreo tuvo la temporada 1939*

biografía

★ *Manuel Rodríguez Sánchez nació en Córdoba (5-7-1917)*

★ *Hijo de padre torero del mismo nombre, apellidos y apodo, que luego adoptaría el «monstruo»*

★ *Infancia poco feliz*

★ *Fue un chico serio, pensativo, de una prematura gravedad*

★ *Vocación taurina heredada desde niño*

★ *A los doce años dio los primeros capotazos*

ble, más que promesa espezanzadora.

Pero casi todos son desconocidos en las ciudades más populosas; el público en general y los aficionados —madrileños, barceloneses o valencianos— no ocultan su escepticismo. De los que han tomado la alternativa, Madrileño es torero de escasa calidad, que ya hubo de renunciar al doctorado una vez, incapaz de sostenerse entre los matadores de toros; Pascual Márquez es valiente y pundonoroso, pero tosco de estilo y corto de recursos. Aunque el segundo Juan Belmonte, hijo del Terremoto de Triana, sea todo lo que dicen sus entusiastas, le faltan volumen y fuerzas para sostener sobre sus hombros el tinglado de la Fiesta, que amenaza derrumbarse... Respecto a los novilleros aún es mayor la desconfianza. Del más destacado de todos —un cordobés apodado Manolete— recuerdan algunos que actuó en la plaza arrabalera de Tetuán de las Victorias, pasando totalmente inadvertido. Los otros —Pepe Luis Vázquez, Gallito, Paquito Casado, etc.— quizás apunten cierta clase, pero habrá que verles. Conviene poner en cuarentena los juicios generosos de los aficionados béticos, a los que ciega con facilidad una pasión localista. Con los pretendidos fenómenos de 1939 puede repetirse lo sucedido en tantas ocasiones con otros semejantes: que su prestigio se desvanece sin dejar rastros apenas pisan la plaza de Madrid y tropiezan con un enemigo de cierto cuidado.

En la Monumental madrileña la Fiesta se reanuda con animación en los tendidos y mediocridad en la arena. Van desfilando sin demasiado éxito numerosos toreros. A todos se les nota que han pasado tres años de inactividad. Aunque los toros y los novillos que se lidian muestran escasa fortaleza, apenas pueden con ellos. Los aficionados

tuercen el gesto. Es precisa una renovación urgente, diestros que sean capaces de transformar el panorama. ¡Si fuera verdad lo que cuentan algunos de los toreritos surgidos durante la guerra...! Por desgracia, el novillero auroleado de mayor fama —Manuel Rodríguez «Manolete»— toma la alternativa, sin pasar por las Ventas, el 2 de julio de 1939, en la Maestranza sevillana.

Once días después de la alternativa sevillana de Manolete se anuncia la presentación en Madrid de uno de los novilleros más jaleados por la afición andaluza: Pepe Luis Vázquez. La expectación popular llena la plaza, pese al calor asfixiante, a que la corrida se celebra en jueves y a que los compañeros de terna del debutante no ofrecen demasiados alicientes. Se lidian novillos de Domingo Ortega, que, prácticamente, hace la presentación de la vacada, adquirida meses antes en sustitución de las reses que integraban su anterior ganadería, sacrificadas durante la guerra. La novillada tiene una nota trágica: Félix Almagro, que lleva varios años sin destacar y tres novilladas seguidas en Madrid buscando un éxito que no llega, se lo juega todo en el cuarto animal corrido. Se arrima demasiado al torear de muleta, y el astado le alcanza de lleno, infiriéndole una cornada en el cuello, que determina su fallecimiento un par de horas después.

Junto a la nota lúgubre, la novillada tiene otra brillante: el toreo de Pepe Luis Vázquez. Aun sin alcanzar un éxito clamoroso, porque no está acertado con la espada, muestra con capa y muleta finura de torero grande y un garbo natural y espontáneo que recuerda al Chicuelo de veinte años atrás. Vuelve a torear diez días después —el 23—, y no sólo ratifica, sino que supera la impresión causada la primera tarde, confirmando

los vaticinios sevillanos. Madrid lo consagra en poco tiempo como auténtica figura.

Pero no es sólo Pepe Luis quien contribuye a que la temporada, iniciada en tono grisáceo, adquiera relieve y brillantez. La tarde del 23 de julio, en que Vázquez torea por segunda vez en la Monumental, hace su presentación Rafael Ortega «Gallito». Hijo de un banderillero de Joselito y sobrino carnal de los Gallos, en este nuevo Gallito predomina la sangre gitana. Si Pepe Luis rememora al Chicuelo de su mejor época, Rafael evoca el toreo solemne y mayestático de Cagancho y Curro Puya. Y sólo dos días después, el 25 de julio, pisa la arena madrileña el tercero de los novilleros sevillanos surgidos durante la guerra. Pequeño de estatura, bullicioso y animoso, Paquito Casado convence a los espectadores por su valor sin trampa ni cartón. Aclamado el día de su presentación, conquista un éxito ruidoso en su repetición, el 15 de agosto siguiente. Y en ese mismo mes de agosto —el jueves día 3— hace su presentación en el ruedo de la Monumental un muchachito de diecisiete años, llamado Antonio Mejías y apodado «Bienvenida». El arte depurado del tercer hijo torero del Papa Negro no ha llegado aún a la granazón, y de momento el triunfo no es tan ruidoso como el de los toreritos andaluces. Sin embargo, en la aparente sencillez de su toreo, ya adivinan los aficionados la figura de un gran torero.

Estos cuatro novilleros que se presentan en Madrid en el espacio de tres semanas constituyen una inyección de fe y esperanza para la afición alicaída. Demuestran que, superado el terrible bache de la guerra civil, la Fiesta sigue. En España podrán haber terminado muchas cosas, pero entre ellas no se encuentran los toros. El tamaño de



De izquierda a derecha, doña Angustias Sánchez y don Manuel Rodríguez, padres de Manolete, a quien la madre mantiene en brazos. Es la única fotografía que se conoce del torero en edad «de mantillas». En la otra gráfica, Manolete niño, en vez de jugar en cual-

quier plaza de Córdoba al toro «de mentirijillas», como los demás niños de su edad, él lo hacía en la Escuela Taurina de Montilla con un becerro «de verdad». En la siguiente, Manolete el día que estrenó pantalón largo

las reses ha disminuido considerablemente por imperativo de las circunstancias. Sin embargo, conforme demuestra la experiencia de todos los toreros, cuando pisan los ruedos toreros que de verdad interesan, el público se desentiende del trapío de los asientos. Y tanto los diestros sevillanos como Antonio "Bienvenida", parecen muy capaces de encandilar y apasionar a las gentes. Acaso nunca fue tan necesario como en esta etapa crítica, en que las vacas flacas de los sueños del faraón egipcio tienden su perfecta equivalencia en los toros minúsculos, pesadilla de los amantes de la Fiesta brava.

Como coronación triunfal de una temporada esperanzadora —en contraste con el agudo pesimismo de su iniciación— se celebra el 12 de octubre en Madrid una corrida extraordinaria. En ella reanuda un novillo Juan Belmonte, y con toros de Antonio Pérez confirman sus alternativas Juan Belmonte, hijo, y Manuel Rodríguez "Manolete", ambos de manos de Marcial Lalanda. La plaza se llena, y nadie sale defraudado. Como es lógico, el interés popular se centra en los dos matadores que actúan por vez primera en la Monumental. Juanito Belmonte es torero valiente y voluntarioso, pero sin una clase depurada. Se enrabia con sus enemigos y consigue dominarlos a fuerza de aguante y decisión. Con el capote brilla de una manera especial en una serie de faroles ejecutados con limpieza y precisión; con la muleta, también alcanza relieve en los pases marginales—afarolados y molinetes—, a los que imprime emoción y viscosidad.

Pero no es, contra lo que muchos cegados por su nombre han supuesto, émulo y continuador de su padre; entre un Belmonte y otro hay una enorme y fundamental diferencia.

Manuel Rodríguez "Manolete" sorprende e impresiona a las gentes. Es hombre alto, delgado, de cara angulosa y gesto inmutable de perfecto jugador de póquer, dotado de una personalidad acusada e inconfundible. Si físicamente se parece a pocos, toreando no guarda semejanzas con nadie. Es un torero serio, grave, de lento andar y pausados movimientos. Delante del toro no tiene nervios. Los pitones siluetean muchas veces su figura; en ocasiones, el astado duda en la acometida o se frena en el centro de la suerte. Manolete no se mueve ni contrae un sólo músculo de su rostro. Sigue impassible, con la muleta tendida ante el cornúpeto, forzándole a seguir la debida trayectoria. El público le ovaciona en su primer enemigo y le aclama con encendido entusiasmo en el sexto. No corta orejas, sin embargo. Importa poco porque consigue algo más difícil y meritorio: que todo el mundo salga de la plaza convencido de haber asistido al nacimiento de una nueva época del toreo. Una época que irá indisolublemente unida al nombre del diestro de Córdoba.

(Deliberadamente nos hemos extendido en esta especie de prólogo a la biografía desapasionada, pero apasionante, de una de las figuras cumbres de la tauromaquia, que escribimos a continuación. Lo consideramos interesante y preciso para indicar a los nuevos aficionados nacidos con posterioridad, la importancia capital que la temporada de 1939 tuvo en la trayectoria seguida por el torero en los treinta y tres años últimos, con sus virtudes y sus defectos. Si todo hombre —esencialmente cuando se trata de un artista— es hijo de su tiempo, producto natural y, en cierto modo, obligado de las circunstancias en que nace, vive y desarrolla su obra, sólo podemos conocer a Manolete dentro del cuadro

de su época, del ambiente en que se mueve, de los condicionamientos de la Fiesta en un momento dado, de la actitud de los públicos ante quienes actúa y de las posibilidades taurómicas de los diestros con los que compite y a los que supera. De varios de esos rivales y competidores hemos hablado en los párrafos precedentes; de otros, surgidos antes o después, en el transcurso de su carrera profesional, hablaremos más adelante.)

II

Manuel Rodríguez Sánchez, el futuro Manolete, nace en Córdoba, el 5 de julio de 1917. Es hijo de un matador de toros de muy segunda fila, con su mismo nombre, apellidos y apodo, ya en el ocaso irremediable de su vida artística, y de doña Angustias Sánchez, que años atrás estuvo casada en primeras nupcias con otro torero cordobés, famoso en los comienzos de siglo: Rafael Molina "Lagartijo Chico". Muere el padre el 5 de marzo de 1924, cuatro meses antes de que el hijo cumpla los siete años. Como sucede en tantos hogares españoles, se lleva consigo "la llave de la despensa", conforme entonces se dice con tan gráfico como doloroso realismo.

Manolete, a quien nada en la vida se le dará gratis, no tiene una infancia feliz en un hogar donde no reina, precisamente, la abundancia. Es un chico serio, pensativo, de una prematura gravedad, que advierte desde muy niño el alcance de los problemas familiares y sueña con ayudar personalmente a resolverlos. Igual que les sucede a tantos muchachos andaluces, pone todas sus esperanzas de superación en el toreo. No sólo porque parece el camino más rápido para conquistar todo lo que hace la vida apetecible, sino el único abierto a

sus conocimientos y posibilidades. Pero si ambas cosas influyen en su decisión, acaso ejerce aún mayor fuerza en su ánimo el ambiente y los antecedentes familiares.

Dicho queda en párrafos anteriores que su padre —Manuel Rodríguez Sánchez "Manolete"—, exactamente igual que su hijo— ha sido matador de toros con cierta nombradía, entre los años 1907, en que toma la alternativa, y 1914, en que inicia una rápida y completa decadencia, habiendo actuado en alguna temporada —la de 1910— en 41 corridas, llegando a torear en Méjico y Venezuela. Un hermano de su padre, José Rodríguez "Bebé Chico", también fue matador de toros, aunque de menos fama y categoría. En cuanto al primer marido de su madre —del que doña Angustias enviudó en 1910— fue uno de los toreros que por su arte y condiciones naturales e innatas para la lidia hizo concebir a los cordobeses —empezando por su tío carnal Lagartijo "el Grande"— las más rosadas ilusiones. Pero este Rafael Molina "Lagartijo Chico", compañero inseparable de Machaquito en sus tiempos novilleriles, no dio de sí todo lo esperado, acaso por culpa de la dolencia que le llevó a la tumba en lo más florido de su juventud.

No son estos tres los únicos antecedentes familiares taurinos del joven Manolete, emparentado con buena parte de los toreros cordobeses de la segunda mitad del siglo XIX. Su abuelo es un buen banderillero del segundo tercio de la centuria, y un hermano de éste, José Dámaso Rodríguez, "Pepepe", un matador con bien ganada fama de arrojado, que perece en la plaza madrileña de la Puerta de Alcalá, el 20 de abril de 1862 —en corrida que presencia la Reina Isabel II—, certeramente herido por el toro "Jocinero", de Miura. (Es curioso consignar

que esta desgracia, primera que ocasionan las reses de Miura en los ruedos, marca el punto inicial de la temible aureola que desde hace ciento diez años envuelve a la famosa vacada, y que el propio Manolete, muerto ochenta y cinco años después, en la plaza de Linares, por otro toro de igual divisa, cierra la lista de víctimas causadas por la misma. Basándose en esta coincidencia, un escritor americano, en un reportaje escrito a poco del desgraciado final del diestro cordobés, presenta la nueva tragedia como una consecuencia lógica de una casi secular y encarnizada pelea entablada entre los toros de Miura y los toreros de la familia Rodríguez.)

Pero si la abundancia de antecedentes familiares taurinos marca desde la infancia el camino de Manuel Rodríguez, casi forzándolo a seguirlo, no le proporcionan ayudas ni facilidades de ninguna clase. Sin protectorés influyentes, luchando a cuerpo limpio por abrirse paso en una arriesgada profesión, esforzándose por adquirir los conocimientos indispensables para poder enfrentarse a los cornúpetas en los ruedos de las plazas, Manolete se une a otros muchachos con sus mismos deseos y aspiraciones, y juntos frecuentan vacadas, tientas y herraderos. Según parece, cuando el joven Manuel no tiene más que doce años consigue dar sus primeros capotazos a una becerro en la finca «Lobatón», sita en las inmediaciones de Córdoba. Un año más tarde, en 1930, consigue torear algunos erales en la Escuela Taurina de Montilla. Varios de sus biógrafos afirman que el Domingo de Resurrección de 1931 —meses antes de cumplir sus catorce años— interviene en Cabra en un espectáculo, cuyo principal atractivo es la actuación de la señorita torera Juanita Cruz.

✱ ✱ SIGUE

En la ciudad de Córdoba, Capital de su provincia, el día cuatro del mes de julio de mil novecientos treinta y siete, yo don Miguel Blanco Moreno, cura párroco de la iglesia del arcángel san Miguel de la misma, bauticé solemnemente en ella a un niño, que nació el día cuatro del mismo mes, a la una y media de la noche, hijo legítimo de don Manuel Rodríguez Sánchez y de doña María de las Angustias Sánchez Martínez, su mujer, ambos de ésta naturales. Abuelos paternos, don Manuel y doña Angustias, naturales de ésta, y maternos, don Antonio y doña Teresa, que lo son de Aranjuez y de Albalade, respectivamente. Se le puso por nombre Manuel Laureano y fueron sus padrinos, don Francisco Rodríguez, natural de Córdoba, casado, y la señorita María de los Dolores Molina Sánchez, soltera, de ésta natural, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas; siendo testigos, don Manuel Manosalvas y don Demetrio Medina, ministros de esta iglesia. Para que conste, lo firmo en

ACTA DE NACIMIENTO.—«En la ciudad de Córdoba, capital de su provincia y Obispado, en nueve de junio de mil novecientos diez y siete: Yo, don Miguel Blanco Moreno, cura párroco de la iglesia del Arcángel San Miguel de la misma, bauticé solemnemente en ella a un niño que nació el día cuatro del mismo mes, a la una y media de la noche, hijo legítimo de don Manuel Rodríguez Sánchez y de doña María de las Angustias Sánchez Martínez, su mujer, ambos de ésta naturales. Abuelos paternos, don Manuel y doña Angela, naturales de ésta; y maternos, don Antonio y doña Teresa, que lo son de Aranjuez y de Albalate, respectivamente. Se le puso por nombre Manuel Laureano y fueron sus padrinos don Francisco Rodríguez, natural de Córdoba, casado, y la señorita María de los Dolores Molina Sánchez, soltera, de ésta natural, a quienes advertí el parentesco es-



(Foto LADIS.)



Tele

PA

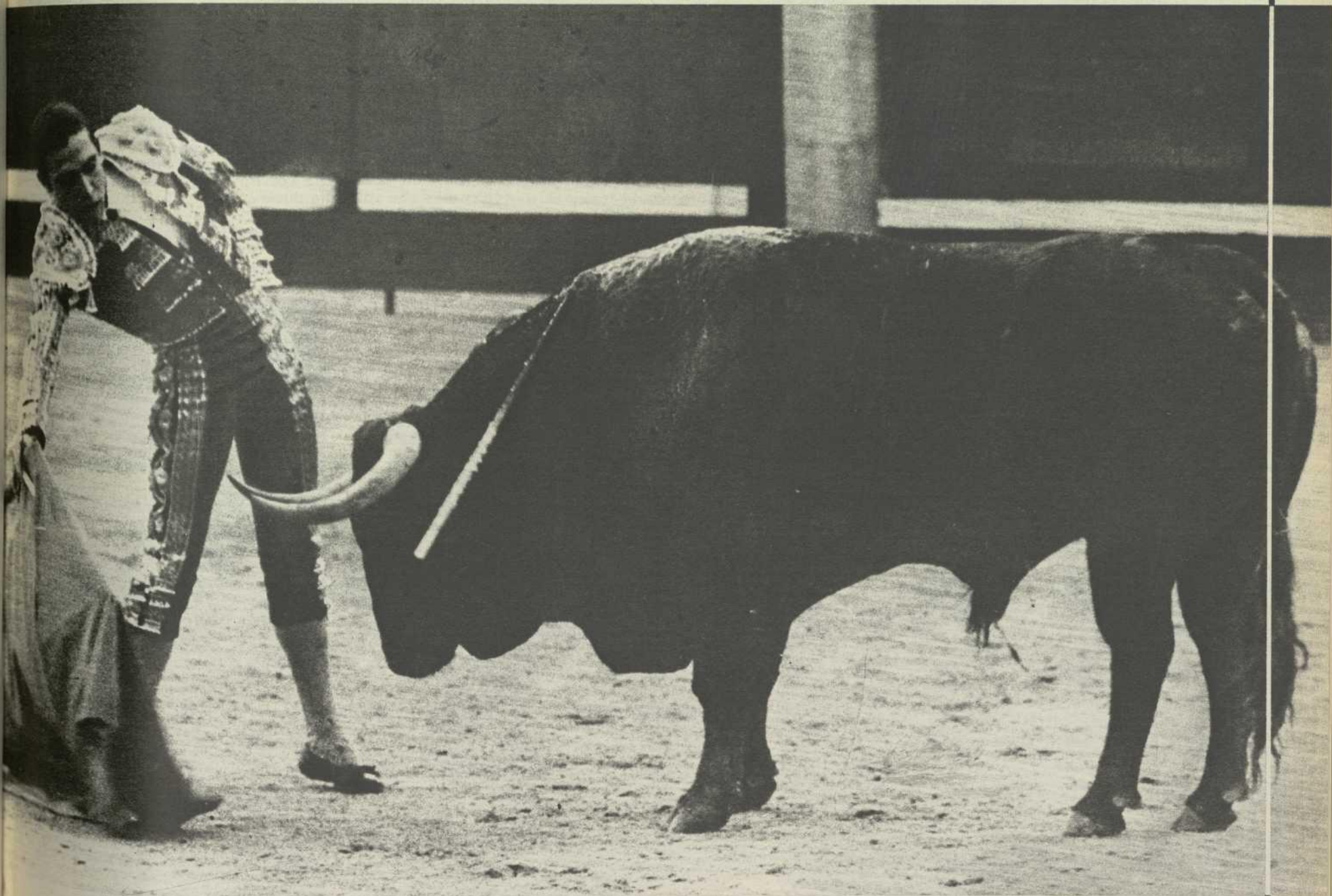
ANTONIO JOSE GALAN

UN NOMBRE QUE ES GARANTIA DE EXITO

Teléfono en Madrid: 227 21 85

MATADOR DE TOROS

PARA TODAS LAS PLAZAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMERICA



Y algo más tarde —1933—, forzado por el deseo de torear como sea, y la necesidad apremiante de ganar algunas pesetas, no duda en incorporarse a la banda cómico-musical - taurina cordobesa Los Califas, para actuar en la parte seria del espectáculo.

No le agrada torear agrado a «Los Califas», que —pese al conocido antecedente de Frascuelo, que hubo de participar en mojigan-gas harto más grotescas—, considera poco acorde con la seria dignidad que desde chico procura imprimir a su vida, y sólo permanece con ellos unos cuantos meses. En este mismo año, y ya cumplidos los dieciséis, Manolete consigue vestir su primer traje de luces. Es en la plaza francesa de Arlés, en novillada nocturna, en la que alterna con otro novillero cordobés —Rafael González «Piripi»— y dos torerillos galos apellidados Garcena. Separado ya de «Los Califas», tanto aquel año como el siguiente, de 1934, participa en cierto número de festejos diurnos y nocturnos, casi siempre sin picadores. Aunque Manuel va soltándose con capa y muleta y mata bastante bien, en lo que su elevada estatura le ayuda no poco, pasan los meses sin que consiga destacar ni ser medianamente conocido.

El 1 de mayo de 1935 —aún le faltan tres meses para cumplir los dieciocho años—, Manuel Rodríguez hace su presentación en la plaza arrabalera madrileña de Tetuán de las Victorias. Se corren ocho astados de Esteban Hernández, para los mejicanos Liborio Ruiz y Silverio Pérez y los españoles Varelito II y Manolete. El festejo discurre anodino, con más pena que

gloria. Ninguno de los aficionados que al anochecer abandonan bostezando el coso tiene la más remota sospecha de haber visto en el ruedo a las dos figuras más sobresalientes de la tauromaquia de una época. En realidad, ni Silverio Pérez —ídolo unos años después de la afición mejicana— ni Manuel Rodríguez quedan mucho mejor que los oscuros y modestos Varelito II y Liborio Ruiz.

Al domingo siguiente repiten a Manolete, nadie sabe exactamente por qué. No mejora la impresión causada en su primera actuación. Da la sensación de ser un torero valiente, que mata pronto y bien, pero soso, desangelado y codillero. Los críticos insisten en esto último en las contadas líneas que dedican en sus periódicos a la modesta novillada. Uno de ellos añade, profético: «Este hijo de Manolete no llegará en el toreo ni a la medianía que fue su padre». Se equivoca, naturalmente, como suelen equivocarse todos los profetas, pero expresa con toda sinceridad la impresión causada por el novel diestro.

Muy parecida es la sensación que el diestro da al presentarse con picadores en la plaza de su ciudad natal el 27 de julio de 1935. Destaca únicamente por su manera de matar, pero no gusta su forma de torear sin despegar los brazos del cuerpo, y hay quien considera que su figura larga, delgada y desgarbada, más predispone a la burla que a la emoción. Sin embargo, y pese a la manida frase de que nadie es profeta en su tierra, inicia una clara ascensión en la misma Córdoba en la primavera de 1936. Torea con éxito varias novilladas, y los aficionados em-

piezan a tomar muy en serio no sólo al matador eficaz y valeroso, sino al torero que aguanta inmutable las embestidas de los astados, dejándose acariciar los muslos por los pitones.

Estos primeros triunfos parecen abrir esperanzadoras perspectivas ante el diestro cuando empieza la guerra de España, con la forzada suspensión de las actividades taurinas en buena parte del país. Torea muy poco en el resto del año, casi siempre en festejos de tipo benéfico y patriótico. Algo más lo hace en la temporada de 1937, en que alterna su actuación en novilladas formales con la desinteresada participación en festivales. No obstante lo anómalo de las circunstancias, Manolete va en este tiempo perfeccionando su toreo, adquiriendo mayor dominio con capa y muleta y depurando su forma de matar. Es evidente el progreso, la transformación que experimenta en esta etapa, aun conservando íntegras sus esenciales y personales características.

El 26 de mayo de 1938 hace su presentación como novillero en la Maestranza sevillana. Causa tan buena impresión que vuelve a torear unos días más tarde, el 5 de junio. No sólo ratifica, sino que supera ampliamente en la segunda ocasión el crédito logrado en la primera. Su labor agrada y convence a los aficionados sevillanos, pese a sus tradicionales exigencias con los diestros nacidos en la ciudad de la Mezquita. Aunque algunos ponen peros a su manera de hacer el toreo, todos coinciden en que se trata de un torero distinto a los existentes. Cuando a finales de temporada, el 9 de

octubre, vuelve a pisar la Maestranza torna a triunfar, acentuando los rasgos definidores de una personalidad inconfundible.

Torea bastante en Andalucía durante las primeras meses de 1939. Los públicos de Córdoba, Cádiz, Sevilla, Cabra y Algeciras tienen ocasión de verle. El éxito le sonríe en todas partes. Es ya uno de los novilleros más prometedores e interesantes. Se juzga maduro para la alternativa y, aunque la guerra ha terminado y en Madrid se reanudan los festejos taurinos, no quiere retrasar el doctorado para presentarse como matador de novillos en la Monumental de las Ventas. El 25 de junio se despide como novillero, estoqueando en El Puerto de Santa María reses del conde de la Corte, en compañía de Gallito y Paquito Casado.

Ocho días después, el domingo 2 de julio de 1939, recibe su alternativa en la Maestranza sevillana. Se la da Manuel Jiménez «Chicuelo», que le cede la muerte del primer cornúpeta —«Mirador», negro, de la ganadería de Clemente Tassara, marcado con el número 6—, figurando como testigo de la ceremonia Rafael Vega de los Reyes «Gitánillo de Triana», hermano del infortunado Curro Puya. Manolete no parece advertir la diferencia entre novillos y toros y se desenvuelve con éstos en la misma forma que lo ha hecho con aquellos durante las dos temporadas precedentes. Al éxito alcanzado en Sevilla la tarde de su doctorado, vienen a sumarse otros muchos en las quince corridas más que aún lidia durante el segundo semestre de 1939. Entre ellas, como antes hemos indicado, la de su presentación en Madrid el día 12

de octubre en que su labor especialmente con el último de la tarde, adquiere especial relieve. Cuando finaliza la temporada, Manuel Rodríguez está ya situado como destacado aspirante al puesto de mando de la torería que ejercerá de manera indiscutida e indiscutible durante los siete años siguientes.

III

Parecido en esto a su paisano Guerrita, Manuel ejerce en el toreo de su tiempo una soberanía absoluta, no compartida con nadie. No vacila a señalar ahora —lo haremos más adelante con la merecida extensión— sus indudables méritos, y su influencia avasalladora, no siempre positiva, sobre la tauromaquia de su época e incluso de las posteriores. Pero permitásemos sin embargo, señalar un rasgo que consideramos fundamental y básico en su figura. A diferencia de los demás toreros, Manolete no estudia los toros para dar a cada uno la lidia que sus características exigen, sino que, tras el candor revolucionario de los términos, lleva su poderío al extremo de imponer a todos los cornúpetas una misma faena: la suya. No acoplarse al astado, sino obligar al animal que se amolde a su concepción particular del toreo, entraña ingentes dificultades que sólo puede superar un diestro excepcional, incluso contando con las mercedas sufridas en edad y tamaño por las reses en nuestra inmediata posguerra. Manolete lo consigue a fuerza de voluntad y valor; logra incluso algo más sorprendente, que es triunfar en un noventa por ciento de las tardes, aun cuando muchas veces haya de pagar



★

Casa de la P. de La Lagunilla, donde vivió Manolete al iniciarse en el toreo. En la actualidad está demolida.

(Foto LADIS.)

Momento de la alternativa de «El Monsiruo». Fue en Sevilla. Actuó de padrino «Chicuelo», y de testigo, Gitánillo de Triana

Confirmación en Madrid, el Día de la Hispanidad del año 1939. Su padrino fue Marcial Lalanda, actuando de testigo Juanito Belmonte, que también la confirmó.

biografía

★ *Necesidad apremiante de ganar algún dinero*

★ *Se incorpora a un espectáculo cómico-aurino*

★ *En Arlés (Francia) vistió su primer traje de luces (16 años)*

★ *1937: Perfección de su toreo*

★ *Triunfos en Andalucía*

★ *Alternativa: 2 de julio de 1939, en Sevilla*

★ *Confirmación en Madrid: 12 de octubre de 1939*

vida profesional, que se empeñan en prolongar contra viento y marea —Chicuelo, por ejemplo— no pueden aspirar a medirse con el nuevo fenómeno; sí otros, algo más jóvenes y en forma, comprenden que su época ha pasado, y preparan con calma una retirada honrosa, Domingo Ortega, con sólo nueve años de alternativa, en plena madurez física —tiene treinta y cuatro años— y artística no está dispuesto a dejarse superar por nadie. En seis ocasiones precedentes ha encabezado la lista anual de los diestros que más torearán y este año de 1940 lo consigue también con sus cincuenta y siete actuaciones, estableciendo una marca no superada por nadie en lo que va de siglo. Ortega se encuentra en este momento en la culminación de su trayectoria, y compete dignamente con este Manuel Rodríguez, que aspira con todo merecimiento a sustituirle en el solio taurómico.

Ningún aficionado ignora el viejo axioma de que para mandar en el toreo es condición fundamental mandar en el toro. Esto es precisamente lo que Ortega realiza durante más de dos lustros, con mayor eficacia que ninguno de sus contemporáneos. Acaso con una sensación de poderío superior a la dada por cualquier otro torero en el curso de la Historia.

Lagartijo, Guerrita o Jose-lito son, indudablemente, más largos, floridos, variados y completos. Pero nadie convierte la muleta en tralla —con aires de domador, mejor que de dominador— para quebrantar y vencer la fiereza de los astados como el espada de Borox. Su labor tiene quizás, un pecado de monotonía, y se realiza primordialmente con la mano dere-

cha. Sin embargo, en lo que la lidia tiene de lucha, de pelea, de duelo mortal entre la pujanza del toro y la inteligencia del hombre, que ha de vencerle con un trapo en la mano, es difícil concebir nada más eficiente y bello en su misma aparente sencillez.

Pero para brillar plenamente el toreo de Ortega necesita al toro íntegro con sus energías intactas y su natural fiereza. Frente al torito mermado, aborregado o inofensivo pierde buena parte de su justificación. Se basa en la lucha para dominar y vencer a un enemigo peligroso y, cuando el animal no ofrece pujanza ni riesgos, la pelea es inútil por innecesaria. Ni siquiera el toro de carril, aunque tenga la edad y el trapío debidos, se conjuga bien con las maneras secas y poderosas del maestro de Borox. (Sabido es que el mayor revés de Ortega en la plaza de Madrid tiene lugar al enfrentarse con un astado bravísimo de Murube, al que Domingo lidia y mata con absoluto decoro, pero sin realizar el muleteo largo, florido y adornado, que el cornúpeto admite.) Es lógico, pues, que la figura de Ortega alcance especialísimo relieve en una etapa en que se lidian reses potentes, en unos años anteriores a 1936, que bien podemos calificar de edad de oro del toro de lidia. En cambio, después de la guerra, cuando los astados pierden volumen y aspereza, su importancia decrece y, aún esforzándose durante toda la temporada de 1940, en mantener su supremacía, no puede impedir que Manolete no sólo se coloque a su altura, sino que le supere en el parecer de la gran masa de espectadores.

La supremacía de Manole-

✽ ✽ SIGUE

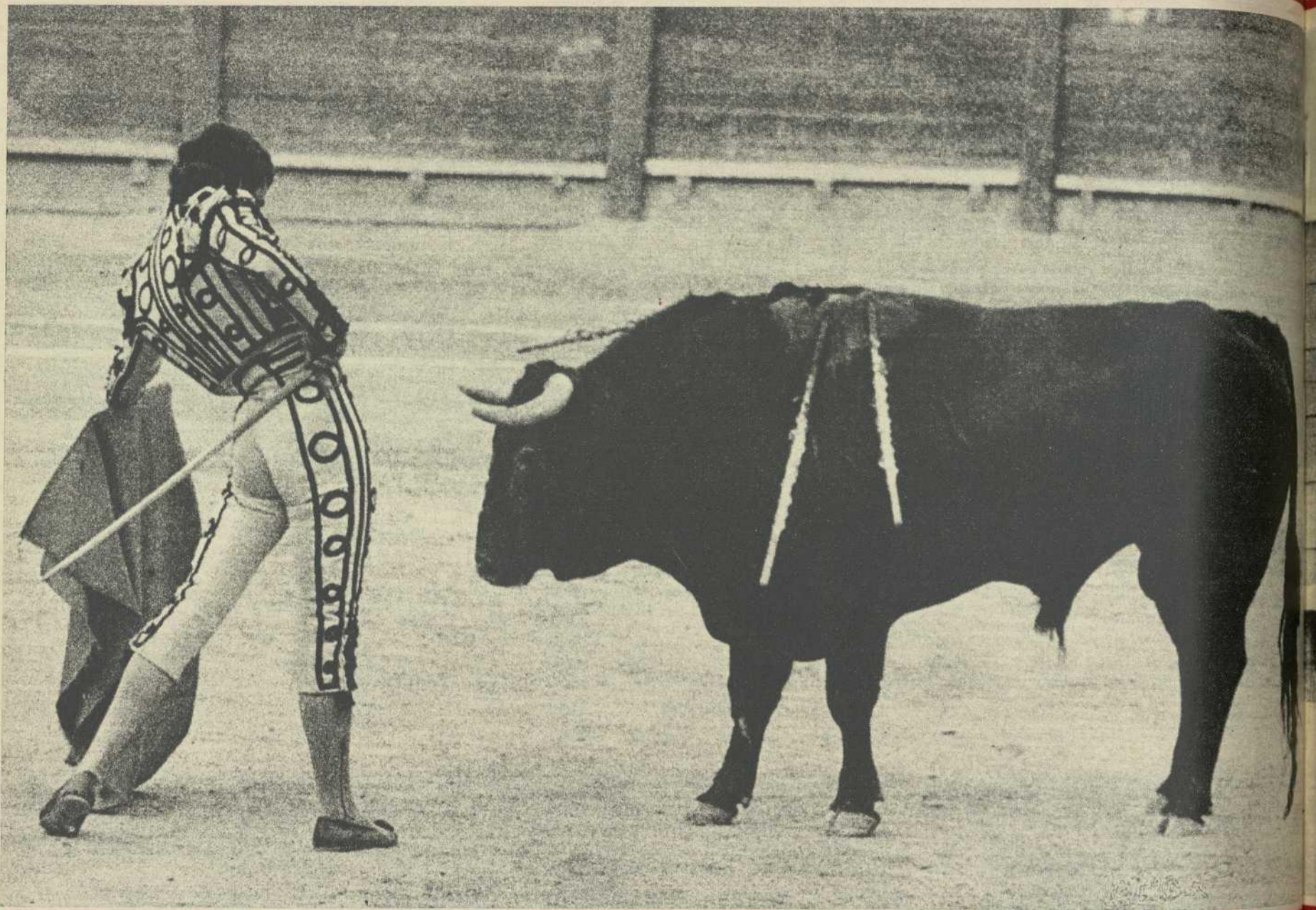
al éxito al precio de su propia sangre, derramada en la arena. Si conforme indicamos con anterioridad, a Manuel Rodríguez nada se le da gratis, si llega a la cumbre y permanece inmovible en ella, lo debe, tanto o más que a sus méritos artísticos, al estroicismo sin jactancias ni gestos melodramáticos, con que hace frente al peligro, y sabe encararse con una muerte que al final le llega.

Doctorado a mediados de 1939, la siguiente temporada es la primera completa de Manolete como matador de toros. Es también la de su consagración como primera figura del toreo, como auténtico e indiscutible torero de época. No es quien más torea en el año, pero sí el que consigue triunfos más continuados y resonantes. No rehuye la plaza de Madrid, que pisa cuatro veces distintas, siempre con halagüeño resultado, muy especialmente la tarde del 6 de junio, en que corta una oreja a un toro de Antonio Pérez. Triunfa, asimismo, en los principales cosos provincianos —Sevilla, Barcelona, Bilbao, San Sebastián, etcétera— con un solo revés en las cincuenta corridas toreadas: el sufrido en la capital catalana el 28 de abril, en que, por excepción, las cosas le ruedan mal. No tarda, sin embargo, en compensar este ligero fallo, y son muchas las tardes en que sale triunfalmente a hombros. En conjunto su labor en 1940 es tan excelente que, a su final, aparece destacado de todos sus posibles competidores, en opinión de los aficionados más exigentes.

En este año de confirmación de su categoría, Manolete ha de medirse con un rival importante. Si algunos viejos maestros, en el ocaso de una



MANZANA

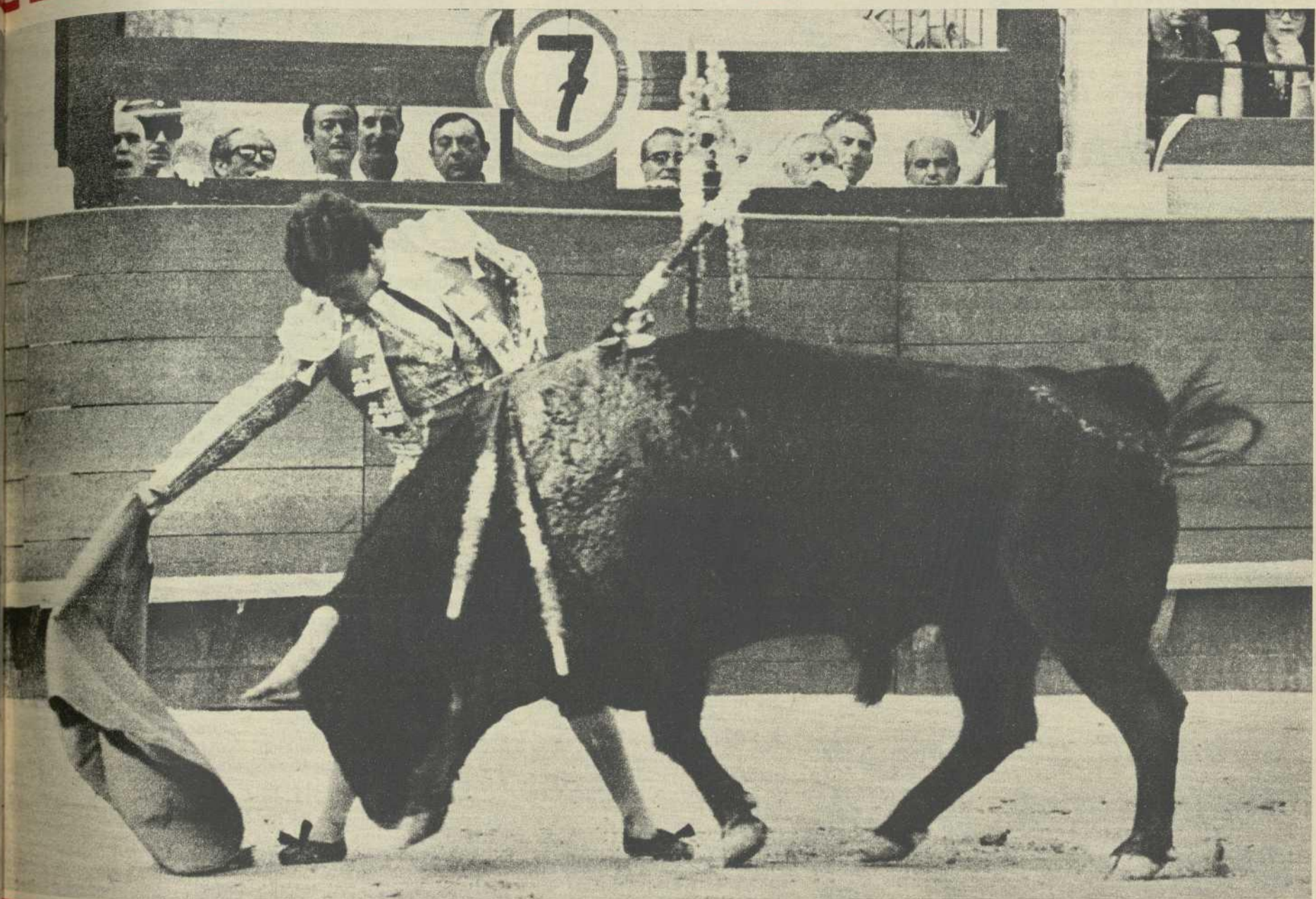


**DU
EN
DE**



**A EL TRON
DEL TORE
EN SUS**

ANARES



ONO
REO
S MANOS
SEN
TIR



S
O
N

biografía

★ Competencia Ortega-Manolete

★ Se le rinden todos los públicos

★ 1942: Eje de la fiesta

★ Cornada grave en Madrid

★ 1943 y 1944: Quien más corridas toreó

★ Casi siempre en éxito

★ Faena «cumbre» en Madrid (6 de julio de 1944)

★ Ni vacilaciones, ni dudas, pese a la crítica

★ Torero de excepción

★ Adaptación del toro a su toreo

★ La «manoletina» gritada por todos

te en los ruedos empieza a ser considerada como indiscutible en 1941, temporada en que, ausente de las plazas Domingo Ortega, nadie le hace verdadera sombra. Es un año triunfal de Pepe Luis Vázquez, que torea más que nadie —sesenta y ocho corridas—, pero que, por las razones que luego se dirán, no pretende en ningún momento entablar competencia con el maestro de Córdoba. Manolete se viste de luces cincuenta y ocho tardes en el transcurso de la temporada, que es para él una sucesión de éxitos espectaculares. Se le rinden todos los públicos y triunfa en las plazas más difíciles, y ante los aficionados más exigentes. El valor estoico de Manolete —«cordobés, como Séneca», escribe algún crítico entusiasmado— le permite algo que parece imposible: hacer faena —«su faena»— a casi todos los toros que salen por los chiqueos.

En 1942, Manolete es el eje, en torno al cual gira toda la actividad taurina. Sus actuaciones pueden contarse por éxitos resonantes, pese a que no rehuye ninguna de las plazas importantes. Torea setenta y dos tardes, y aún pueden ser más, porque su triunfo en Madrid, en la corrida del 27 de septiembre, ha de pagarlo con una cornada grave en el muslo derecho, que anticipa para él el final de la temporada. En 1943 lidia setenta y un encierros, pese a sufrir cuatro percances a lo largo de la temporada en las plazas de Castellón —8 de marzo—, Puerto de Santa María —15 de agosto—, Palencia —2 de septiembre— y Albacete —11 del mismo mes—, con triunfos continuados y repetidos en todos los cosos, adquiriendo singular importancia los que conquista en Madrid el 29 de mayo, el 2 de junio y el 15 de julio. Es quien más torea este año. Como lo es en 1944, con noventa y tres encierros lidiados, que dejan a Manolete solo —con una orgullosa soledad que, en la historia taurina, únicamente ha tenido los precedentes de Paquero y Guerrita —en la cumbre de la tauromaquia.

Pero si tiene antecesoros en esto, hay una faceta en que no los tiene: su continuidad en el triunfo. Todos los demás toreros, antiguos y modernos, alternan sus tardes de éxito con otras desafortunadas, y siempre son más aquellas en que, toreando a la defensiva, se limitan a salir decorosamente del paso, que las otras en que el entusiasmo de los espectadores les saca de la plaza a hombros. No es sólo —precisemos más— que al diestro cordobés no le echen toros al corral, como se les echaron a grandes lidiadores como Cúchares y Lagartijo, y a matadores de temple esforzado, cual Frascuelo o Mazzantini. Es algo todavía más difícil que, ni siquiera, consiguen fenómenos auténticos —el Guerra, Joselito o Belmon-



Manolete resulta cogido en Madrid

te—, y que convierte en único su caso: que de cien corridas, en ochenta, como mínimo, conquista orejas de sus enemigos, y, aún en las veinte restantes logra escuchar el estruendo halagador de las ovaciones. (Ya sabemos, dicho sea entre paréntesis, que los públicos que llenan las plazas, en la cuarta década del siglo en curso, son menos exigentes y más pródigos en aplausos que los de cincuenta o cien años atrás; también que los toros que lidia Manolete no admiten posible comparación con los que matan Montes, Chiclanero o El Espartero. Pero, aún descontando lo que ambos factores influyen, todavía queda un amplio saldo favorable a Manuel Rodríguez; unos méritos que podemos calibrar con sólo pensar que torear las mismas reses y, ante idéntico público, todos los diestros en activo en los años cuarenta —entre los que hay varios de arte depurado y bien contrastado valor— sin que ninguno llegue a igualar la marca.)

IV

Si hubiésemos de señalar la temporada en que Manolete alcanza su máxima granazón, cabría inclinarse por la ya mencionada de 1944. No sólo porque en ella torea más que en ninguno de los años que la preceden y siguen —cosa que bien puede achacarse a la ausencia de graves percances que, en casi todas las restantes, dejan dolorosas cicatrices en su cuerpo—, sino porque dentro de su acostumbrada racha triunfal, los éxitos adquieren mayores proporciones y resonancias.

El 6 de julio realiza lo que críticos y aficionados reputan como su faena cumbre. Es en la plaza de Madrid y en una corrida organizada por la Asociación de la Prensa. Es el último lugar, y en sustitución de un toro de Alipio Pérez Tabernero, desechado por chico, sale un sobrero de la ganadería lusitana de Pinar Barreiro. Aunque el astado no parece muy propicio al lidio, Manuel Rodríguez le hace una faena de verdadero asombro, que los espectadores presencian de pie en los tendidos, que transcurre íntegra entre el clamoreo de las ovaciones y en medio de una lluvia de sombreros arrojados al ruedo. Cuando el diestro acaba con «Ratón» un soberbio estoconazo, el entusiasmo multitudinario desborda todos los cauces. Manolete es paseado en hombros y sacado triunfalmente de la plaza con las dos orejas de su enemigo en las manos. Pero si esta faena puede ser la más redonda del espada cordobés —cosa harto discutible, porque en años posteriores, y en diferentes plazas, realiza otras de rango parecido—, y 1944 el año de mayor número de actuaciones suyas, la maestría de Manolete no conoce ocasinis ni debilidades. Le hieren muchas veces los toros; gana lo que le duele; ha ganado hasta entonada y llega a ser multimillonario; su salud decae y araquea críticas —a veces inauditas— hacen mella en su ánimo. Tiene decidida la retiro, pero su vergüenza torero el concepto exigente de su propia responsabilidad le hace jugarlo todo cada vez que sale a torear. No tiene jamás vacilaciones ni dudas



aplaudirse e incluso admirarse cuando la magnífica un maestro con personalidad extraordinaria, pero que resulta empalagosa e insoportable en sus innumerables imitaciones.

Manolete lleva también a sus últimos límites la transformación iniciada por Belmonte. Con anterioridad al fenómeno trianero se torca con los pies más que con las manos. Una frase famosa atribuida a Lagartijo nos da clara idea de su concepto de la lidia al indicar, a quien le pregunta sobre su forma de torear: «Usted se pone delante del toro; el toro se arranca y, o se quita usted, o le quita el toro.» Belmonte demuestra prácticamente que es posible quedarse quieto en el lugar de la cita sin que el astado se le lleve por delante; basta y sobra con obligar al toro, bien embebido en el engaño, a modificar su trayectoria. Surge el toreo parado, invadiendo lo que, hasta ese momento se ha considerado terreno del toro. Manuel Rodríguez da un paso más adelante. No sólo se acerca más, se mete más en el cornúpeto, sino que suprime casi todos los movimientos de rectificación entre pase y pase. La faena adquiere así una perfecta trabazón, y el toreo estático se convierte —tanto por la inmovilidad, como por la belleza del grupo que forma con su enemigo — en escultórico.

El propio Manolete explica su manera de torear; hablando del pase natural, que considera eje de la faena de muleta, dice: «En el toro que embiste no se debe adelantar la muleta, sino dejar llegar el toro, hasta que los pitones lleguen a una cuarta de la muleta. Cuando el toro está a esa distancia, entonces se le debe correr la mano con la máxima lentitud y estirar el brazo todo lo que se pueda. La pierna izquierda tiene que quedar completamente inmóvil y, cuando el pase llega a su terminación, hay que girar con la pierna derecha hasta quedar en posición de darle el siguiente muletazo en el mismo terreno en que se inició el primero, y así, sucesivamente, dar todos los que se puedan... o deje dar el toro. En cambio, cuando el toro no tiene arrancada, hay que provocarla. Entonces está justificado adelantar la mano de la muleta para provocar la arrancada y, una vez que el toro embiste, se debe hacer lo mismo que queda explicado en el otro caso.»

Manuel Rodríguez, que suele predicar con el ejemplo, hace millares de veces lo que indica en las líneas precedentes. En muchas ocasiones, al iniciar el natural, tiene más cerca de los pitones el cuerpo que la muleta. Para el espectador, el pase resulta emocionante; para el técnico tiene de censurable que suprima, como mínimo, uno de los tiempos de la suerte. El defecto lo compensa Manolete con la perfección del remate del muletazo, que es siempre



Vistiéndose para dirigirse a la plaza

el tiempo más difícil. Pero existe en su muleteo otra máquina de mayor entidad: sustituir el cite de frente por el de perfil. Es algo que se ha hecho en la verónica desde el último tercio del siglo pasado, conforme demuestra la «Tauromaquia» del Guerra; pero que con la muleta no llega a imponerse, como norma generalizada, hasta los años de predominio de Manuel Rodríguez. Constituye una licencia condenable —aunque se apresuren a hacerla suya casi todos los toreros— que suprime buena parte de los riesgos y dificultades del pase, a cambio de adulterarlo, quitándole autenticidad, brillantez y mérito.

Nada de esto —que algunos ponen de manifiesto en el momento oportuno— influye ni merma el entusiasmo multitudinario por Manolete a lo largo de su vida artística. Durante cerca de ocho años es el señor indiscutible de la torería, eje y sostén de la Fiesta, a la que lleva a un grado desconocido de popularidad, tanto en España, como al otro lado del Atlántico. Sin ser un torero del corte de Guerrita y Joselito hace lo que nadie hizo antes: torear a todos los toros, hacerles faenas brillantes, superando, sin aparente esfuerzo, sus dificultades, y rematar su labor con cereros estoconazos, casi siempre propinados con estilo depurado y valeroso. Acostumbra a los públicos a desentenderse no sólo del tamaño, sino de las condiciones de las reses que lidia. Todas parecen iguales, porque Manuel Rodríguez, además de triunfar con cualquiera de ellos, a la mayoría les hace

la misma faena integrada, pases semejantes y pisando idéntico terreno.

La faena «manoletina» se establece como canon y modelo que imitan todos los toreros de la época. Se compone de unos doblones por bajo, ligeramente abierto el compás, para recoger al astado, huído o falto de fijeza, cuando el toro no tiene la acometida rápida y franca. Tras este prólogo, que se suprime en los animales boyantes, vienen los estatuarios por alto, totalmente inmóvil la figura, hincados los talones en la arena, barriendo una y otra vez los lomos del cornúpeto con la muleta, manejada con un leve juego de muñecas. A continuación, la serie o series de naturales, tomando, muy en corto, al enemigo, suprimiendo el primer tiempo y, a veces, el segundo de la suerte, pero ejecutando el tercero con una admirable perfección, y rematando los naturales con un pase de pecho largo y majestuoso. La faena prosigue con rechazos de parecida factura y desemboca en los adornos, a veces, de dudoso gusto y mérito —«manoletinas» y el «pase del desprecio», sin mirar al toro, y con la vista en el tendido— para concluir con la estocada, propinada con hechuras de auténtico metador de toros.

Esta faena, cien veces repetida cada temporada, provoca el entusiasmo en los tendidos cuando la ejecuta un diestro con la personalidad de Manuel Rodríguez, con su estoicismo y el movimiento de sus brazos que, al extenderse, dan una extraordinaria longitud emocionante y torera, al remate de los pases que

ejecuta. Con los imitadores, por perfectos que sean, pierde, inevitablemente, muchos puntos. Como cegados por el éxito de Manolete, casi todos procuran remedarle; la Fiesta pierde variedad, para caer en una lamentable monotonía. Todavía tiene un efecto más lamentable y doloso: que para poder intentar, con mayores facilidades, una labor brillante, se empiece por disminuir, hasta un límite extremado, las dificultades y peligros que siempre encierran los toros.

V

Durante la etapa de Manolete se llega, en este terreno, a extremos vergonzosos y punibles. Recién terminada la guerra de España, los graves daños sufridos por las ganaderías bravas, obligan a pasar un poco por alto las disposiciones reglamentarias, permitiendo lidiar como toros animales que, ni por la edad, ni por el trapío, pasan de novillos. El público, que tiene exacto conocimiento de lo extraordinario de las circunstancias, lo tolera, convencido de que la transigencia será momentánea, y la situación tendrá pronto y eficaz remedio. La aparición, casi simultánea, de unos cuantos toreros nuevos, que interesan a la afición, desvía la atención popular de la pequeñez de los astados. Al mismo tiempo, una propaganda habilidosa sostiene que para torear, como se torea en esta nueva etapa, —mejor que nunca— es necesario determinado tipo de cornúpetas. Los espectadores tienen que elegir entre reses cinqueñas, con las que los diestros no pueden hacer nada, y las corridas discurren en un bestezzo permanente, y otras, más jóvenes y menos corpulentas, pero igualmente peligrosas, para que la emoción no desaparezca de los ruedos, con las que realizar faenas triunfales que eleven a una altura incomparable la llamada Fiesta nacional.

Pero las gentes reaccionan pronto contra el engaño de esta argumentación falaz. Los estragos causados por la contienda civil en la cabaña nacional son suberados al cabo de muy pocos años. Se debe volver entonces, sin demoras ni pretextos, al cumplimiento escrupuloso de las disposiciones vigentes. De impedirlo se encargan estrechamente enlazados, el mercantilismo que impera en el espectáculo y la picaresca taurina, que actúa con libertad y descaro sorprendentes. Para paliar ligeramente la extremada juventud de los animales se recurre al truco de engordarlos artificialmente, cebando concienzuda e incluso científicamente a un novillo, se logra que pese tanto o más que un toro auténtico. Durante la lidia, la consecuencia obligada es que la res, cuyo esqueleto no puede soportar la can-

idad de arrobas que arroja en la báscula, se agote a la primera carrera y rueda, una y otra vez, por la arena. Se quebranta además la fortaleza de los astados sometiendo a una dieta alimenticia especial o teniéndolos encerrados durante horas o días enteros, en posturas de forzosa inmovilidad y difícil equilibrio, que merman considerablemente sus energías físicas. Ni las protestas, airadas en ocasiones, del público, ni las sanciones económicas de la autoridad bastan para terminar con tan bochornosos procedimientos.

Al final se recurre al afeitado de las astas de los bovinos. Se realiza la operación con tal maestría que resulta muy difícil advertir, desde el tendido, si un toro tiene las defensas intactas o arregladas. Con la merma de unos pocos centímetros hay un máximo de probabilidades de que el cornúpeto yerre su objetivo al tirar el derrote, por lo tanto es mayor la tranquilidad con que el torero puede acercarse. El espectador, de buena fe, le creerá en gravísimo riesgo mientras dura su faena; el interesado y otros cuantos —generalmente tan interesados como el propio diestro— sabrán que el peligro tiene mucho de imaginario. Por la cuenta que les tiene a cuantos participan en el fraude se procura mantener la cuestión en secreto. Si alguien se atreve siquiera a insinuar su existencia, sueñan a coro voces de indignada protesta. Diestros, apoderados, empresarios y ganaderos se rasgan, con fingida pudibundez, las vestiduras, negando que «la infame calum-

nia» tenga el menor fundamento serio.

Son los años álgidos de la segunda guerra mundial, y los primeros de la difícil reconstrucción de una Europa devastada por la más espantosa de las contiendas bélicas. En todas partes hay escasez, y son inevitables las restricciones. Como secuela desagradable proliferan los mercados negros, en los que, a fuerza de dinero se puede conseguir todo lo que falta a los menos afortunados. El estraperlo está a la orden del día en todas las latitudes. Los toros, lejos de ser una excepción, muestran la más variada serie de estraperlos, de los que se hace víctima a los espectadores y a la Fiesta en sí. Es la época aurea de las maniobras entre bastidores, de las combinaciones, de los trust y de la preponderancia del apoderado. Figuras oscuras y secundarias en el mundillo taurino, los apoderados, adquieren, de pronto, inusitada importancia. Sus nombres se hacen tan famosos —a veces más— como los de los grandes toreros a quienes representan. Extienden considerablemente el campo de actividades y se imponen a ganaderos y empresarios, eligiendo reses y decidiendo carteles. No se limitan a conseguir para sus poderdantes las más ventajosas condiciones económicas; invaden alegremente terrenos que les son ajenos, facilitando, con su influencia y maniobras, el triunfo de unos espadas y entorpeciendo la carrera de otros. Llega un momento en que para escalar las alturas importan menos las condiciones de arte y va-

lor de un torero, que la habilidad y prestigio de su apoderado. Entre los bastidores del espectáculo hay un trastruque general de valores, una profunda mixtificación que amenaza dar al traste con la esencia misma de la Fiesta. Un paso más por el camino emprendido, y la tauromaquia dejará de ser lo que fue a lo largo de varios siglos para transformarse en un simple "ballet".

No se llega a ello, acaso porque existen peligros que la picaresca taurina no encuentra medios de suprimir. Lidar reses bravas, por pequeñas y débiles que parezcan, entraña siempre algunos riesgos. Son varios los rejoneadores o pegadores lusitanos que, pese a lidiar reses emboladas, han muerto a consecuencia de las cogidas o golpes sufridos en los ruedos. También son muchos los aficionados que perecen lidiando desmedradas vaquillas en capeas y tentaderos. Incluso algunas grandes figuras del toreo contemporáneo —entre ellas Juan Belmonte— sufren sus lesiones más graves en festivales benéficos o placitas de tientas, corneados por simples becerros de inofensiva apariencia. Una res despuntada puede herir y eral tiene la fuerza precisa para matar a un hombre de un violento topetazo. Claro está, sin embargo, que los peligros son mucho menores que al enfrentarse con toros de cinco años que, aparte de su mayor corpulencia y fortaleza, aprenden más rápido, y a los que resulta muy difícil prodigar series interminables de naturales y rechazos en faenas integra-

das por setenta u ochenta pasadas, más atento el espada a componer figura que a dominar y corregir los resabios de su enemigo.

(No resulta muy agradable escribir cuanto dejamos consignado en los párrafos precedentes. No podíamos silenciarlo, sin embargo, si pretendíamos dar una idea exacta de la Fiesta en la etapa manolete. Es indudable que en ella no es oro todo lo que reluce, y que en los años cuarenta, al amparo de unas circunstancias excepcionales, se introdujeron en la Fiesta lacras, máculas y fraudes de los que no ha conseguido librarse, por entero, en los veinticinco años transcurridos desde su final.)

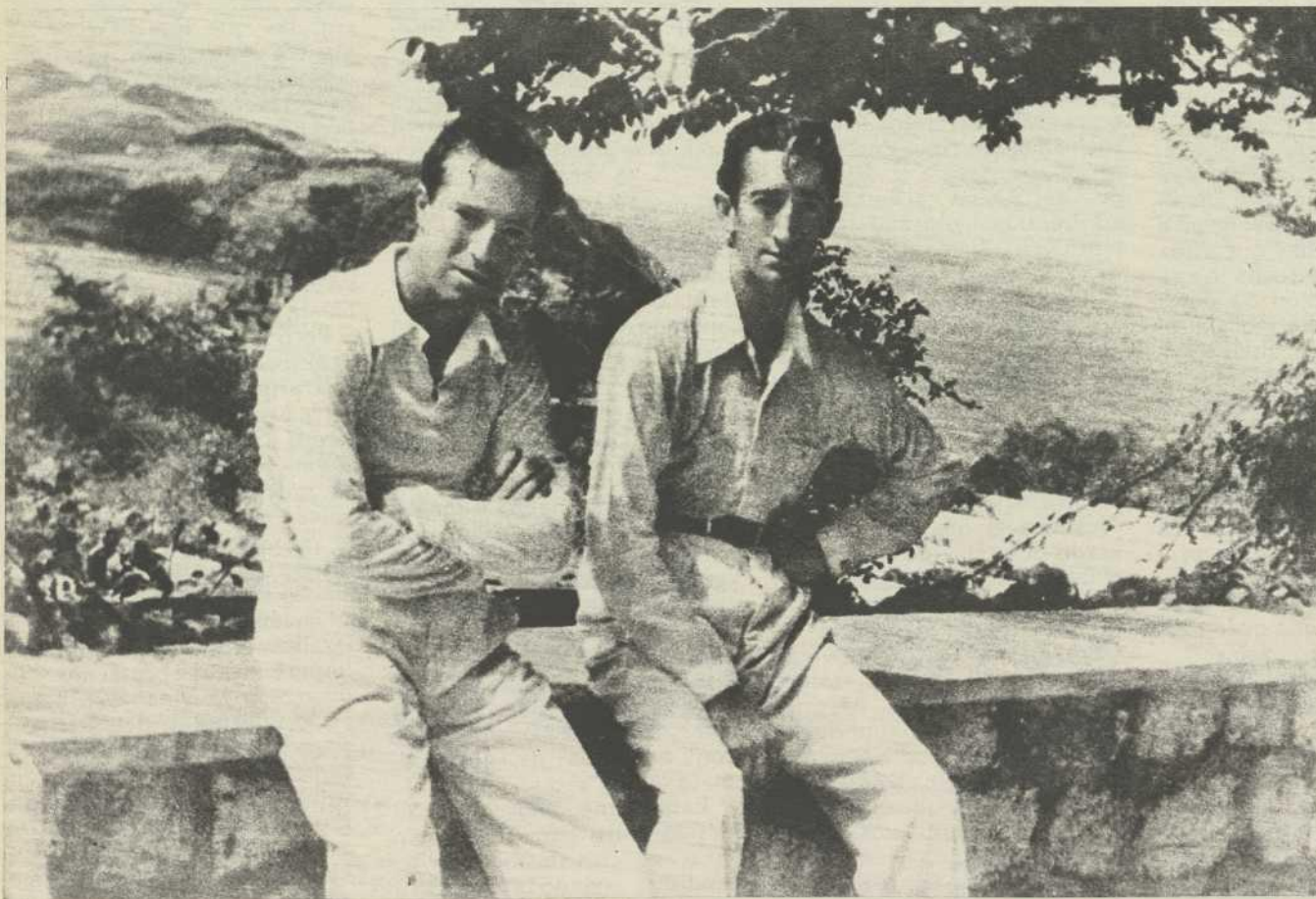
VI

Aunque la figura de Manolete domina, con absoluta superioridad el paisaje taurino durante el tiempo que pisa los ruedos como matador de toros, son numerosos los diestros que pretenden imitarle y aún superarle, aunque ninguno lo consiga. En los ocho años que median entre 1939 y 1947 ascienden a setenta y cinco los espadas que toman la alternativa, muchos de ellos para hundirse inmediatamente en el montón de la vulgaridad y el olvido.

Aparte de Ortega, del que antes hemos hablado —que torna a los toros en 1942, y alterna, durante varios años, las retiradas con las repariciones—, de los diestros anteriores a la guerra que están bien situados al terminar la contienda, Lalanda, Villalta y Bar, se defienden con de-

coro tres o cuatro temporadas; al final, comprendiendo que su tiempo ha pasado, proponen fin a sus actividades profesionales. Hay otros tres diestros, en cambio, que quieren mayor brillo en esta época, cuando ya llevan varios años de matadores de toros, que en sus temporadas iniciales. Son Rafael Vega de los Reyes "Gitanillo de Triana", torero de estilo depurado, pero que no prodiga muestras de su arte, cuya inclusión en numerosos carteles se debe, más que a sus propios méritos, a la amistad y protección de Manolete. Pepe "Bienvenida", un diestro completo, inexplicablemente apagado antes de 1936, que brilla con mayor fulgor una vez terminada la guerra. Luis Gómez, «El Estudiante», que es quien experimenta una transformación más completa y favorable. Obvio es decir, no obstante, que ninguno de los tres puede inquietar a Manuel Rodríguez.

De los cuatro fenómenos novilleriles que, en el verano de 1939, encandilan y vivifican a la afición madrileña, decaída y pesimista después de la contienda, dos pasan con relativa fugacidad, por los ruedos, sin llegar a las alturas que, en un primer momento parecen al alcance de sus posibilidades. Son: Paquito Casado y Rafael Ortega, «Gallito». Mucho más honda y duradera es la huella que los otros dejan en el toreo contemporáneo. Pepe Luis Vázquez es, después de Manolete, la figura de mayor volumen y consistencia torera de la posguerra; Antonio Bienvenida sabrá convertir-



Pudieron haber formado la pareja del siglo Pepe Luis Vázquez y Manolete, que aquí aparecen juntos en una finca de Triana, Antonio «Bienvenida», Manolete, Luis Miguel «Dominguín»...

se en ejemplo y modelo del bien torear a lo largo de varios lustros, y contribuirá poderosamente, con su actitud y sus denuncias de 1952, a terminar con algunas de las lacras y maniobras introducidas en la Fiesta durante los años cuarenta.

Sevillano, por naturaleza y temperamento, el toreo de Pepe Luis está empapado en las mejores esencias de la ciudad de la gracia. Pero se engañan quienes pretenden ver en él a un Cúchares redivo, dispuesto siempre a «alegrar la función» con adornos de un barroquismo delirante y un gusto dudoso. Pepe Luis no cae nunca en la chocarrería, ni en las superfluidades ventajistas. Es, por el contrario, un modelo de ponderación y equilibrio, asentando su estilo en el más depurado clasicismo. Contra lo que muchos piensan, sus éxitos no se basan en una salerosa improvisación, sino en el conocimiento perfecto de los toros y el dominio de cuantas suertes ejecuta. Todo lo que hace, tanto los lances aislados, como el conjunto de una faena, tiene una construcción técnica impecable. Piensa siempre lo que ha de hacer y luego hace exactamente lo que ha pensado que es, precisamente, todo lo contrario que sucede con los diestros geniales, intuitivos e improvisadores, entre los que algunos le incluyen engañados por las apariencias.

Pepe Luis Vázquez puede serlo todo en el toreo. Si no llega a serlo por completo debe atribuirse a sus deficiencias con el estoque y, muy especialmente, a una mente lúcida que le hace ver, con de-

masiada claridad los riesgos. No tiene temple de luchador. Ni le asaltan jamás ansias de competencia, pelea y superación de los demás. Se conforma con permanecer, durante largas temporadas en puestos de privilegio, sin exponer más de lo que considera imprescindible. Por sus diferencias artísticas e incluso físicas con Manolete puede formar con él una pareja excepcional en la panorámica taurina de todos los tiempos. En 1941 y 1942 hay muchos que juzgan factible una competencia entre ambos, beneficiosa para la Fiesta; pero el sevillano abandona pronto la partida, caso de que alguna vez decidiese entrar francamente en el juego. La grave cornada sufrida en Santander el 25 de julio de 1943 influye poderosa y negativamente en su ánimo. Se acentúa su prudencia y, aunque continúa en activo diez años más, maravillando, de vez en cuando, a los públicos con las exquisiteces de su arte, le falta la voluntad precisa para una continuidad en el esfuerzo y la ambición necesaria para escalar el puesto que, por sus virtudes toreras está plenamente capacitado para ocupar.

Otra grave cornada, sufrida también en el mes de julio, frena, un año antes, la marcha ascendente de Antonio «Bienvenida». El hijo del Papa Negro triunfa rotundamente en Sevilla en 1940; en Madrid, en 1941 —el 18 de septiembre realiza una faena antológica en las Ventas, que provoca el asombro de los espectadores— y toma la alternativa a comienzos de 1942, en una corrida de Mi-

ra, que tiene un prólogo pintoresco y accidentado. Alcanza diversos éxitos en los meses siguientes, y el 2 de julio repite en la Monumental madrileña, corregida y aumentada, la faena excepcional que le valió su mayor triunfo novilleril. Tras cortar dos orejas y subir a hombros por la calle de Alcalá, Antonio parece estar en un momento arrollador, capaz de elevarse en unos meses a la cima de la torería. Pero el 26 de julio de 1942, toreando en Barcelona, un toro de Ignacio Sánchez le infiere una terrible cornada en el vientre, que le tiene largas semanas luchando entre la vida y la muerte.

Cuando retorna a los ruedos acusa el duro golpe sufrido. Durante unos años da la sensación de actuar a medio gas. Sigue siendo un torero modelo; acaso quien con mayor pureza ejecuta las suertes básicas de capa y muleta. Pero no llega tan directamente al público como diestros gesticulantes y tremendistas. Las gentes, engañadas por la aparente facilidad de sus lances, llegan a considerarle desganado y excesivamente conservador, sin que los repetidos percances de Antonio basten a convenecerlos del peligro que encierra torear de verdad, sin habilidades ni trucos. Manolete reconoce y proclama que el estilo de Bienvenida es para paladearlo una minoría de entendidos, entre la que figuran los propios toreros. No obstante, habrán de transcurrir dos lustros antes de que la opinión de los aficionados solventes cale en las multitudes.

Además de Morenito de Talavera, un diestro sobrado de valor y de facultades físicas, pero cuya clase intrínseca no está a la altura de su pundonor y se eclipsa rápidamente, entre los muchos diestros de este tiempo, dominado por la figura de Manolete, preciso es destacar dos espadas sevillanos, ambos de honda raigambre torera, pero distintos en su trayectoria y concepción de la lidia. Manuel Álvarez «Andaluz» es torero de una alegre severidad, en quien no se advierten demasiadas influencias manoletinas, pero sí belmontinas. Hace un toreo parado y jugoso, que le vale muchos y señalados éxitos. Sin ser un fenómeno, permanece en una discreta segunda fila desde que toma la alternativa en 1942, hasta que en 1952 decide retirarse.

Pepín Martín Vázquez, figura durante cuatro años entre los espadas más destacados. Hijo de un modesto matador de toros de comienzos de siglo, se presenta en Madrid el 1 de abril de 1944, recién cumplidos los diecisiete años, y antes de terminar la temporada no sólo toma la alternativa, sino que logra situarse entre las primeras figuras. Menudo de cuerpo y sobrado

biografía

★ *Anormalidades de la fiesta en general en la etapa manoletista*

★ *Maniobras entre bastidores*

★ *Los toros, base también de las más variadas muestras de estraperlo*

★ *Numerosos diestros pretendieron imitar al cordobés*

★ *Pepe Luis, tras Manolete, la figura de mayor consistencia de la posguerra*

★ *Los dos pudieron formar una pareja excepcional en la panorámica taurina de todos los tiempos*

★ *Eclipsamiento de varios diestros dominados por la figura del «Monstruo»*



biografía

★ *Rivalización momentánea con Pepín Martín Vázquez*

★ *Parrita, bajo la influencia personal y artística de Manolete*

★ *1945: Competencia Manolete-Arruza*

★ *El «idolo» siente sobre sus hombros las máximas responsabilidades de la fiesta*

★ *Presentación en Méjico: 9 de diciembre de 1945, en corrida memorable*

★ *De un solo golpe se colocó también a la cabeza de la torería mejicana*

★ *1946: No torea en España, dolido por la injusticia de algunos públicos*

★ *La competencia con Luis Miguel, su cansancio y sus dolencias*

★ *La tragedia de Linares*

de valor, saleroso y artista, Pepín está en la línea de Chicuelo y Pepe Luis. Con mayor decisión que cualquiera de los dos, pero también con menor hondura y profundidad en su toreo. Entusiasmo a los públicos por el contraste entre su gesto aniñado y sus alardes ante los astados. Tiene un estilo alegre, cascabelero, lleno de fragancias sevillanas. Alcanza éxitos tan ruidosos como el conquistado en la corrida de Beneficencia de 1947 en que, alternando con Manolete y en una de las tardes grandes del espada cordobés, rivaliza con él y logra cortar nada menos que cuatro orejas. Pero sólo tres semanas después, toreando en Valdepeñas, sufre una terrible cornada en el muslo izquierdo que le tiene nueve meses apartado de los ruedos. Cuando vuelve a la lucha con el ánimo un tanto vacilante inicia una decadencia que sucesivas jornadas aceleran, forzándole a una retirada a comienzos de 1953.

Dos toreros madrileños exigen una breve mención al trazar la panorámica del toreo en la época de Manolete. El primero es Manolo Escudero, artista fuera de serie, especialmente con el capote —pocos serán los diestros que hayan toreado a la verónica con mayor gusto y belleza— pero muy desigual en sus actuaciones. Cuando tras algunas vacilaciones iniciales marcha por un camino ascendente y parece decidido a dar el estirón definitivo, sufre una terrible cornada en el pecho el 27 de agosto de 1944, al hacer un quite al espada mejicano Gregorio García. Es una herida gravísima que merma considerablemente sus facultades. Sacando fuerzas de flaqueza, Manolo Escudero retorna a la lucha con renovados bríos;

aunque alcanza buenos éxitos, su ascensión hacia la cumbre ha sido truncada por el percañe mencionado, y sólo con sigue mantenerse unos años más en activo, toreando menos de lo que realmente merece.

Agustín Parra "Parrita", también madrileño, sufre, lo mismo que Escudero, una gravísima cornada en el pecho que le fuerza a abandonar los ruedos. Pero aquí empiezan y terminan las semejanzas entre ambos. Desde el comienzo de su actuación, Parrita cae bajo la influencia personal y artística de Manolete, al que procura remedar en todo momento y ocasión. Alto y con los brazos muy largos, Agustín imita a la perfección su estilo torero. Pisa idéntico terreno, aguanta impávido la embestida de los astados e impregna su labor de un fuerte sabor manoleteísta. Logra no pocos éxitos y llega a ser en alguna temporada —la de 1947, concretamente— el diestro que suma mayor número de corridas. Su defecto máximo estriba en la carencia absoluta de originalidad. Le falta ambición personal para emprender el vuelo por cuenta propia, y cifra su ideal en la más perfecta imitación de Manolete, con todas las limitaciones y los inevitables defectos que toda imitación trae aparejados.

VII

Manolete se halla en la cumbre de la torería andante cuando en julio de 1944, tras ocho años de completo aislamiento, se reanudan las relaciones taurómacas hispanomejicanas. Aunque lleva varias temporadas de matador de toros, Carlos Arruza es totalmente desconocido en Es-

paña. Quiere su buena suerte que en el momento de su presentación transitoriamente el pleito taurino se encuentre en Lisboa. Esto hace posible que sea el primer diestro azteca que pise el ruedo de la Monumental madrileña después de la guerra. Lo hace para lidiar reses de Muriel en compañía de Antonio «Bienvenida» y Morenito de Talavera el 11 de julio. Arruza cae de pie porque le sale bien todo lo que intenta y provoca el entusiasmo en los tendidos. En realidad, es un torero valiente y voluntarioso que des-cuella especialmente con formidable rehiletero.

La corrida marca el comienzo de la meteórica carrera de Carlos Arruza en los ruedos hispanos. Entre julio y octubre de 1944 lidia cuarenta corridas, generalmente con éxito halagüeño. Entre sus triunfos destaca el logrado en Madrid el 20 de septiembre, tarde en que le conceden una oreja de cada uno de sus enemigos. Al concluir la temporada está colocado en primerísima fila. Y, lo que es más importante aún, no faltan gentes que le consideran como el único y peligroso rival para la hegemonía de Manolete, que lleva varios años sin encontrar en los ruedos un serio competidor.

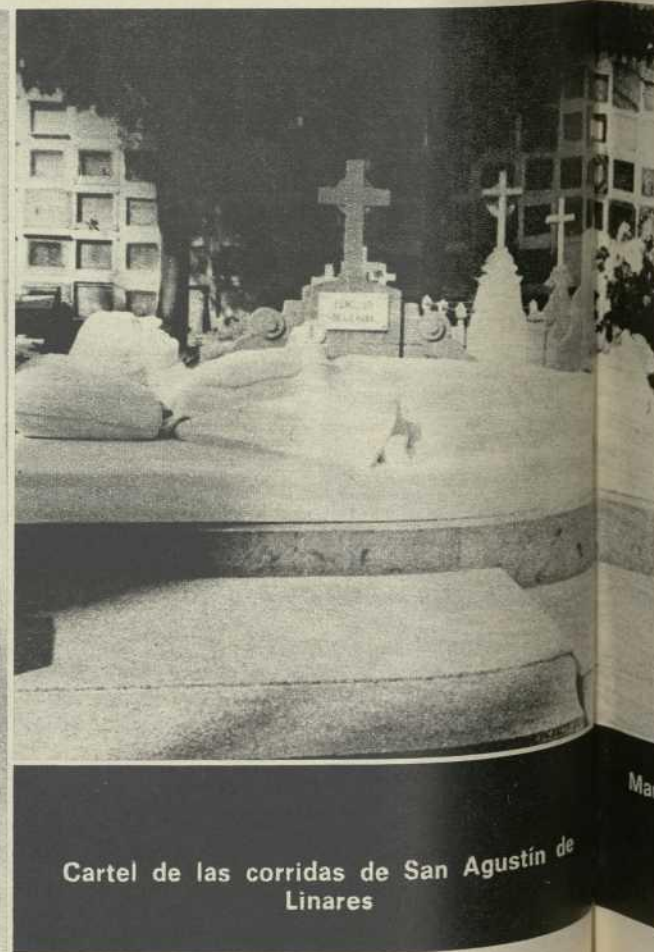
Hay evidente exageración en la presunta rivalidad, porque en todo momento existe una considerable diferencia entre ambas figuras toreras, con indudable ventaja para Manuel Rodríguez. Pero la hay en afirmar que Arruza interesa y entusiasma a los públicos que llenan las plazas para verle. En la temporada siguiente —1945— Carlos es con mucha diferencia el espada que más torea, vistiendo de luces ciento ochocientos; cifra que con anteriori-

PLAZA DE TOROS DE LINARES
ORGANIZACIÓN Pedro Balaña
Dos matadores Cortados de Toros galardonados por el Ayuntamiento.
FERIA Y FIESTAS DE SAN AGUSTIN
del 20 al 29 de agosto de 1947



JUEVES 28. Tercera tarde a las 5:30. SOBERBIA CORRIDA DE TOROS. 6 SELECCIONADOS TOROS - 6 Don EDUARDO MIURA MATEO VERA DE LAS VEGAS "GITANILLO DE TRIANA" MANUEL "MANOLETE" RODRIGUEZ LUIS MIGUEL DOMINGUIN	VIERNES 29. Tercera tarde a las 5:30. MAGNIFICA CORRIDA DE TOROS. 8 MAGNIFICOS Y BRAVOS TOROS. 8 SAMUEL HERMANOS DOMINGO ORTEGA LUIS MIGUEL DOMINGUIN PEPIN MARTIN VAZQUEZ PAQUITO MUÑOZ
---	---

EL EMPASTRE GALAS DE ARTE



Cartel de las corridas de San Agustín de Linares

dad sólo ha superado Juan Belmonte en 1919, en que lidia una corrida más. Arruza alterna decenas de veces con Manolete, y si no brilla a mayor altura que el cordobés, tampoco hace el ridículo a su lado.

Carlos Arruza no tiene la acusada personalidad ni el estilo inconfundible de Manolete. El azteca es un torero largo y ecléctico que busca el lucimiento en todos los momentos de la lidia y, generalmente, lo consigue. Practica un toro encimista, casi tremendista, exagerando incluso los defectos en el cite demasiado en corto —a veces a pisado en corto— del espada andaluz. Frente a la sobriedad manoletista es desmesurado y barroco en los adornos. La falta de pureza clásica de su toro la suple Arruza con una voluntad sin desmayos y un afán constante de complacer a los espectadores. No llega en ningún instante, sin embargo, al nivel de Manolete —al que es el primero en admirar aunque algunos lo afirmen sin verdadera convicción ni otro propósito que molestar a Manuel Rodríguez. En cualquier caso, Carlos Arruza es torero importante y su amistosa competencia con el maestro cordobés a lo largo de 1945 reaviva el interés y la pasión popular en torno a la Fiesta.

Manolete lidia en esta temporada setenta y una corridas de toros, logrando triunfar la mayoría de las veces. Puede, como Arruza, pasar sin grave dificultad del centenar de actuación. Se lo veda, de un lado, el propio cansancio de seis años de ininterrumpido torear, sintiendo sobre sus hombros las máximas responsabilidades de la Fiesta. De otro, un grave percance que sufre el 29 de junio en

Alicante, donde un astado de Francisco Chica le fractura la clavícula izquierda, forzándole a un período de inactividad en lo más fuerte de la temporada.

Si al finalizar la temporada de 1944 son varios los diestros españoles que actúan en Méjico con éxito, Manolete no cruza el Atlántico hasta un año después. Hace su presentación en la plaza de El Toreo el 9 de diciembre de 1945, alternando con Armillita y Silverio Pérez. La corrida resulta memorable. Los dos espadas mejicanos obtienen un señalado triunfo, pero ambos quedan oscurecidos por la labor del torero cordobés. Aguardado con inusitada expectación y curiosidad, Manuel Rodríguez se supera a sí mismo. Aunque no llega a matar más que un toro, por resultar herido de gravedad durante su lidia, le bastan unos minutos para convertirse en ídolo de la afición azteca. Asombra por su toro parado, hierático y emocionante. Escucha las mayores ovaciones, corta una oreja y es llevado a la enfermería entre los gritos de «¡Torero! ¡Torero!» salidos de millares de gargantas. De un solo golpe se coloca a la cabeza de la totería mejicana, igual que lleva años colocado a la de la española.

Cuando sin acabar de cicatrizar sus heridas vuelve a torear en Méjico, confirma la impresión causada el primer día. Torea lo que quiere, cuando quiere y al precio que quiere. Y tanto prolonga su estancia en América que, cansado del incesante ajeteo y dolido por la injusticia de algunos públicos españoles, decide no intervenir en la temporada peninsular del año 1946. En ella no se viste de luces más que una vez y con fines caritativos. Es el 19

de septiembre, día que se celebra en Madrid la corrida de Beneficencia, que Manolete lidia totalmente gratis. Con él alternan Antonio «Bienvenida» y Luis Miguel «Dominguín». Tanto económica como artísticamente, la corrida es un éxito rotundo.

Con la plaza llena a rebozar, Manuel Rodríguez es aclamado y logra cortar una oreja. La corrida tiene su mayor interés en la pugna que Luis Miguel «Dominguín» —que acaba de cumplir veinte años y al que impulsa una juvenil ambición— pretende entablar con Manolete por la supremacía taurina. Si el cordobés triunfa, el castellano triunfa por partida doble, consiguiendo cortar orejas en sus dos enemigos. En adelante —conforme se apresura a proclamar una propaganda perfecta— Manuel Rodríguez tendrá que contar con un rival menos amistoso que Carlos Arruza. A Dominguín no parece bastarle torear y cobrar más dinero, sino que, por encima de todo, quiere demostrar su propia superioridad sobre cualquier otro diestro, sin excluir, naturalmente, a Manolete.

En los meses siguientes, la salud de Manuel Rodríguez deja mucho que desear y se habla insistentemente de su próxima retirada definitiva. Parece decidido a no volver a pisar los ruedos luego de su campaña invernal 1946-47 en tierras americanas. Actúa durante unos meses al otro lado del Atlántico, en Méjico y Perú. Pero aunque todos dan por seguro que no volverá a torear en España, Manolete —sea por encontrarse mejor de salud o animado por los triunfos logrados al otro lado del Atlántico— decide por último intervenir en un núme-

ro limitado de corridas durante la temporada de 1947. Empieza a torear en diversas plazas, teniendo que esforzarse para superar las exigencias de unos públicos que ahora se muestran especialmente severos con él. El 16 de julio viene a torear a Madrid —completamente gratis, igual que el año precedente— la corrida de Beneficencia. Reverdece en ella todos los viejos laureles. Herido por el quinto toro mientras realiza una espléndida faena, se niega a ser conducido a la enfermería y permanece en la arena hasta terminar con su enemigo de una formidable estocada. Con la oreja del astado de Fermín Bohórquez en la mano y entre el delirio de los espectadores, abandona el ruedo para ponerse en manos de los médicos.

Tres semanas después reanuda sus actividades. Actúa en varios lugares antes de te-

astado no facilita su labor y llega al último tercio huido, receloso y achuchando por el lado derecho, Manolete le hace una faena de las suyas, coreada por los olés del público. Contra lo que aconseja la más elemental prudencia, dadas las condiciones de su enemigo, Manuel Rodríguez entra a matar despacio y derecho, volcándose materialmente sobre los pitones. «Islero» alarga el cuello, tira un violento derrote y engancha al diestro por el muslo derecho, levantándole en vilo y derribándole. Sus compañeros acuden rápidos al quite y le recogen del suelo para conducirlo a la enfermería.

Manolete sufre una herida gravísima en el triángulo Scarpa. El cuerno de «Islero», penetrando profundamente en sus carnes, produce enormes destrozos. El diestro, que pierde mucha sangre, llega a la cama de operaciones bajo los efectos



Manolete, muerto



Mausoleo de Manolete en el cementerio de Córdoba



Escultura de Manolete colocada en la plaza de Méjico

ner el gesto de encerrarse en la plaza de Linares con una corrida dura e incómoda de Miura, alternando con su amigo Gitanillo de Triana y Luis Miguel «Dominguín», decidido a continuar la competencia con el espada cordobés. Es el 28 de agosto del año 1947. Manolete, que triunfa en primer lugar con un bicho poco propicio al lucimiento, termina con él de una manera decorosa y los espectadores le aplauden sin excesivo entusiasmo. A renglón seguido sale el tercer toro, que corresponde a Dominguín y éste se supera, consiguiendo un triunfo rotundo con corte de orejas.

Con el quinto de la tarde —«Islero» de nombre, negro entrepelado— Manuel Rodríguez se enfrenta decidido a conquistar el éxito. Su pundonor profesional y su vergüenza torera le incitan a no dejarse superar por nadie. Si Luis Miguel ha cortado orejas en el tercer toro, él tiene que cortarlas, pase lo que pase, en el quinto. Aunque el

de un peligroso «shock». No obstante, aún tiene fuerzas para preguntar con un hilillo de voz:

—¿Me han dado la oreja...?

Le han dado las dos con el aditamento del rabo. Pero Manuel Rodríguez paga el más alto precio posible por este su último triunfo. Durante toda la noche los médicos locales y otros llegados apresuradamente desde Madrid luchan denodados por salvarle la vida. No lo consiguen y Manolete fallece a las cinco y siete minutos de la mañana del 29 de agosto del año 1947 en el Hospital Municipal de Linares.

Muere víctima del concepto exigente de la propia responsabilidad, por entrar a matar despacio y derecho a un toro de Miura. Cuando lo hace tiene treinta años, muchos millones ganados con su esfuerzo y toda una vida por delante. Pero todo lo arriesga —y lo pierde— en un gesto de pundonor en una plaza de segunda categoría.

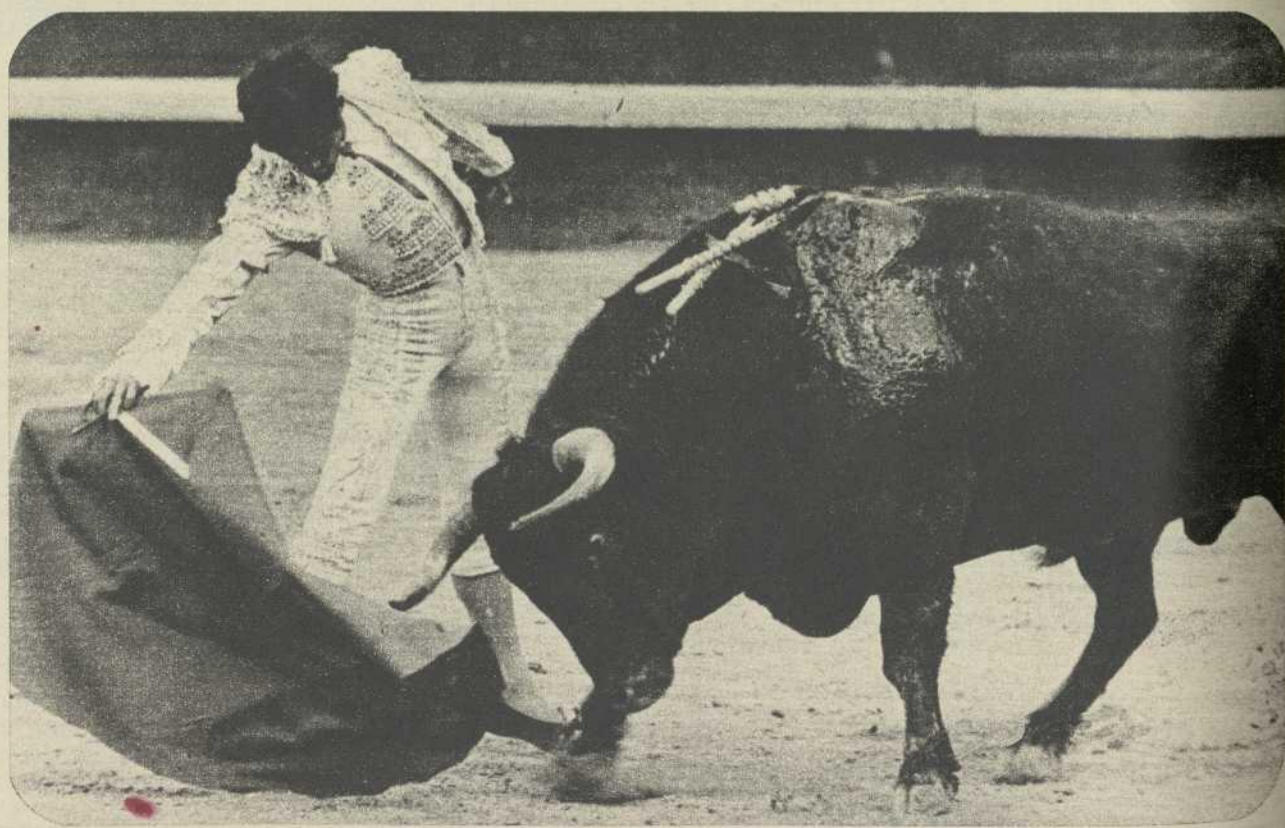
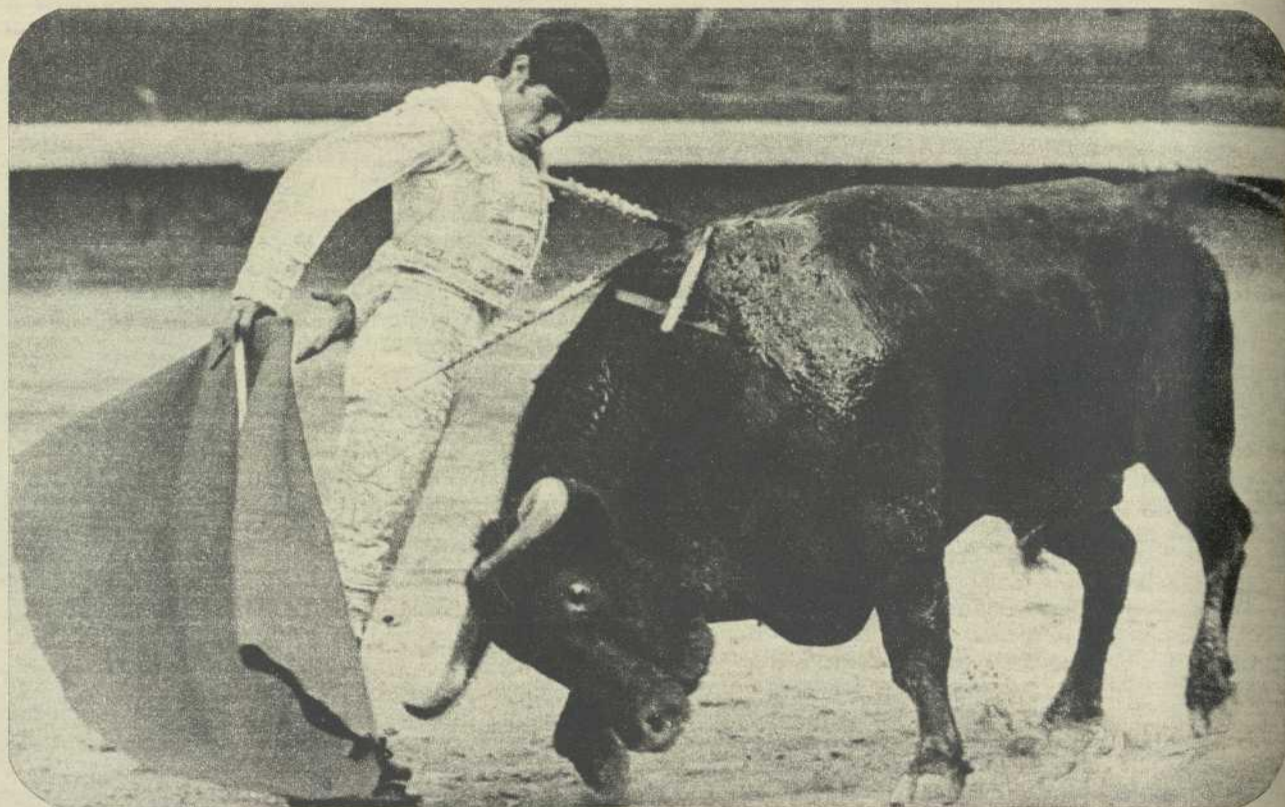
RUIZ MIGUEL

UN TORERO EXCEPCIONAL

EL ARTE,
EL VALOR
Y LA
MAESTRIA
DE

RUIZ 
MIGUEL

LE HAN
LLEVADO
A SER
FIGURA
CUMBRE
DE LA
TORERIA



APODERADO:

Francisco Ortega Sánchez • Real, 212 • Teléfono 88 19 80 • SAN FERNANDO

RECUERDO DE MI HERMANO MANOLO

Por
Angela
RODRIGUEZ
DE
TORRES-
LINERO

- «Fue torero desde la cuna, pero tuvo otra cara afición: el dibujo»
- «De interno en los Salesianos de Córdoba a torerito serio en la Banda de los Califas»
- «En el Campo de la Merced se descubrió su vocación»
- «Nuestra madre, su más grande y único amor»
- «Aquel niño que yo recuerdo, pecosillo y de cara redondita, cambió de fisonomía en el servicio militar»
- «Le horrorizaba que le calasen los toros por la urticaria que le producía la inyección antitetánica»



Doña Angela Rodríguez de Torres-Linero, hermana de Manolete

Muchas veces me han preguntado cuáles son los más antiguos recuerdos que atesoro de mi hermano Manolo. Y yo nunca supe qué responder porque la memoria me traiciona y porque la gran tragedia de su muerte, ahora hace veinticinco años, borra todo lo demás y oscurece ese trozo de vida familiar y lejana que apenas si palpita en mí con resonancia de lejanía.

Veo, sí, a aquel hermanillo chico por el que todas las hermanas, siguiendo los impulsos de nuestra madre, sentíamos gran devoción. Le veo corretear por la casa en donde nacimos él y yo, en la cordobesa calle de Torres Cabrera, donde ahora hay una lápida que perpetúa su llegada al mundo. Le

veo y no le veo, porque hasta que nos fuimos a vivir a la calle de Pérez Galdós, bocacalle del Gran Capitán los recuerdos de mi infancia caen en una especie de nebulosa y no se hacen distante realidad en la memoria.

Creo que Manolo fue torero desde la cuna. El hecho de que el primer marido de nuestra madre fuese Lagartijo Chico, y el segundo, aquel Manolete, nuestro padre, torero que hubo de luchar contra las dificultades del llegar que todos los toreros han conocido, sumadas además a los padecimientos de su vista, dieron por arte de no sé qué, o quizá por la gran casta de nuestra madre, mujer donde las haya, esa aptitud genial que mi hermano Manolo hubo de aprovechar para

RECUERDO DE MI HERMANO MANOLO

convertirse en ese símbolo de la torería que marca una época, un sentido y una forma cabal de ser y de estar.

Eramos cinco hermanas junto a él: Lola y Angustias, hijas del primer matrimonio de nuestra madre, y Teresa, Soledad y yo, del segundo, como él. Las cinco, aunque nunca lo dijésemos en los días de nuestra niñez, cuando veíamos crecer a Manolo a nuestro lado estábamos seguras de que nuestro hermanillo no podría ser otra cosa que torero.

Torero... o dibujante, que esa otra fue la gran afición de Manolo. Mi marido y yo, en nuestra casa de Córdoba, tenemos guardados como oro en paño docenas de dibujos de mi hermano. Los hacía desde muy joven, cuando entre sueños de la siesta y de la noche soñaba —¿lo soñaría en realidad?— con ser torero.

El niño... Era el niño para mis hermanas y para mí, porque así le llamaba siempre mi madre. Alegre, juguetón, sin dejar de ser por eso, desde muy chico, de carácter concentrado. Recuerdo que empezó a ir muy jovencito al colegio de los Salesianos. Creo que por entonces nuestro padre acababa de morir. Manolo no tendría más de seis años. Mi madre le metió interno, y a nosotras, sus hermanas, nos daba mucha pena no verle durante las largas semanas, so-

bre todo cuando llegaba la Feria. En aquellos días, desde Lola, la mayor, hasta Soledad, la más pequeña, todas nosotras nos acercábamos a las inmediaciones del colegio, allá por San Lorenzo, a la hora que sabíamos que terminaba el recreo.

Y veíamos a Manolo, muy serio en las filas, entre sus compañeros. Y nos le quedábamos mirando por mucho rato, hasta que él se amoscaba y, si estábamos cerca, nos decía: "¡Nenas, dejarme solo; irse de aquí, ea...!"

Luego nos acercábamos a casa y le pedíamos a nuestra madre que le fuese a buscar para que gozase de los días de la Feria entre nosotras. Pero mi madre, que, sin duda, tenía más ganas que cualquiera de nosotras de tener a Manolo en casa, nos decía que esperaríamos, que ya tendríamos tiempo, cuando llegasen las vacaciones, de protestar de su presencia y de sus patadas en las espinillas.

Algún tiempo después mi madre le sacó de interno. Venía todas las noches a dormir a casa, pero se pasaba el día entero en el colegio, a donde asistía como mediopensionista. Creo que fue por entonces cuando arreciaron sus deseos de ser torero.

JUGANDO AL TORO Y CINEN-DOSE DE SALON

Tendría como diez u once años cuando se le pegó el gusanillo, la fiebre de la afición. Se pasaba muchas horas en el Campo de la Merced, que era el lugar a donde iban los muchachos cordobeses que so-



ñaban con ser toreros. Allí daba muletazos al aire y verónicas al toro invisible de la imaginación. Sus compañeros de aquellos años eran los mismos que después siguieron siendo leales amigos, desde Luichi a los hermanos Sánchez de Puerta, pasando por Domingo Roca.

Por entonces yo me convencí de que el destino de mi hermano estaba echado. Era como mi madre, y cuando una cosa se le metía en la cabeza la llevaba hasta el final. Si pensaba en ser torero terminaría siéndolo, ya que la palabra fracaso no contaba en su idioma particular.

No sé si fue por entonces o hubo de pasar a ún algún tiempo cuando se formó en Córdoba un espectáculo taurino regentado por Juan J. Lara. Se llamó la Banda de los Califas y gozó de gran popularidad durante algunos años. Lara llamó a mi hermano para que asumiese dentro del espectáculo la parte del toro serio, y Manolo aceptó.

Los Califas actuaron con gran éxito en muchas plazas españolas, y en casi todas las que entonces estaban abiertas en el sur de Francia. Manolo se inició y se placeó por todas ellas, y con Juan J. Lara estuvo hasta que, deseando iniciar más altos vuelos, se desligó de Los Califas para empezar a torear novilladas en serio.

No recuerdo cuándo vi por primera vez a mi hermano vestido de traje de luces; pero en los años inmediatamente anteriores a nuestra guerra toreó algunas novilladas con vario éxito.

Me baila en la memoria el día de su presentación en la plaza de Tetuán de las Victorias, de Madrid. Fue en el año 1935, y alternó con Silverio Pérez. Detalle anecdótico de aquella tarde fue que, por equivocación, a mi hermano se le anunció en los carteles como Angel Rodríguez. Y otra anécdota más, ligada a aquella ocasión: cuando ya desaparecido mi hermano de este mundo de los vivos, mi madre hubo de ser operada de la cadera, el médico que la intervino fue el doctor Baquero. Pues bien, el doctor Baquero es hijo de un hombre que estuvo muy metido en las cosas de la Fiesta; y él, el padre de nuestro futuro médico, fue quien nos envió una colección

de fotografías de la actuación de Manolo en Tetuán de las Victorias.

EL TORERO DE UNA EPOCA

Manolo, como es natural, no pudo tener conciencia de que con el histórico 18 de Julio se iniciaba para él el propio y más brillante de los destinos.

Porque por estar llamado a ser el torero de una época, esa época empezaba a corresponderle. La de una nueva manera de hacer y de estar en los ruedos. La de una manera de ser que pasaría a la historia de la Tauromaquia y que aun hoy, veinticinco años después de su muerte trágica, evocan todos los aficionados de las distintas Españas del toreo.

Con diecinueve años y una cierta aureola de novillero caro, mi hermano, inmerso como español en el drama de su Patria, sienta plaza como soldado en el regimiento de Artillería número 42, de guarnición en Córdoba. Pero aquí debo decir algo que marcó profundamente la huella personal y humana de Manolo.

Se me ha preguntado infinidad de veces si ese aire senequista, grave, muchas veces patético, con el que mi hermano ha pasado al recuerdo imperecedero, se conformó ya desde su niñez, moldeándose poco a poco y con el paso de los años, hasta forjar su semblante tan personal e inconfundible.

Yo no he podido por menos de sonreirme al pensar en tal cosa. Porque Manolo, desde muy chico, era un niño lleno de gracia en su rostro, con su carita redonda moteada de pecas, en donde la nariz no sobresalía más de lo normal. Es curioso; pero mi hermano no llegó a aparecer tal cual fue al final de su corta vida hasta que hizo el servicio militar.

Recuerdo cuando apareció en casa, al cabo de muchas semanas, con su capote sobre los hombros. Fue entonces cuando mi madre y todas las hermanas nos dimos cuenta del cambio profundo que se había operado en las características físicas de Manolo.

Había crecido, estaba alto y muy flaco. Y su rostro se había llenado de ángulos, con la nariz como muy afilada. Aparecía, como nosotras

**Ferreterías
LA LLAVE**

**Hogar y
Confort**

NUESTRO HOMENAJE

Nuestra condición de cordobeses nos impone un alto en el camino en esta hora de conmemorar el XXV aniversario de la muerte de Manuel Rodríguez «MANOLETE».

Hacemos, pues, ese paréntesis en el diario avatar y, junto a la condición recrecida del paisanaje, ponemos ese otro sentimiento de limpio orgullo que nos otorga el haber sido admiradores sin medida del más grande y pundonoroso torero de todos los tiempos. Del torero señor que rubricó su última tarde con el ejemplo tremendo de su muerte honrada.

**almacenes
BARRIONUEVO**

RIO NUEVO



decíamos, «mu grande, delgao y espigao».

Pero mi hermano seguía siendo el mismo, con su gran carga de humanidad dentro del corazón. A mi, cuando me preguntan si mi hermano «siempre había sido así», me entra una risa muy grande, la misma risa que me da cuando alguien alude a aquella posible debilidad física suya, que nunca existió.

Manolo era muy fuerte y se pasaba las horas cuidando de su puesta a punto. En casa había una habitación llena de aparatos de gimnasia, de poleas y de esas cosas. Y desde que empezó a torear en serio acostumbraba a caminar con una pelota de goma en la mano derecha para tener muñeca y coger fuerza con el estoque.

En esto creo que pasa como con la idea que la gente tiene de su manera de ser. Se le tuvo, y se le tiene en el recuerdo, por un hombre triste y lleno de melancolías. Nada más lejos de la verdad. Ni tan siquiera fue un hombre tímido. Lo que ocurre es que Manolo era un ser «para adentro», de no muchas palabras, sino de las justas para todo.

Quienes le conocieron bien sabrán darme la razón. En la intimidad era el ser más alegre del mundo, aunque por haber nacido en Córdoba, y de padres cordobeses, no era, no, ni la sevillana ni nada de eso, sino la soleá y la seguidiya.

Cuando la guerra toreó muchas novilladas en la zona nacional, alternando con jóvenes figuras de entonces, como Manolo Martín Vázquez, Michelín, El Indio, Paquito Casado, Yoni, Gallito, Calderón y el pobre Pascualito Márquez. Y sus hermanas, y también mi madre, que tanto sabía del infinito dolor de la mujer que espera la noticia de una plaza lejana, estábamos contentas, muy contentas, porque sabíamos que aquello era lo que Manolo llevaba en el alma y lo que más le gustaba del mundo.

Al llegar la paz su nombre sonaba ya con fuerza de torero de multitudes y se empezó a preparar su alternativa, que tuvo lugar en Sevilla, en aquella temporada de 1939, figurando en el cartel, como padrino, Manuel Jiménez «Chicuelo», y Rafael Vega de los Reyes

«Gitanillo de Triana» como testigo.

Creo que todas las hermanas lloramos ante la fría calma aparente de nuestra madre cuando nos llegaron noticias del enorme éxito alcanzado por Manolo en su primera corrida de toros en Sevilla. No nos figurábamos todavía lo mucho que llegaría a ser en el toreo, aunque tengo la impresión de que yo llegué a intuirlo cuando, días después, un amigo de la casa, que andando el tiempo llegaría a ser el compañero de mi vida, nos relató la escandalera que Manolo había formado en su segunda actuación como matador de toros, allá en El Puerto, toreado con Domingo Ortega y con Pascual Márquez.

Y cuando meses después Marcial Lalanda le confirmó la alternativa en Madrid ya comprendí que era la hermana de quien llegaría a ser el símbolo de la Fiesta de su época; tales cosas, y en forma tan entusiasta, dijeron en-

tonces los más prestigiosos escritores taurinos del tiempo.

EN EL PINACULO DE LA FAMA

Debo decir, porque es una verdad como un puño, que mi hermano no cambió lo más mínimo al saltar gloriosamente a los más altos picachos de la celebridad torera.

Seguía siendo el hombre entrañable, íntimo, que idolatraba a su madre y sentía por nosotras, sus hermanas, un cariño infinito que, desprovisto de toda pasión de triunfador, rimaba con aquella su gran responsabilidad que él tenía siempre presente por ser el único varón de la casa.

Dicen que una de sus más fuertes y admirables características fue su sentido de la responsabilidad profesional. Toreaba y se jugaba la vida al mismo son en todas las plazas, sin importarle categorías, porque los tendidos costaban lo mismo y las gentes pagaban la entrada para verle torear.

Pues bien, la responsabilidad en todos los órdenes de la vida fue también su capital característica de hombre. Ponderado y siempre en razón, era la ecuanimidad misma, aunque no se crea, por lo que digo, que trataba de cuidar y acrecentar lo que iba ganando, ya que Manolo, por muy y lejos que estuviera de los despilfarros de muchos triunfadores —y él lo fue en grado máximo—, sólo se preocupaba de torear, de estar en forma para no defraudar a los públicos.

En los inviernos solía pasar mucho tiempo en Córdoba, aunque no todo el que hubiese querido, porque le acechaban los contratos de América. Había comprado para nuestra madre un palacete en la avenida de Cervantes, en el número 16, que en tiempos había pertenecido a Ortega Munilla, padre del filósofo Ortega y Gasset, y más recientemente a la familia de los Cruz Conde.

(Pasa a las págs. 31 y 31.)



Tienta en «Pino Montano». Manolete se fotografió con Rafael Gómez «El Gallo»



En la conmemoración del nacimiento de Manolete, su madre, doña Angustias, y su hermana Angela, llegan a Santa Marina para oír misa



Manolete y su madre, su gran amor



Manolete, con sus hermanas Sole, a la derecha, y Tere, a la izquierda, y sus sobrinas Encarna, Rafaelita y Lola



JULIO

MAXIMA FIGURA DEL TOREO

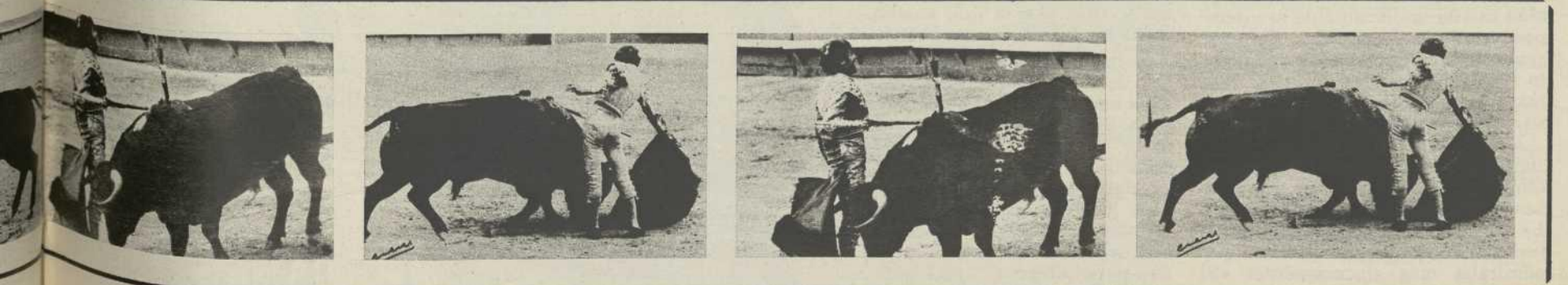
moratalla barba



LIAN GARCIA



moratalla barba



RECUERDO DE MI HERMANO MANOLO

(Viene de la pág. 27.)

Todas las mañanas, al levantarse, tomaba café y salía a la calle, encaminándose al bar Plata, en donde se reunía con sus viejos amigos de siempre, entre los que contaban, y pido perdón por si me olvido de alguno, nuestro primo Palito, Domingo Roca, Luichi, los hermanos Sánchez de Puerta y el doctor Moreno Salinas... Le gustaba acercarse al Campo de la Merced, para evocar recuerdos, todavía muy recientes, en la taberna de Paco Cerezo. Y casi todos los días veía llegar la hora del aperitivo en el restaurante de los hijos de Miguel Gómez o en el bar Bolero.

Regularmente, almorzaba en casa. Manolo seguía siendo tan comilón como lo había sido de pequeño. Gozaba con los huevos fritos con pimientos que le preparaba nuestra madre o alguna de nosotras. Cuando había pollo acostumbraba a mostrar en alto un muslo doradito y a decir: «¡Venga, hermanas, cambio un muslo por los hidajillos!»

Después de comer hacía un rato la siesta y aquella vida le encantaba, porque estaba al lado de su madre. Un hombre de su talla popular no puede por menos de arrastrar chismes e historias que la mayor parte de las veces son inventadas. Como es natural, se especuló mucho con la vida sentimental de mi hermano, pero debo decir, porque así fue, que Manolo sólo tuvo un grande e inmenso amor: el de su madre. Ella y su profesión marcaron el norte de su vida, en el que también contábamos lógicamente, sus hermanas, como una prolongación o consecuencia de la mujer que a todos nos dio el ser.

A veces se iba por algunos días a algún rincón de la sierra cordobesa, o a esos tentaderos en el campo que suponen el mejor ejercicio para los toreros en el invierno. Pero en cuanto podía volvía a Córdoba, y a su vida monótona de siempre. Le gustaba lo suyo la compañía de los viejos amigos, aunque por ello no dejase de dedicar atención a esos «agradadores» de las figuras, que acostumbraban a acercarse a él para deslizar algunas cuantas lisonjas, generalmente, en perjuicio de terceros.

Cuando llegó a España procedente de su primer viaje a Méjico, lo primero que hizo fue tomar el tren en Madrid y venirse a Córdoba. Su campaña americana había sido triunfal, por lo que el pequeño grupo de admiradores que acudieron a recibirle a la estación cordobesa no dejó de llamar la atención, si bien existía la disculpa de lo intempestivo de la hora. Uno de esos «agradadores», que nunca faltan, se lo hizo notar a Manolo, y mi hermano le contestó: «Pues, la verdad, yo tampoco hubiese venido...»

Admiraba a todos los que se vestían el traje de luces y le molestaba lo suyo que alguien le viniese a denostar a éste o aquel torero. Es muy conocida su frase sobre Pepe Luis, uno de los compañeros que admiraba más sinceramente: «Si ese rubito de San Bernardo quisie-

ra, los demás no nos vestiríamos de toreros...»

En una ocasión, reunidos unos cuantos amigos en Córdoba, llegó alguien diciendo que Pepe Luis estaba dispuesto a retar mano a mano a Manolo con toros de Miura. Como la noticia dio lugar a cierta agitación en la tertulia, mi hermano sacó hierro a la cosa exclamando con buen humor: «Pues yo desafío a Pepe Luis a... comer almejas.» (Las almejas eran, y supongo que serán, una de las supremas delicias para Pepe Luis Vázquez.)

Yo le oía hablar poco de toros, porque en casa apenas lo hacía, pero sé que a mi hermano le preocupaba mucho la época de José y de Juan, quizá por Camará, que le hablaba mucho de Joselito, Sin embargo, las preferencias de Manolo se inclinaban por Belmonte.

No, no cambió para nada la manera de ser de mi hermano con su salto a la celebridad. Siguió siendo el que era. En cambio, para nosotras en casa, sí que se operó una cabal transformación. Durante temporada, los días en que toreaba, que eran los más, nuestra madre nos hacía andar en silencio y con todo el recogimiento del mundo. Y si alguna de las hermanas alzaba la voz o se le ocurría tararear una cancioncilla, la reconvencción no se hacía esperar: «Chiquillas, que hoy torea vuestro hermano...» O: «¿Pero cómo es posible que se te ocurra cantar si sabes que a estas horas el niño está toreando?»

Todo volvía a su ser cuando sucedía la llamada telefónica desde cualquier lugar de España o cuando recibía el cable de Méjico. En los momentos de inquietud, tras algunos de los percances que sufrió mi hermano, nos arrebujábamos en torno a nuestra madre y tratábamos de consolarla con bastantes menos fuerzas, entre todas, de las que ella disponía para disimular su dolor.

Mi hermano, que era un poco supersticioso, no tenía miedo, o sabía reducirlo con su sentido de la responsabilidad. El único temor que le infundían las cornadas era la presencia de la inevitable inyección antitetánica. Manolo era alérgico a ella, que le producía unas fuertes y horribosas urticarias.

EL GARABATO DE LA TRAGEDIA

Para aquella temporada tenía mi hermano proyectado alejarse del toro. Estaba cansado, más que de su profesión, de la dureza de su puesto dentro de ella. Y también, un poco, de esa falta de caridad, de ese rigor con creces que siempre se dispensa a todas las figuras grandes.

Torearía por última vez en los ruedos españoles. Después de Linares tenía comprometidas casi todas las fechas de septiembre. Luego iría a Méjico, a despedirse de aquella afición que en tan grande estima le tuvo y a la que amaba con todas las fuerzas de su pecho.

Al llegar aquí no puedo por menos de dejar patente un recuerdo emocionado a la gran nación mejicana. Si en su vida de torero le mimó y le dispensó los más grandes homenajes de admiración y respeto, después de su muerte han sabido guardar culto a su memoria de una manera que me emociona. Frecuentemente, recibo invitaciones para viajar a aquél país hermano, fraterno, y si mi marido y



Manolete, en compañía de su madre

yo no lo hemos hecho todavía, que nada me gustaría más que conocer de cerca aquel escenario de resonantes triunfos de mi hermano, y andar y desandar aquella tierra en honor a él y en agradecimiento a quienes tienen presente allí su memoria, es por la razón de mi horror a los viajes en avión. Pero espero vencerlo algún día y llegar allá para fundirme en emocionado abrazo con aquellas gentes.

Bien, aquella de 1947 era, pues,



la última temporada en activo de mi hermano. Yo acababa de casarme, y Manolo, de vez en cuando, le decía a Rafael, mi marido: «Cuñao, ¿crees que mi hermana te dejará venir conmigo? Me harías mucha falta, porque he de dejar arregladas bastantes cosas...»

Su último viaje a América, como profesional de los toros, iba a coincidir con su primer viaje a Méjico como profesional de la agricultura. Acababa de comprar unos tractores y determinada maquinaria agrícola que recogería allí personalmente. Pero estaba de Dios que todo iba a acabarse de golpe, impensadamente, cuando quizá mayores eran sus ilusiones y sus anhelos.

Yo estaba en Córdoba el día 28 de septiembre. Mi marido, en unión del primo Rafael Díaz y del sobrino Lagartijo, habían acompañado a Manolo a Linares. Recuerdo que hacía una tarde plomiza, tormentosa, traspasada por calores de ahogo.

Yo estaba planchando en casa, y cuando la tarde empezaba a vencerse llegó a avisarme la muchacha de mi hermana Soledad. Me dijo que su señorita quería verme en seguida, que fuera a su casa. Yo, la verdad, no pensé en nada desagradable, ni aun cuando empecé a arreglarme para salir y la muchacha me dijo, bastante nerviosa, que me diese prisa.

Se me quedó para siempre grabado en el recuerdo nuestro paso por los Jardines de la Victoria, en

dirección a casa de mi hermana Soledad. Había corros inquietos de hombres y mozalbetes que comentaban y gesticulaban, bajando la voz de cuando en cuando para escuchar la voz de un aparato de radio puesto a gran volumen.

El corazón me dio un vuelco. Me di cuenta de que algo muy grave le había ocurrido a mi hermano cuando oí la voz del locutor diciendo que se estaba preparando la segunda transfusión de sangre. La muchacha y yo aligeramos mucho el paso hacia casa de Soledad.

Nuestra madre estaba en San Sebastián con algunas de nuestras hermanas. Y toda la preocupación de Soledad y mía fue, aquella noche horrible, la de si nuestra madre se habría enterado ya del gravísimo percance. Creo que esa preocupación la compartimos a distancia con el pobre Manolo, ya que algún tiempo después mi marido me contó que mi hermano, tomándole una mano, moribundo ya, le había dicho: «Cuñao, qué mal rato va a pasar mi madre cuando se entere...»

Las horas parecían eternas aquella noche. Soledad y yo, al lado de la radio, rezábamos y llorábamos. Las noticias eran cada vez más consoladoras. Y para que todo se enredase aún más para nosotras, se fue la luz y nos quedamos sin saber cómo marchaban las cosas en Linares.

Después, el recuerdo se quiebra y todo se nubla como bajo una masa de niebla deforme. Pero todo lo que sucedió después pertenece

ya a la historia que ha sido contada muchas veces.

UN CUARTO DE SIGLO DESPUES

Estos días, invitada gentilmente por EL RUEDO para hilvanar estos recuerdos, he vuelto a pensar detenidamente en aquellos días tristes y desgarradores que todos vivimos en casa.

Manolo murió como había vivi-

do, sin un gesto de contrariedad, entre buenos amigos y compañeros y entre el calor de los familiares que le acompañaban: Cantimplas, nuestro primo, que iba en su cuadrilla. Lagartijo, el sobrino. Otro primo, Rafael Díaz. Y Rafael, mi marido. Precisamente, a mi marido le había firmado un documento, antes de salir para la plaza, por el que transfería un coche «Buick» con gasógeno a un señor de Ecija, al que se lo había vendido en vein-

titrés mil duros. Esta fue, si no hubo alguna otra en un abanico durante la corrida, la última rúbrica de mi hermano.

Todos nosotros, hermanos y cuñados, nos situamos desde entonces alrededor de nuestra madre. Quisimos, desde el principio, que todo continuase igual, como si Manolo no hubiese muerto. Y nos dispusimos a tratar de acrecentar la fortuna que mi hermano había dejado —muy inferior a lo que dijo el más pesimista de los que se ocuparon de esas cosas— para que a mi madre no le faltase nada.

Creo que lo hemos conseguido con creces. Y si mi madre no reparó en gastos para perpetuar la memoria de su hijo, elevando incluso a sus expensas el mausoleo de Córdoba, hoy, a los veinticinco años de su muerte, Manolo, desde el cielo, puede sentirse satisfecho. En casa todo está igual, sigue ayudándose a los que él ayudó siempre, porque amaba a los niños y a los viejos y de todos es conocida su caridad hacia la casa de San Juan de Dios, en donde crecen niños cordobeses desheredados de la fortuna, y hacia el Convento de los Dolores, que se ocupa de ayudar a los viejos desvalidos.

Pero no quiero seguir hablando de estas cosas. Han pasado veinticinco años y el recuerdo de mi hermano Manolo está vivo. Incluso para gentes que se hallan alejadas de la Fiesta. Esa es la mayor alegría que se nos puede dar a quienes vivimos pendientes de los noventa y un años de nuestra madre.

Esa y el pensar que veinticinco años después no hay que hablar para nada de festivales benéficos. Eso, estoy segura, llenará de sano orgullo familiar a mi hermano, Manuel Laureano Rodríguez Sánchez, allá en sus alturas infinitas y bienaventuradas.

Angela RODRIGUEZ
DE TORRES-LINERO

Montemar, agosto de 1972.

Pensativa en el recuerdo de su hermano Manolo...



PALOMO

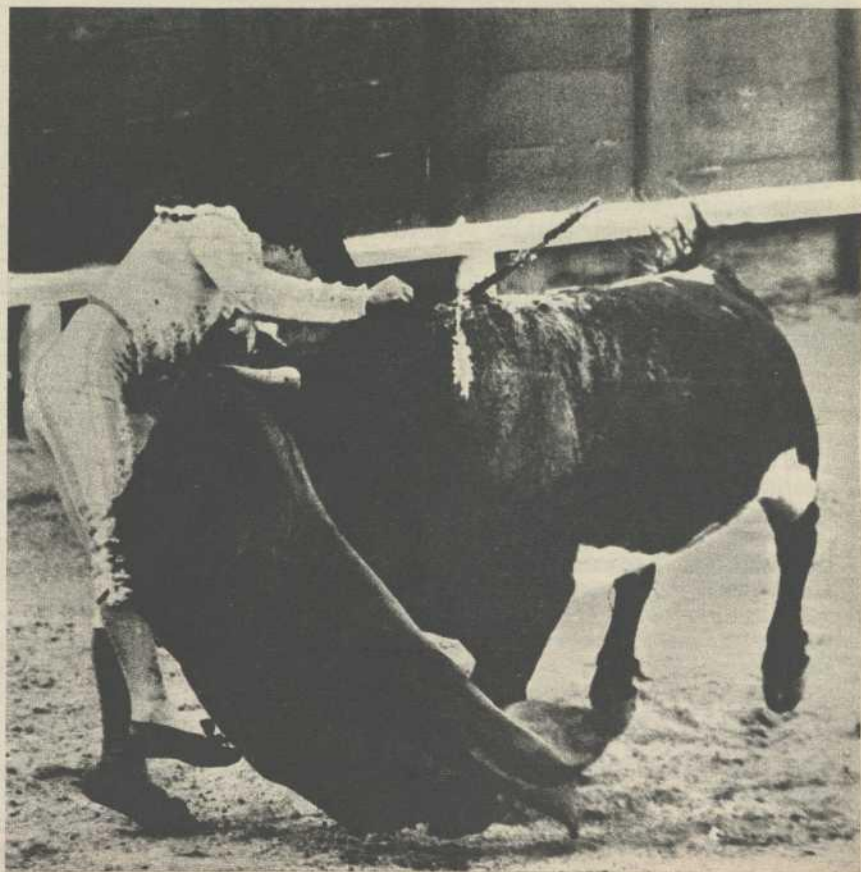
**El rabo de Madrid
le metió de
lleno en la historia del
toreo de todos los tiempos
¡...Y SEGUIRA SIEMPRE EN TRIUNFO!**



"LINARES"



**Auténtica
novedad
1972**





A los entrañables lectores
de "El Ruedo"
Angustias

MANOLETE EN EL RECUERDO DE SU MADRE

CORDOBA. (De nuestro enviado especial.) — Doña Angustias Sánchez nos recibió a las seis en punto de la tarde de un día agosteo, caluroso por demás. Estaba hecha un sol, abanicándose con la impecable gracia andaluza, en el patio cordobés que huele a gloria, en su blanquísimo palacete. Sentada en un sillón, con su hija Tere al lado y un jardinero que iba y venía de un lado para otro, regando plantas, cuidando macetas...

—Pues verá usted... Yo le invito a comer cuando le dé la gana. Pero queda obligado a una cosa: Me tiene que avisar para decir el plato que más le gusta...

Doña Angustias, madre de Manolete, el monstruo de Córdoba, gigante en la historia del toreo. Figura que murió con las «botas puestas». En eso, en su profesión, con el vestido de lu-

ces y en zapatillas... Porque la cogida fue mortal y la muerte anduvo con él desde el primer instante de la tragedia de Linares. ¡Que gusto debe dar subir al Cielo cuando la muerte atrapa a uno en el trabajo de cada día! ¡Muerto con las botas puestas, con las zapatillas de torear en este caso...!

—Doña Angustias...

—¿Qué, hijo? Dígame...

—¿Le gustaba a Manolete la política?

—No. Pero adoraba a Franco.

—¿Le oyó usted en alguna ocasión hablar de José Antonio?

—¡Ay, sí! Decía que había sido uno de los mejores hombres de nuestra historia. Decía que, siendo señorito, supo alcanzar desde muy joven la alta graduación de señor... Es que Manolo, no es porque fuera mi hijo, ni porque fuera un

gran torero... Es que mi hijo era un caballero.

Así, ni más ni menos, comenzó nuestra conversación. Luego, continuamos el diálogo...

—Este palacete estaba casi igual que cuando lo adquirió Manolo; Bueno, la verdad es que este patio se hizo a capricho suyo.

—¿Fue quizá el mejor regalo que le hizo su hijo?

—Todos eran buenos. Pero éste, posiblemente, fuera el que más me gustara ¡Estaba tan interesado siempre en agradarme! Recuerdo que guardó el secreto de la compra. Me trajo hasta aquí y me dijo, todo sonriente, abrazándome: «¡Mamá! ¡ta, ea, esta es tu casa! La he comprado para ti...»

A doña Angustias Sánchez, madre de Manolete, de noventa y dos años, anciana guapa, no le falla mucho la memoria. La fuerza con ciertos gestos garbosos y

habla luego sin titubeos...

—¿Que si me dio algún disgusto mi hijo? ¡Qué va! Ni siquiera de chiquillo... ¡Era tan bueno Manolo! Yo siempre fui un ídolo para él, quien, a su vez, era mi encanto...

—¿Y ni siquiera un disgusto, doña Angustias?

—¡Ay, hijo! ¡Claro, claro...! Cuando de pequeño pude comprobar que también él quería ser torero. Pero a pesar de su temprana vocación nunca faltaba a sus otras obligaciones. Mantenía la afición con sacrificio. ¿Sabe por qué? Pues bien sencillo: Porque le salía de dentro. Toreaba hasta en casa. ¡Ay, Señor!

—Se observa que, efectivamente, era «su encanto», su hijo preferido...

—Bueno; bueno... Es que fue el único varón que tuve. Y eso también cuenta.

—¿Le hubiera gustado ver casado a Manolo?

—¿Por qué no? Hubiera sido motivo demostrativo de que amaba, de que había enamorado. Creo que de no matarlo un toro hubiera contraído matrimonio. ¿Y por qué no? ¡Pues claro! Durante la conversación doña Angustias sonríe a veces. Me da con su mano rugosa, pero firme, en el brazo diestro...

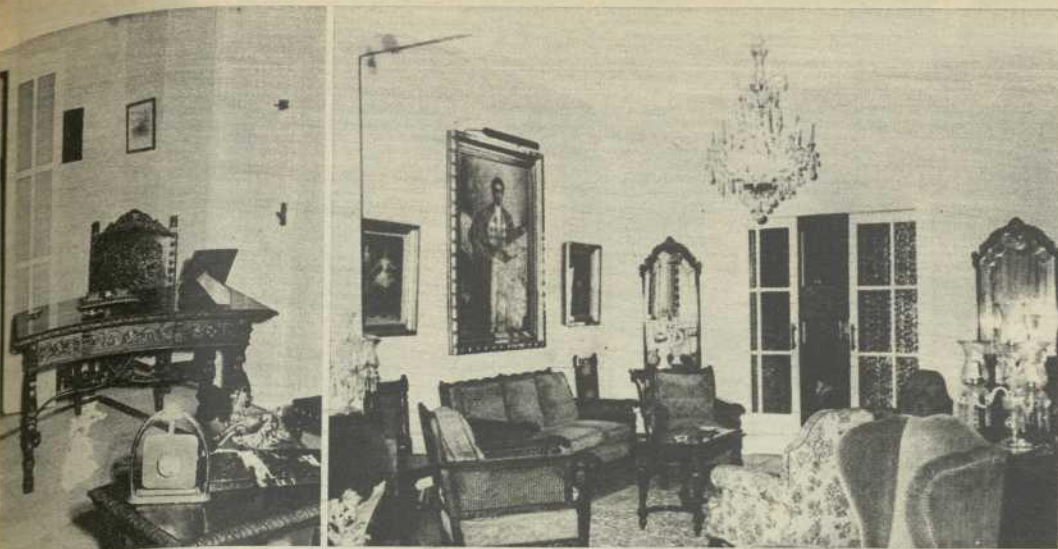
—¿Doña Angustias?

—¿Qué?

—¿Cree que su hijo ha sido el mejor torero?

—¡Ay, hijo, me mete en un aprieto! No sé. Eso dicen. Pero ha habido otros muy buenos. Claro que dicen que fue Manolo... pues..., digo yo: ¡Por algo será! Mire, hijo: Algo tendría el agua cuando la bebían y la continúan bebiendo...

—¿Qué puede comentar usted de Arruza, tantas veces compañero de su hijo, también ya muerto?



El despacho de Manolete continúa intacto, tal y como él lo dejó.—Salón de la casa de Manolete, con una gran fotografía del diestro a la izquierda

«Ni siquiera de chiquillo me dio ningún disgusto»

«Manolo llevaba sangre de torero en las venas. Lo que no heredó fue la gran clase que poseía»

Doña Angustias charla con nuestro enviado especial, en presencia de Tere Rodríguez, hermana de Manolete

«Mi hijo no fue político, pero sentía gran admiración por Franco»



Tere Rodríguez: «A mi hermano le gustaba leer la Historia de España y preocuparse por las biografías de famosos»

—Que «tampoco estuvo mal» y que, pese a lo que algunos han dicho, fue muy amigo de mi hijo... ¡Ah!, Manolo admiraba a Pepe Luis. Recuerdo como si fuera hoy que en varias ocasiones me dijo: «Madre, este Pepe Luis Vázquez es un gran torero...» ¡Bueno! Es que Manolo nunca quiso mal a nadie. Hablaba muy bien de todo el mundo. Justificaba a todos los compañeros: «Sí, tiene ese defectillo —decía—, ¿pero y lo que vale "con lo otro"?»

—¿Quién la transmitió la trágica noticia?

—Estaba en San Sebastián. Llamaron: «Le ha cogido un toro, pero no es nada.» ¡Ya se figura! Estuve en todo momento pendiente de la radio, esperando con intranquilidad, pero con cierta confianza. ¡Ay, cuando me enteré de la segunda transfusión! Choperá me llamó, fue a verme. Me

ofreció su coche. Igual sucedió con el conde de Villapardierna... «No es nada —me decían—. Pero vamos a verle, doña Angustias.» Yo les contesté que cuando mi hijo estaba cogido lo primero que decía a los amigos y familiares es que no fuera yo. Me quería tanto que hubiera sufrido mucho más al observar mi propio sufrimiento. Pero Choperá, don Pablo, me engañó de muy buena fe: «Vamos; a Manolo, en esta ocasión, le agrada verla...» Yo iba «muy mosca» todo el viaje. Y terminé de ponerme del todo cuando llegamos a La Carolina. El coche, en vez de coger la carretera de Linares, se dirigió a Córdoba. Comencé a adivinar todo. Pero todavía ellos continuaron animándome: «Es que a Manolo le tienen que curar en Córdoba...» Lo demás... ¡Ay, Señor!

Había estado casada la

madre de Manolete dos veces. El fue el tercero de los hijos de su segundo matrimonio con Manuel Rodríguez Sánchez. La mayor es Angelita, luego, Tere —que asiste también a esta conversación— y la menor fue Sole, que murió. De su primer esposo —Rafael Molina Lagartijo—, doña Angustias tuvo tres hijos: Dos hembras y un varón, que murió. Fue, pues, esposa de dos toreros y madre del «monstruo»...

—¿Fue hereditaria la vocación de Manolete?

—Pues..., sangre de torero sí llevaba en las venas. Lo que no se hereda es la clase de torero que fue mi hijo.

Con Tere Rodríguez Sánchez visitamos luego el interior del palacete, que Manolete —¡con cuánta ilusión!— adquiriera para su madre...

—¿Qué nos dice la hermana?

—Me pongo blanca cada vez que remonto el tiempo al recuerdo de la tragedia. Mi hermano era, de verdad, un buen hombre, amén de torero. Era un señor, un caballero para con todos. Un fuera de serie en la plaza y fuera de ella. Mire: Le gustaba leer la historia de España, preocuparse por la biografía de famosos, de personas insignes. Y le encantaba también, pintar, sobre todo, toros y toreros, temas taurinas... «Para cuando sea viejo —decía— acordarme de cuando era joven...»

Habíamos llegado al dormitorio de Manolete. Acogedor, pero sencillo a la vez, como era el propio torero. Está como él lo dejó, incluso con las camisas que usara, con sus corbatas, sus trajes, sus zapatos... Una foto de su madre, otra de la Virgen de los Dolores... Y su despacho:

—Aquí —dice Tere— todo está igual también. Sólo hemos introducido una novedad: la mascarilla que le hicieron a Manolo después de muerto...

Por lo demás, fotos del torero, dos cabezas de toro disecadas: La de «Mirador», toro de su alternativa, y la de «Rabanito», un toro de Pinto Barreiro, de quien se le debió ofrecer en Madrid, como premio, el rabo, además de las orejas... Y una foto estupenda en la que Manolete aparece materialmente volcado sobre el morrillo, matando al miura gigante, un toro que era más grande que él...

—Y ya ve; luego tuvo que morir por cogida de un miura también, pero mucho más bajo que éste y bastante menos descarado.

El final fue el mismo: Morir como un valiente.

Jesús SOTO

Sencillamente

LOLITA

MIÑOZ



¡¡QUE GRAN REJONEADORA!!



Siempre se habló de Manolete como la figura genial de una época que arrolló el interés taurino en una estela luminosa del toreo. Luminosa, dicho así, porque junto a él lucieron su calidad taurina figuras tan excepcionales como Domingo Ortega, Arruza, Pepe Luis y otras con destellos brillantes de su personalidad como Luis Miguel, Manolo González y tantos otros que llenaron de interés los años del 40 al 50. De Manolete, como torero, se han dicho muchas cosas, quizás algunas de ellas dijeron todo lo que había que decir de él como torero; quizás otras, confundidas, sin duda, por aquello de que Manolete sólo toreaba en el ruedo y no fuera de él, repetían lo que bien pudiera calificarse como blasfemias taurinas. Pero no he de ser yo ni el crítico ni el analista; hoy quiero hablar de él como torero y hombre, dentro y fuera de la plaza. Ya conté un día aquella anécdota de Sevilla, cuando después de hacer el paseo, un alto agente comercial sevillano alzaba su sombrero ancho y dijo en alta voz: «¡Vámonos ya! ¡Ya hemos visto bastante!» Se refería sólo a la forma de hacer el paseillo Manolete. Su mirada entre el cielo y la tierra, fija mirada a su responsabilidad. Su cuerpo como un mimbre en movimiento. Su paso a compás, paso de torero, sin prisa, en desafío de arrogancia. Su brazo daba ritmo a sus piernas. Todo al mismo son. Todo con pausa y temple. Todo derecho, menos el brazo derecho que tomaba la curva de ese arco invisible de su categoría humana y torera. Su paso, su ritmo, era un bailarín flamenco. ese de esencia real de la flamencología, ese que baila sin moverse, que canta hablando, que llora sin lágrimas y que ríe sin sonrisa. Un día, recuerdo que le preguntaron por qué no se reía con el público, por qué no deseaba su simpatía y su aplauso. El sólo contestó: «Yo no puedo hacer las cosas sin sentir las, y los aplausos el torero debe buscarlos arrimándose.» Por eso, cuando se vestía, siempre miraba por la ventana de su cuarto, quería saber si el viento, único enemigo que tenía, le dejaría arrimarse como él quería cada tarde. Recuerdo una vez que le pidieron una castañeta (lo que coge la coleta) para uno de sus compañeros de esa tarde que la había olvidado —siento no poder decir qué fecha fue—, rápidamente le contestó a Guillermo: «Dásela para que se ponga algo de torero.» Después de dicho, me miró con sonrisa de júbilo infantil. Pensaba en su frase llena de

hombria y al mismo tiempo de jovial travesura. Era aquella imagen de lo que siempre oí de anécdotas de toreros de Córdoba, miles de anécdotas que junto a él oí tantas veces de José Flores «Camará», como mito paciente que iban modulando en él su carácter sobrio, su fuerza de hombría, sus ánimos guerreros de lucha contra el toro y contra toda influencia de fuera. De ahí, quizás, aquella época, muy próxima a su muerte, de público hostil por aquello de que estábamos en la época de que todos querían que las cosas marcharan a su antojo, que se comprara con mentira una opinión de hombría y de lucha que sólo con lucha y hombría había que ganarla, porque, en el fondo, él estaba dispuesto cada tarde a dejarse matar por cualquier toro.

Un día, juntos los tres, cómodos y bien sentados en nuestros butacones camperos al pie del fuego, charlábamos sobre anécdotas y recuerdos. Camará decía que era necesario no dejarse dominar por los que le contrataban, ya que ellos unidos, trataban de poner condiciones. Manolete, recuerdo que, tímida, pero energicamente, dijo: «Creo que las condiciones las debe de poner usted.» Su maravilloso respeto a Pepe Camará hacía que cambiara el yo por el usted; pero Pepe le dijo: «Eso depende de ti. Para eso hay que cortar las orejas todas las tardes.» Manolete, con esa risa casi burlona, respondió a Camará: «¿Y yo qué hago, cortes de mangas todas las tardes...?»

El rumbo estaba fijado desde aquella tarde. Al poco tiempo, Manolete dejaba de figurar en algunos carteles importantes. Los empresarios se unieron contra él, pero no llegó a treinta días. El inolvidable Pedro Balañá, aquel hombre dinámico cuyo recuerdo ha de vivir entre muchos para siempre, convenció a los demás que la guerra a Manolete era guerra perdida, y al poco tiempo en Sevilla, Pagés, el iniciador de la lucha, daba a Manolete cuatro corridas en la Feria de Abril. Todavía oigo las ovaciones a Manolete en aquella Feria. Ocho toros tirados por su espada en un instante; ocho faenas magistrales, ocho orejas en la Feria de Abril de la entonces plaza más torera de España. Pienso en aquellas ovaciones junto con la oración de su recuerdo, con su mirada de amigo fraternal mientras en su cama de operaciones confesaba: «Dios te perdone, Manolo, si en algo te equivocaste. Dios es tu padre Manuel. Dios fue el que te dio ese valor y ese arte. Dios te acaricia ahora para que sufras menos, porque el paso es duro, pero tiene la fuerza que tu fe le enseña por la rendija maravillosa de tu plegaria.» En aquel beso al crucifijo de plata se quedan tus amigos en el recuerdo del mejor torero de una época, del mejor compañero, del amigo entrañable que dejó un ejemplo inolvidable de calidad humana, de hombría ejemplar, de esa que muchas veces se recuerda y se añora, como se añoran los besos de una madre, la caricia de amor, la emoción de unas lágrimas.



MANOLETE, AMIGO

Por Alvaro
DOMECQ
Y DIEZ

A black and white close-up portrait of Pedro Moya, a young man with dark hair, looking slightly to the left. He is wearing a white shirt and a patterned jacket. The background is blurred, suggesting an outdoor setting.

PEDRO MOYA

«NIÑO DE LA CAPEA»

*La máxima novedad del año
1972 en el escalafón de las*
**GRANDES FIGURAS
DEL TOREO**



Don Ricardo, con Manolete y Antonio «Bienvenida», en la plaza de toros de Valencia



Adolfo Torrado, jaleando a K-Hito, que iba tocado con sombrero de ala ancha. K-Hito con Manolete



MANOLETE,

en las crónicas viajeras

Por K-HITO

«EL MONSTRUO»

Si; yo llamé a Manolete el Monstruo. Fue en la tarde del 28 de junio de 1943, en Alicante. Torearon reses de don Agustín —del conde de la Corte— los diestros Manolete, Antonio «Bienvenida» y Manolo Escudero.

Ocurrió en un momento de entusiasmo incontenible, del cual no tenemos por qué librarnos los críticos.

Había llevado a cabo Manuel Rodríguez una faena para la Historia en el cuarto toro, y al pasar ante mi localidad, triunfante, sin alterar por eso su paso cansino, le arrojé mi cuadernillo de notas, en cuya primera página había escrito: «¡Monstruo!» Y, como digo, ése fue el título de la crónica.

La palabra cuajó tanto, que, al algún tiempo después, al regresar Manolete de uno de sus viajes a América, me dijo, dibujando una leve sonrisa: «Don Ricardo; en Nueva York me llaman «The Monster» —pronunciándolo tal como se escribe—. «Pues la hemos hecho buena!», balbuceé.

LA GORRA BLANCA

El entusiasmo de que hablaba se repitió sólo una vez. Fue en la corrida que, como homenaje a Manolete, tuvo lugar en Córdoba, después de su muerte. Tarde emocionante. A Carlos Arruza, rival en los ruedos del Monstruo, y su amigo cordialísimo y noble en la calle, le lancé al ruedo mi gorra blanca.

Fui manoletista de pies a cabeza o de cabeza a rabo, dicho sea con más garbo taurino.

UNA FAENA DE K-HITO

Verán; un detalle: en cierta ocasión se hallaba el pendolista infrascrito con unos amigos, tomando unas cervezas en una de las tantas cafeterías de la explanada de Alicante, cuando se sentó con nosotros un prestigioso abogado, fallecido años más tarde en accidente de automóvil.

No ignoraba yo el antimanoletismo de mi amigo.

En Alicante hay un magnífico Club Taurino, muchas peñas tauró-

macas y muy buenos aficionados; pero la población flotante, la estival, no cambia las arenas doradas de la playa del Postiguet por las arenas de la plaza de toros.

Hablábamos, claro está, de la Fiesta. Y, ¿cómo no?, de Manolete, la figura estelar.

No tardó en intervenir mi amigo el abogado. Ya sabía yo de qué vie cojeaba. Y comenzó su diatriba. «Medía hora; tres cuartos. Era locuaz en extremo.

Cuando puso punto final a su perorata, me dijo:

(De la pequeña historia de mis crónicas entresaco las que dediqué a Manolete. ¿Motivo? El XXV aniversario de la tragedia de Linares. No lo hago, ¡libreme Dios!, con ánimo de reproducirlas, sino para releerlas yo mismo y comentarlas levemente, de modo especial la titulada «El Monstruo» y la que se refiere a la corrida del 28 de agosto de 1947, en el populoso y alegre pueblo de Andalucía la Alta.)

—Usted sabrá perdonar si he estado duro al juzgar a su torero. Perdóneme.

Y le respondí:

—De nada. Cuando usted comenzó a hablar de Manolete, yo desconecté el «sonotone».

(Algunas ventajas hemos de tener los sordos.)

LOS VIAJES EN LA POSGUERRA

Las crónicas viajeras se iniciaron cuando Manolo andaba ya en olor de notoriedad, en la posguerra, cuando viajar era empresa morrocotuda. Viajar en tren, se entiende.

Recuerdo aquella tarde que en la estación de Córdoba tomamos el tren llamado «Pescadero», procedente, supongo, de Málaga. Tat era la acumulación de «señores viajeros», que penetramos Bellón y yo en el convoy por una ventanilla. Llegamos a Madrid por la tarde del siguiente día, con el tiempo justo para presenciar la corrida de las Ventas, perdiéndonos solamente el paseillo.

Veinticuatro horas de tren. Una gallina que viajaba dentro de una cesta puso un huevo en ruta.

Quien lograba penetrar en el W-C ya no lo abandonaba hasta la

estación término. Era de ver el ardor con que aquel viajero privilegiado defendía su conquista.

Porque coincidíamos en tantas ferias, entablé una buena amistad con la mujer barbuda y con el hombre del algodón dulzofilo.

Cuanto se dijo entonces acerca de la respetable dama y del cronista eran ganas de enredar. Amigos, y nada más.

Viajes algo más cómodos los hice muchas veces con don Ramón Herrera, jefe del partido manole-

tista, y con Pepe Bérard, profesor que decía ser de Manolete.

AQUEL DIA...

La feria de Linares no figura en los itinerarios de la crítica trashumante. Preferidas eran en el caluroso mes de agosto las corridas de las plazas norieñas. Por eso, aquel 28 del citado mes, en el año 1947, sólo dos periodistas de Madrid nos hallámbamos en Linares: Antonio Bellón y el infrascrito. Bellón había hecho el viaje con Manolete, Camará y Guillermo al volante, en el «buick» azul del Monstruo. El conde de Colombi y yo fuimos en tren y prolongamos la cena hasta Santa Cruz de Mudela, estación donde separaron del convoy el coche restaurante. Pero, en fin, todo esto quedó dicho entonces.

Fue ésa mi crónica viajera más leída, por la circunstancia de estar escrita por un testigo presencial. Triste privilegio.

EL DINERO DE ENTONCES

A Manolete no le perdonaban el volumen de sus remuneraciones. Cuando dimos la noticia —de buena tinta— de que la empresa de la

plaza de toros de Madrid le iba a pagar 50.000 pesetas por cada una de sus actuaciones, se alborotó el cotarro: ¡Qué atrocidad! ¿A dónde vamos a llegar? Camará, mi cordial amigo, se me quejó: «¡Hombre, por Dios, que eso es echarle el público encima al torero!» «Cuando yo maté en el Viso de los Pedroches un toro de seis años por un duro, nadie dijo nada», murmuró Manolo.

También dieron que hablar las 4.000 pesetas del Guerra y las 6.000 de Bombita y Machaquito.

Viene a mi memoria, al referirme a la carrera desenfrenada de los precios, el banquete que unos cuantos amigos y compañeros le organizamos al popular dibujante taurino Ricardo Marín. Fue en el Hotel Ritz, por la noche y de etiqueta. Estaba puesta la mesa para cuarenta comensales y sólo acudieron diez. Nos retiramos un momento a deliberar, y convinimos en que banquetes a 30 pesetas la tarjeta no podía ser. ¡Qué disparate!

PEQUERECES

Las crónicas viajeras no las pensé para descubrir las grandes cosas ya descubiertas. Me interesaban más nimiedades inéditas. De la Mezquita de Córdoba, ¿qué podría decir el cronista viajero? En cambio, allí, en la ciudad de los califas, es muy popular una especie de sopa de ajo, con huevo, llamada «mamones», corrupción posible de «mainionides». Y canté a la sopa. ¿Qué paza?, como diría el pobre Manolete.

Desbordaba la tragedia los apretados límites de una narración de viaje.

Escribí aquella crónica, la del 28 de agosto de 1947, en Linares, acongojado. Si tuvo algún mérito, fue la sinceridad, la espontaneidad, el corazón lacerado que afluyó a los puntos de la pluma.

En este número extraordinario de EL RUEDO amigo abundarán los elogios a la ingente figura del gran torero. Yo tengo agotados los papegíricos; incluso los de las reservas A y B.

Y me callo.

DIEGO PUERTA



SIEMPRE EN FIGURA DEL TOREO

Todo a punto para sus jornadas de caza

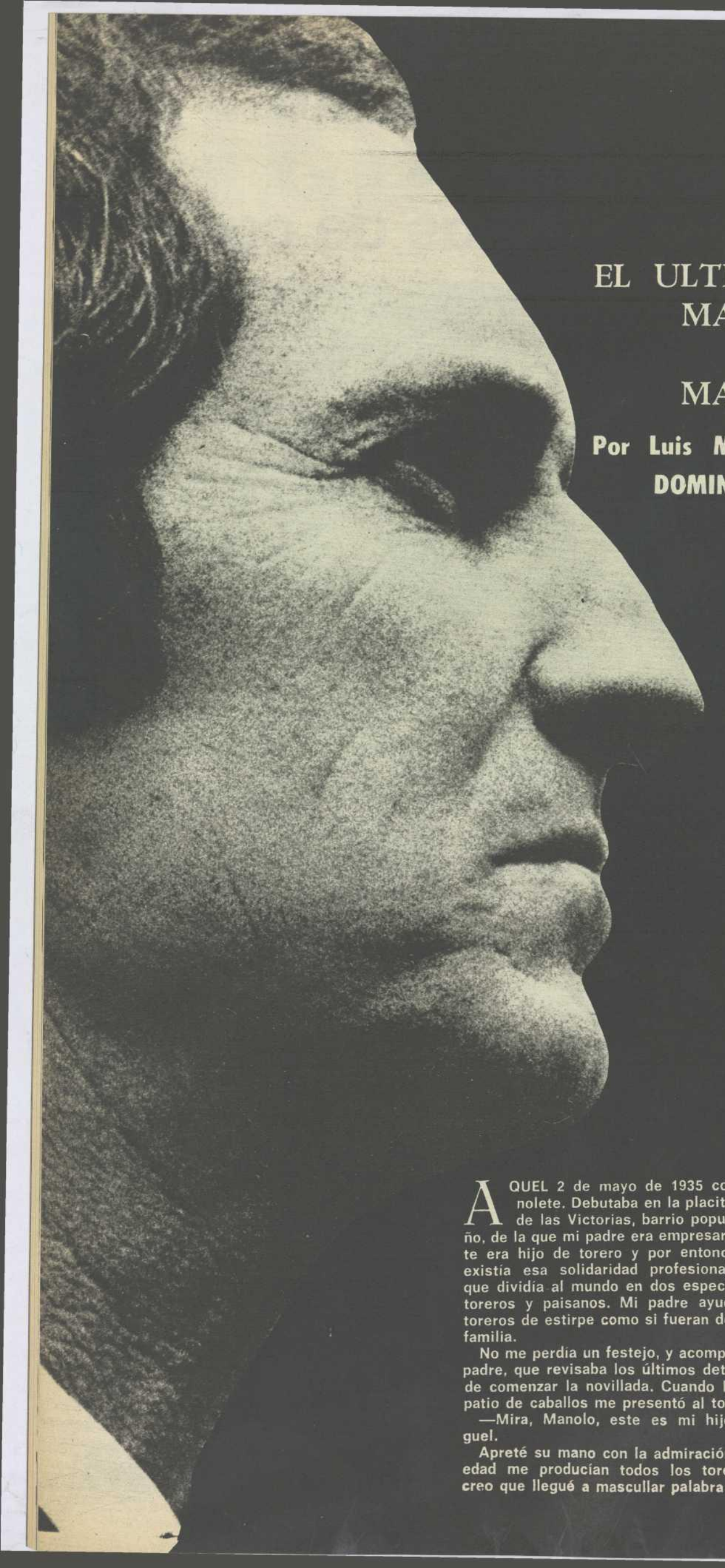


Nuestro Departamento Especializado le ofrece ya todo cuanto necesita. Escopetas paralelas, superpuestas, y repetidoras importadas en exclusiva del Japón. Gran variedad de cartuchos, marcas nacionales y extranjeras. Y desde luego, lo más adecuado en pantalones, tiradoras, chaquetones, botas, camisas y sombreros de camuflaje...

¡Equipese hoy mismo!

El Corte Inglés

MADRID - BARCELONA - SEVILLA - BILBAO - VALENCIA



EL ULTIMO
MANO
A
MANO

Por Luis Miguel
DOMINGUIN

AQUEL 2 de mayo de 1935 conocí a Manolete. Debutaba en la placita de Tetuán de las Victorias, barrio popular madrileño, de la que mi padre era empresario. Manolete era hijo de torero y por entonces todavía existía esa solidaridad profesional, clasista, que dividía al mundo en dos especies únicas: toreros y paisanos. Mi padre ayudaba a los toreros de estirpe como si fueran de su propia familia.

No me perdía un festejo, y acompañaba a mi padre, que revisaba los últimos detalles antes de comenzar la novillada. Cuando llegamos al patio de caballos me presentó al torero:

—Mira, Manolo, este es mi hijo Luis Miguel.

Apreté su mano con la admiración que a mi edad me producían todos los toreros, y no creo que llegué a mascar palabra alguna.

DOS MANO DE MANO

—¿Y qué... vas a ser torero? —me preguntó.

—Sí —contesté sin vacilar.

—Muy seguro estás tú... —respondió divertido por mi firmeza.

—Sí —afirmé nuevamente.

Una leve sonrisa, casi un rictus, única licencia que Manolo se permitía en la plaza, y que luego contemplaría tantas veces, respondió a mi seguridad. La risa franca de mi padre, a quien de seguro agradaba mi firmeza, se fundió con las notas vibrantes del clarín, que señalaba el comienzo de la corrida, y fui empujado hacia mi localidad en el palco de la Empresa, al lado de la presidencia.

Volví la cabeza para admirar, una vez más, aquel pequeño ejército de mis ilusiones, que formaban las cuadrillas, y mi mirada se cruzó, por primera vez, con aquella de Manuel. Una mirada lejana, irónica, triste y sencilla, que se me estampó para siempre mientras trepaba escaleras arriba.

El 28 de agosto de 1947, en la plaza de toros de Linares, nuestras miradas se cruzaron por última vez. En brazos de las asistencias, Manolete, herido de muerte, camino de la enfermería. La misma mirada de predestinado, lejana, sencilla, triste y serena. No tenía ni más ni menos muerte que aquella de doce años atrás en la placita de Tetuán de las Victorias.

* * *

Doce años con mis sentidos prendidos de este singular personaje, que, asentado en la cumbre de la tauromaquia por derecho de conquista, ocupaba el lugar que yo ambicionaba con todo mi ser. Su sitio era mi meta. Para escalar el puesto deseado creía, por entonces, que me sobraban fuerzas y agallas. Los escollos que se me oponían no me merecían demasiados respetos. Sólo Manolete, allá arriba, misterioso e hierático, como un dios mitológico, me cerraba el paso.

Cuando miraba hacia arriba, veía a Manolete, espada en mano, sin desmayar un momento, hundiéndose en el precipicio, tras certero mandoble, a cuantos intentaban acercarse. Mi admiración por este Manolete era inmensa. Pronto comprendí nuestro destino. Nuestra ley no aceptaba otra alternativa. Parecía estar escrito. Para ocupar su sitio tendría que desalojarlo primero, y demasiado sabía yo que Manolete no cedería su corona al son de otra música que no fuera su propio canto funeral, aunque —también lo sabía— ese canto fúnebre podría ser el mío.

Año tras año afilaba mi espada sin perder de vista a Manolete. Observaba sus más pequeñas debilidades; analizaba sus gestos, sus maneras, su estilo, con la misma minuciosidad del Estado Mayor que prepara el ataque decisivo contra el enemigo.

Era mi meta, mi obsesión, mi estímulo.

MIRADAS MANOLETE

N. de la R.—Nos complacemos en publicar el siguiente artículo, original del diestro Luis Miguel «Dominguín», escrito en rigurosa exclusiva para EL RUEDO. Es un trabajo que merece la mejor atención de nuestros lectores. «Dos miradas de Manolete» posee un fondo depurado, ajeno a toda vanagloria personal del autor, pero en el que se refleja con inusitada realidad la competencia que existió entre ambos toreros, la apreciación que Luis Miguel tuvo siempre del compañero desaparecido, la verdad de su «desconfianza», mientras Manolete existiera, para ocupar el trono del toreo...

Luis Miguel «Dominguín», compañero de terna de Manuel Rodríguez «Manolete» —desaparecido ya Gitanillo de Triana— en la tarde trágica de Linares, ha respondido con auténtica sinceridad a nuestra llamada, con ese artículo de gran valor para la historia del toreo, que, sin duda alguna, dará la vuelta al mundo.

Nuestro reconocimiento, y nuestro agradecimiento también, a Luis Miguel «Dominguín» por esta exclusiva que nos ha dispensado a los lectores de EL RUEDO.

hombre que más ha hecho por mí desde que decidí ser torero.

Cierta noche de septiembre del año 40, siendo becerrista, actuaba en el espectáculo de Llapisera, matando el becerro, en la charlotada de Feria de Albacete. Manolete, que había toreado por la tarde, tuvo la curiosidad de ver mi actuación. Su presencia le convirtió en la atracción del espectáculo. No había ojos más que para él. El público se pasó la noche ovacionándole al menor pretexto. Cuando por fin llegó mi turno, salí decidido a darle la primera batalla. Como se dice en el argot taurino: «Me comí al toro.» Le brindé el becerrete, un poco destemplado, en son de desafío. Mi triunfo fue apoteósico y las gentes se olvidaron, por el momento, del «Monstruo». Alguno de sus incondicionales le comentó después de mi actuación en tono humorístico, pero me contaron que Manolete le replicó con vehemencia:

—El «nene» no es de broma. Es cierto que tiene «muy mala leche»... o muy buena, según se mire. Pero como no le pase «na», ya hablaremos.

Cuando me lo contaron pensé que era el mayor elogio que me habían hecho en la vida. Manolete sólo decía lo que sentía.

En aquella novillada de Tetuán de las Victorias torearon dos españoles —Manolete y Valerito II— y dos mejicanos —Silverio Pérez y Liborio Ruiz—. Por esas extrañas paradojas de que está llena la Fiesta, los triunfadores fueron Valerito y Liborio. Manolo y Silverio pasaron inadvertidos. Justamente los dos toreros que representarían una época en España y Méjico. Manolete apuntaba ya su estilo personal y estoico. El público, acostumbrado a otro canón, no comprendía la testarudez de un mozo, que, «tieso como un palo», aguantaba una y otra vez, impertérrito, la embestida

del novillo, que le cogió cuantas veces quiso. Con el vestido hecho añicos y golpeado por todas partes, presentaba un aspecto trágico. Alguien por allí le gritó: «¡Chalao!» Manolete levantó la vista, y su mirada vaga, irónica, indefinible, le hizo enmudecer. No me pude contener y grité al espectador: «¡El chalao lo será usted, idiota!»

Cuando le consulté a la suprema autoridad de mi padre, después de la corrida, para estar seguro de que Manolete no era ningún «chalao», me dijo:

«No, hijo, no es ningún «chalao». Con ese valor, si le respetan los toros, va a ganar los estados de Isabel II.»

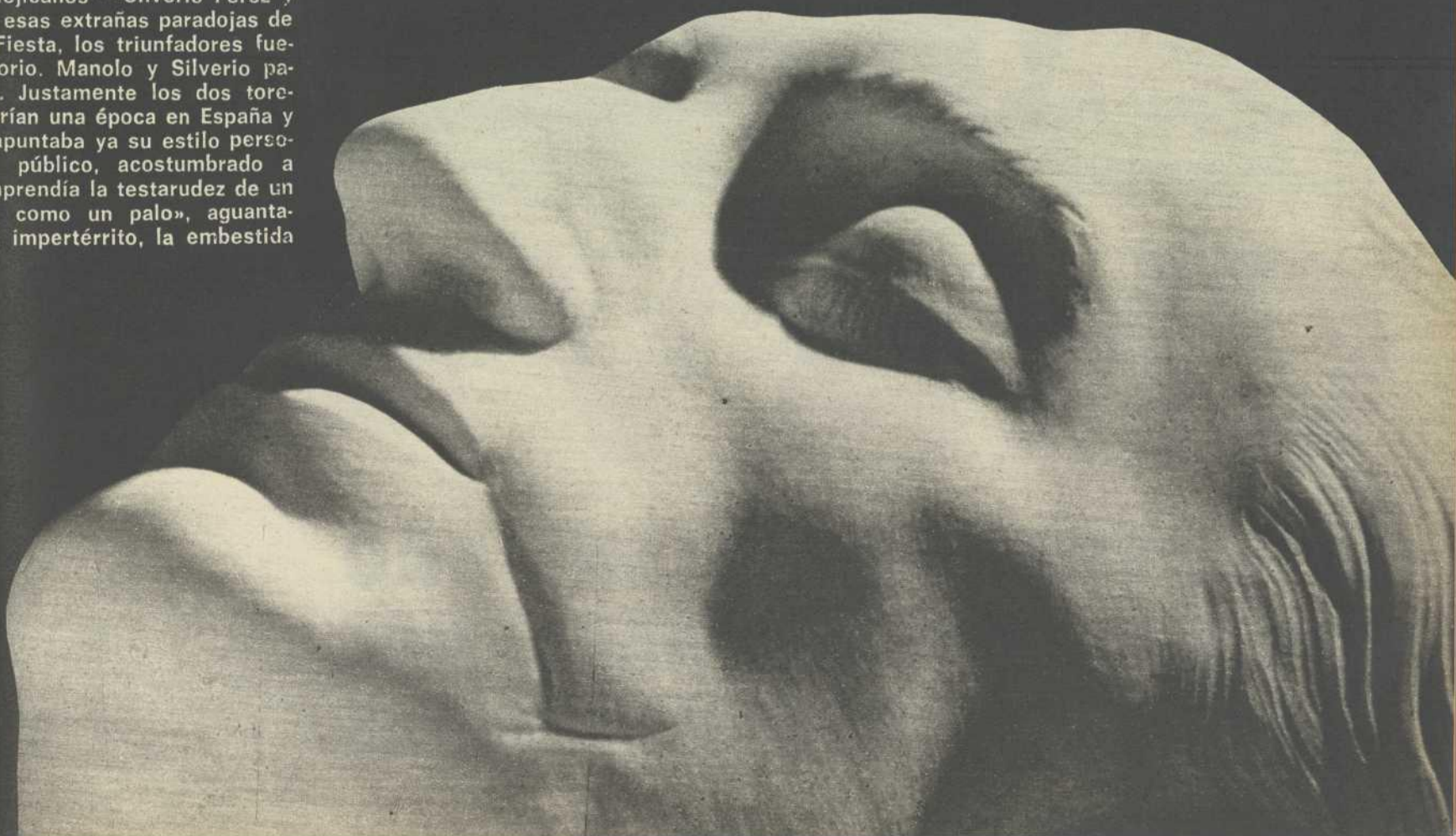
Yo no tenía idea de quién era Isabel II y menos de sus estados, pero me puse muy contento de coincidir con mi padre en la apreciación sobre Manolete.

No sé por qué aquel desgraciado día de Linares, cuando la sangre de Manuel se vertía a borbotones por el ruedo hacia la enfermería, después de ver la muerte en su mirada, se me vino al recuerdo la frase de mi padre, y aunque ya sabía quién había sido Isabel II y sus estados, la cabeza me daba vueltas y no acertaba a entender lo que Manolete había ganado o había perdido. Muy pronto, sin embargo, lo vine a comprender. El público, que había estado con Manolete de una hostilidad increíble, y, por el contrario, conmigo de una

condescendencia apasionada, apenas Manolete fue herido, y pese a haber cortado a mi primer miura las orejas y el rabo, me encontré con una severidad, que hasta entonces no había conocido. Algún «caballero» me llamó asesino. Comprendí en seguida lo que se me venía encima. Pensé en mi efímera conquista, que no era tal, sino una herencia, y el duro camino que me esperaba. Conocí desde entonces eso que mi amigo Foxá llamó «el peso de la púrpura», y en su experiencia mi admiración por Manolete, como por cuantos han soportado el precio de ser figuras del toreo, no tuvo límites.

Pero cuantos elegimos este camino estamos siempre dispuestos a pagar ese precio exagerado y loco de la vida. En esta grandeza y en esta miseria viven y mueren los toreros, aunque ciertos muchachitos atrevidos opinen lo contrario y comparen los toros con las ovejas, las cabras y los cabritos.

Si Manolete volviera a vivir haría lo mismo, aunque aquel descarado de Tetuán de las Victorias le llamara «chalao», cuando ya apuntaba una personalidad magistral, que hizo época en la historia del toreo, o la crítica de por entonces le acusara de matar «becerros de oro», como hoy nos acusan de matar cucarachas. El toro se muere siempre, y el torero, de vez en cuando; pero al que le toca, se muere de verdad, y ésta sí que es una verdad irrefutable.



CHAVALO

¡¡REVELACION!!



CHAVALO

**EL NOVILLERO VALENCIANO
QUE SIN IMITAR A NADIE NOS
TRAE RECUERDOS INOLVIDABLES**

Apoderado: MIGUEL FLORES
Oficina: 401 90 01 y 401 83 49
Particular: 200 07 98

VIEJO BRANDY GRAN DVOVE D ALBA

el más caro porque es el más viejo



“El brandy que por su vejez y aroma
no necesita la copa caliente”

(Producción limitada)



ZOILO RVIZ-MATEOS, S.A. JEREZ



JOSE ORTEGA



**EN LA CABEZA DE LA NOVILLERIA
ACTUAL, DONDE SE PERFILA
COMO FUTURO GRAN MAESTRO**

Apoderado: DON MANUEL CANO
CEDACEROS, 11 - Teléfs. 222 49 86 - 232 57 80 - MADRID



MANOLETE EN LIMA



TOREO DIEZ CORRIDAS Y MATO VEINTE TOROS CORTO DIEZ OREJAS Y DOS RABOS

Por Raúl DE LA PUENTE

7 de marzo de 1946. A las once y veinte de la mañana, avión de Panagrá sobre el cielo de Lima. Once cuarenta, de la escalinata del avión descende un hombre espigado, seco, con personalidad. Le reciben muchas personas. En el hotel Country Club registra su nombre: Manuel Rodríguez Sánchez. Le conocen por Manolete.

Plazuela del Teatro, la taquilla. Se registran «colas» inmensas de aficionados en busca de sus localidades.

10 de marzo de 1946. Juanito Belmonte, Manolete y Carlos Arruza desfilan por el coso de Acho. Segundo toro de la tarde de «La Viña», número 11, negro, grande. Lima ve un toreo nuevo, el de Manolete. (Dos orejas.) En el quinto, pitos al toro; palmas al de Córdoba.

17 de marzo. Segunda corrida. Belmonte, Manolete y Rafael Albaicín. Seis toros de «La Viña», mansos y de feo estilo. Fracasa Manolete en su primero y una coz del «viñense» le envía a la enfermería, salvándole de un oprobio mayor. En el otro da vuelta al ruedo.

19 de marzo, día de San José. Belmonte, Manolete y Alejandro Montani. Tres toros de «La Viña» y tres mejicanos de «La Punta». Dos faenas de temple y mando. (Apoteosis. Cuatro orejas para Manolete.)

24 de marzo. Gitanillo de Triana, Manolete y Albaicín. Toros de «La Viña» y mejicanos de «La Punta» y «Xajay», chicos y protestados. Manolete, una de cal y otra de arena.

31 de marzo. Jesús Solórzano, Gitanillo de Triana (cogido en su primero) y Manolete. Cuatro toros de «Yéncala» y dos de «Xajay». En el segundo, mejicano, el público está contra Manolete, que estuvo mal. En el quinto, faena de aliño y protestas públicas. Con el último, faena aceptable y ovación de desagravio al despedirse.

Resumen de su primera temporada en Lima: cinco corridas, diez toros estoqueados y seis orejas cortadas.

SEGUNDA TEMPORADA

Feria del Señor de los Milagros o Feria de los Maestros.

12 de octubre de 1946. Reaparece Manolete en Lima. En la taquilla, el cartel de «No hay billetes». Manolete, Luis Procuna y Montani. Seis toros de «La Punta», terciados. Mal lote para el cordobés. (División de opiniones en el primero y vuelta al ruedo en el cuarto.)

13 de octubre. Armillita, Manolete y Procuna. Inenarrable triunfo de Manolete con el toro «Chavo», número 103, de la ganadería mejicana de «Matancillas», chico joven, bravo y suave, de arrancada larga. En un quite, tres verónicas y media que se hunden en el recuerdo. Faena que pasa a la historia. Cuatro ayudados por alto inmensos, naturales lentos, temple único, con remate de molinete; rechazos, nuevo molinete, trabazón faena ligada, manoletinias, todo ejecutado en un solo terreno. Gran pinchazo, media magnífica. (Locura general, orejas y rabo, delirio en la plaza.) En el otro, ovación.

20 de octubre. Armillita, Domingo Ortega y Manolete. Se presenta la ganadería nacional de «Huanuco». Localidades agotadas dos días antes de la corrida, llamada de los maestros. Enorme expectación y fracaso de la corrida. Toros que se derrumbaron antes del último tercio.

1 de noviembre, día de Todos los

Santos. Toros de «Xajay». Tarde imborrable, con reses que no eran de «carril». Armillita, dos orejas en el cuarto; Ortega, maestro indiscutible, dos orejas y rabo; Manolete, bien en su primero. El último de «Xajay» llega al tercio final defendiéndose y difícil. Manolete le busca en diversos terrenos: en un pase es volteado. Se levanta Manuel Rodríguez y torea por naturales, valiente.

El toro se queda, no da más, se frena. Parece que el triunfo se escapa. Sus compañeros le están ganando la pelea; pero está él en la plaza, lleno de amor propio, de vergüenza torera y sed de triunfo. Cuadra el toro, entra derecho y deja media que no hace doblar; cuadra otra vez, se entrega y se vuelca en el morrillo. Voltereta espectacular, rueda el toro muerto sin puntilla en el momento que se levanta del suelo Manolete. El pú-

blico, de pie, aclama la lección de honradez del enorme torero, a quien no le importa la cornada con tal de triunfar. (Dos orejas y el rabo. Aclamaciones finales.) Así vencía Manolete. Así era ejemplo de pundonor único.

2 de noviembre. Festival benéfico. Armillita, Ortega, Manolete, Montani y los aficionados limeños Tuco Roca Rey y Fernando Graña. Manolete se despide de Lima entre cariñosas ovaciones.

Resumen de su segunda temporada: cinco corridas, estoqueando diez toros, y cuatro orejas y dos rabos. Un festival y un novillo muerto.

Y no le vimos más. El 28 de agosto de 1947, cuando en octubre se esperaba su regreso, «Islero», de Miura, segó para siempre la vida de Manuel Rodríguez Sánchez «Manolete» para llevarle a la inmortalidad.

ELEGIA A MANOLETE

*ENSANCHA el verso, Córdoba, buscando las estrellas.
¡Nada de romancillos con ángeles toreros!
¡El que ha muerto tenía los ojos pensativos,
como dos pozos negros!*

*Hay que llorarlo, Córdoba, como pasa tu río,
bajo los arcos altos de tu puente, en silencio.
Y hay que estar en su muerte, como él ante los toros,
elegante y sereno.*

*Nada de romancillos. Córdoba, ni cantares.
Un medio tono lleno de tristeza en el verso.*

*Son las siete doradas de su tarde infinita.
Ha dejado el capote de brega, y, en silencio,
con un gesto tranquilo de victoria y descanso,
ha tomado el capote del último pase.*

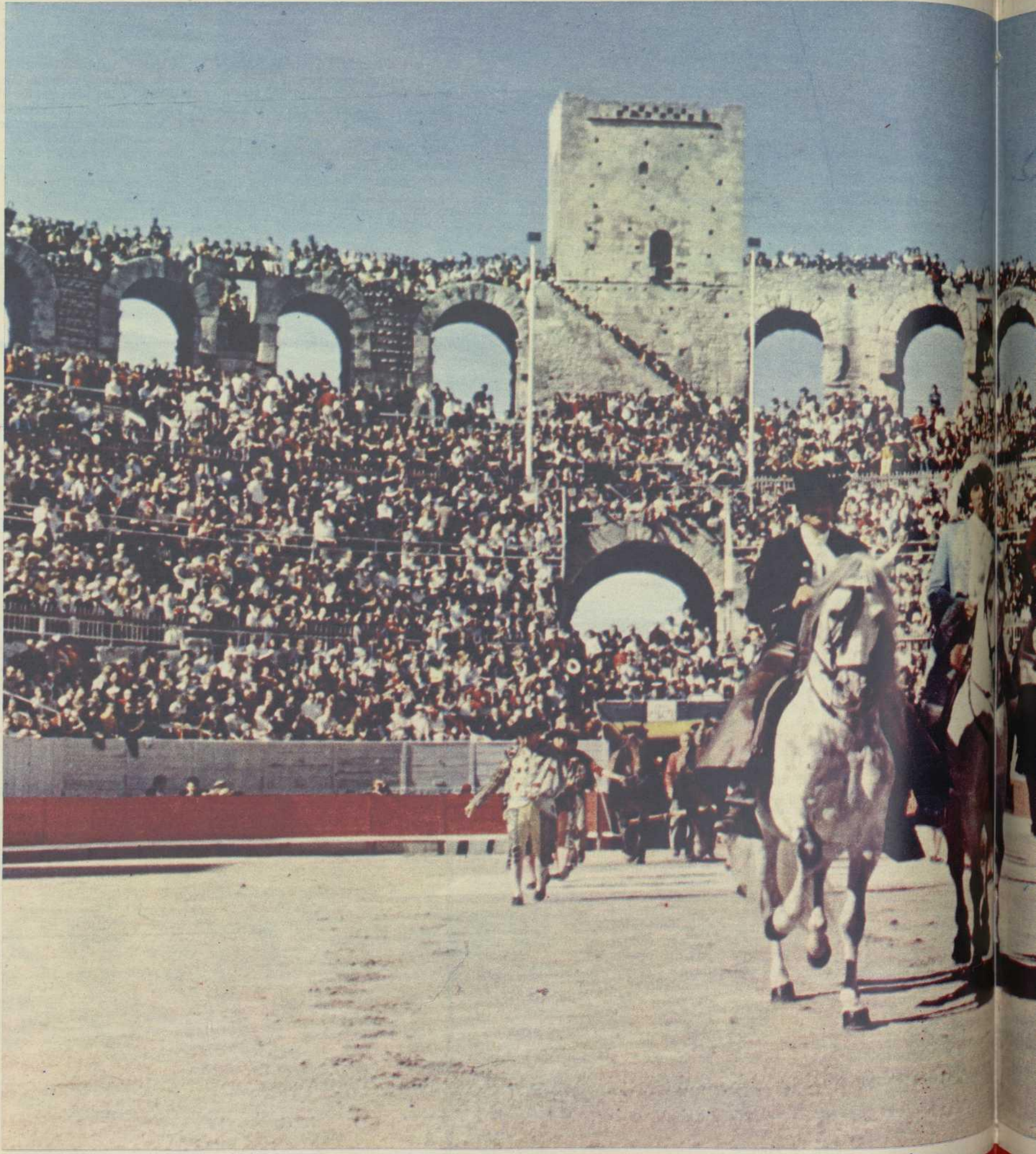
*Y se ha marchado erguido contra la tarde quieta,
de espaldas a las rosas, y —¡por fin!— sonriendo...*

José María PEMAN

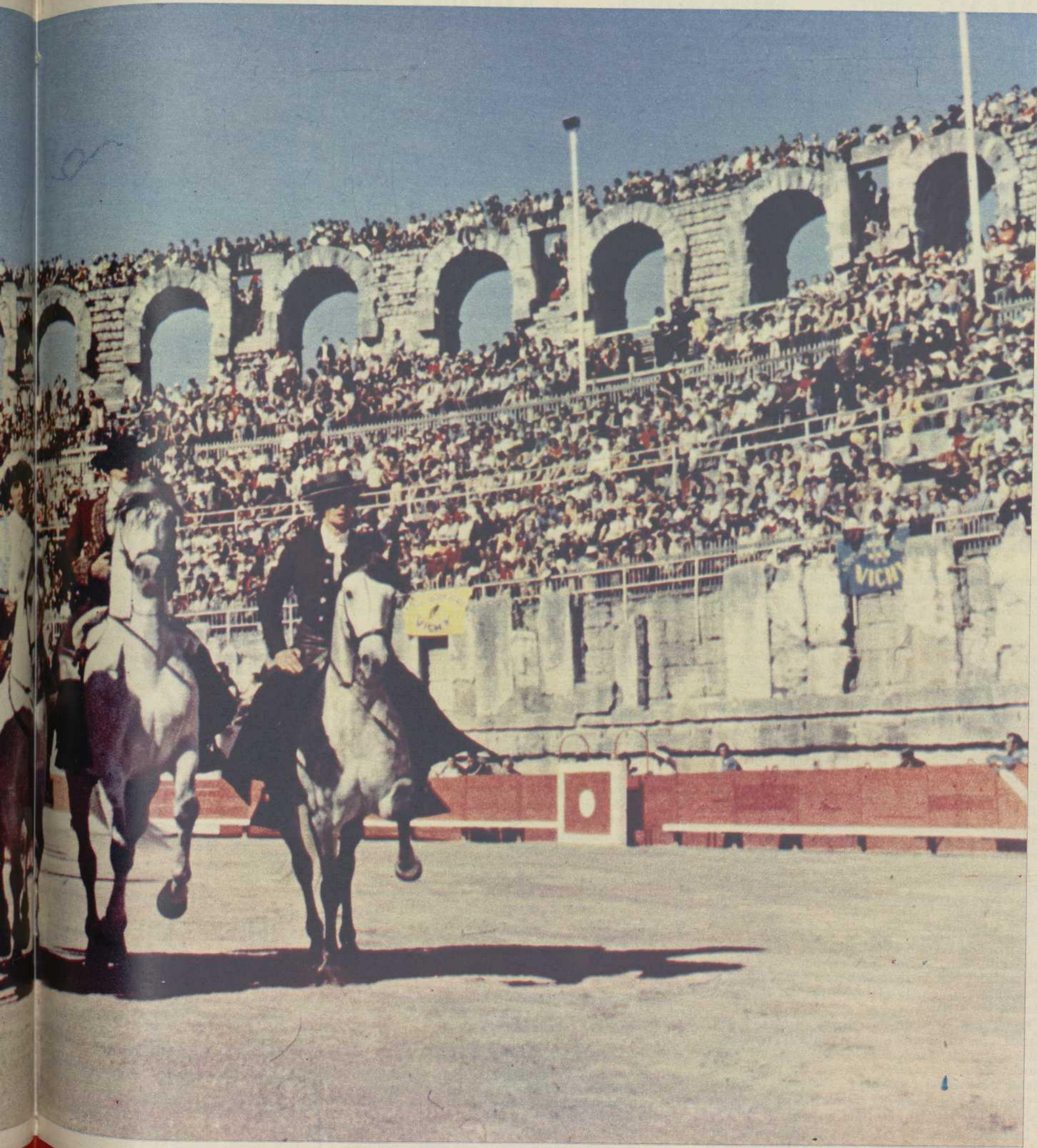


ANGEL PERALTA
RAFAEL PERALTA

ALVARO DOMECA
JOSE SAMUEL «LUPI»



CONTINUAN SU GRAN APOTEOSIS





Soc. Campo Pequeno, Ltd.

53.ª Época — 1944 — 8.º Espectáculo

Sendo a tolros para o cavaleiro em praça e insigne mestre



Campo Pequeno

DOMINGO, 4 DE JUNHO DE 1944
Às 18 horas (6 da tarde)

Grandiosa e Extraordinária Corrida de
8 Magníficos Toiros puros 8

da credida e prestigiosa ganadería de casta espanhola, associada na (União de Criadores de Toros de Lidra) da Es.ª CASA PALMELA



JOÃO NÚNCIO

JOÃO BRANCO NÚNCIO

e em LIDE A' ESPANHOLA

6 Toiros Desemboçados 6

ESPADAS

O colosso da toireria

MANUEL RODRIGUEZ

MANOLETE

Banderilheiros da quadrilha:

Alfredo David, Antonio Labrador "Pinturas"
e Rafael Saco "Cantimplas"

BANDARILHEIROS PORTUGUESES

Alfredo dos Santos

Carlos Santos

Domingos Mesquita

Júlio Procópio

José Parracho

Francisco Gonçalves

O famoso

EMILIANO DE LA CASA

MORENITO

DE TALAVERA

Banderilheiros da quadrilha:

Epifanio Cristóbal, Bonifacio Perea "Bon"
e Nicolas Martin

e a grande figura mexicana

CARLOS

ARRUZA

Banderilheiros da quadrilha

Ricardo Aguilar, José Bailesteros
e António Carralafuent

PREÇOS

SOMBRA 85500, SOMBRA-SOL 60500
SOL 35500, 30500 e 25500



Morenito de Talavera

INDICAÇÕES ÚTEIS — Estão em vigor todas as disposições policíacas que regulam estes espetáculos. Se antes de realizado o espetáculo for suspenso por caso de força maior a Empresa não é obrigada a devolver a importância dos bilhetes vendidos, podendo, realiza-lo quando o anunciar. Se for suspenso depois de começado a Empresa não é obrigada a devolver a importância dos bilhetes. Este programa pode ser alterado por qualquer motivo imprevisto. As portas da praça abrem uma hora antes de começar o espetáculo.

VENDA DE BILHETES — As bilheteiras da praça estarão abertas a partir das 13 horas do dia do espetáculo. A venda de bilhetes, porém, principiará na 5.ª feira 1 de junho no edifício do Avenida Palace, Praça dos Restauradores, n.º 7, Telefones 21712 das 15 às 10 horas, e no dia do espetáculo das 11 às 14 horas.

Os Srs. marcadores deverão levantar os seus bilhetes até Sexta-feira 2 de junho

Dirige a corrida um delegado da Inspeção Geral dos Espectáculos. Abrihanta o espectáculo a Banda Artística Lisabonense

Pinturas, ocho años al servicio de Manolete

«MI MEJOR RECUERDO: LA AMISTAD CON QUE NOS DISTINGUIA»



Antonio Labrador «Pinturas» es por todos conocido. Un excelente peón, casi siempre a las órdenes de extraordinarios matadores, entre ellos, Manuel Rodríguez «Manolete». A las órdenes de éste estuvo ocho años, precisamente hasta la fecha en que murió. Actuó en Linares la tarde trágica:

—Me da no sé qué hablar de esto. Ni él, ni nosotros, pudimos pensar en cualquier momento en el fatal desenlace. Sabíamos de su gravedad. Y el mismo se dio cuenta: «He estado muy mal», llegó a decir. Se quejaba de fuertes dolores... La última transfusión no le respondió. ¡Qué amargura, qué dolor en todos, qué palidez en los rostros! Creo que cuantos estábamos allí nos quedamos sin respiración. ¡No preguntarme, no preguntarme! Es que todavía, al recordarlo, se me pone la carne de gallina...

—¿Cuál es el mejor recuerdo que guardas del maestro?

—Sin duda alguna, la amistad con que nos distinguía... Era un hombre cariñoso, fenomenal para nosotros y para todos.

—¿Os daba algún consejo?

—No hacía falta. Con mirarnos, comprendíamos todos lo que quería decir... —Pero a veces...

—Dio voces pocas veces, pero alguna... Bueno; pues al finalizar la corrida, lleno de elegancia, aunque no hubieran rodado las cosas bien, decía: «¿Te has enfadado? ¿Qué querías, que le chillara al público...?»

—¿Fue mejor torero que hombre, o viceversa?

—Si como torero fue un «monstruo», como hombre era otro «monstruo»...

Pinturas, en el recuerdo, estaba emocionado.

JUAN MARIA PEREZ TABERNERO: «Manolete marcó una época en el toreo» «Con la espada era de lo más perfecto que he visto»

—En su opinión, ¿qué ha significado y significa todavía Manolete?

—Manolete fue figura del toreo y, como

PORTUGAL, EN LA VIDA DE MANOLETE

Por Saraiva LIMA

Mi querido Portugal —que es un país donde no hay afición, sino un gran número de aficionados de la más pura cepa— está muy ligado a la vida del «monstruo» de Córdoba.

Fue en la plaza de Campo Pequeno —la primera de la capital y la más importante de la nación— donde Manolete alternó por vez primera con el famoso «ciclós mejicano», que fue Carlos Arruza.

Por otro lado, un toro de Pinto Barreiros —nacido y criado en Portugal— proporcionó a Manolete su mejor faena en la Monumental de Madrid, que es, como se sabe, la primera plaza de toros del mundo.

El encuentro con Arruza se realizó en la tarde del 4 de junio del año 44, como se ve en el cartel que se produce y que está recogido en el Museo Taurino del gran aficionado lusitano Francisco José Simoes.

Torearon en esa tarde cuatro enormes figuras del toreo:

Por Portugal, el famoso rejoneador Juan Nuncio; por Méjico, Carlos Arruza, y por mi querida España, Manolete y Morenito de Talavera.

La corrida resultó memorable, ya por el lleno rebosante, con precios más elevados que los de las corridas con la muerte del toro en el ruedo, de años antes en aquella plaza, ya por las faenas de Manolete y Arruza.

Aquél, con su figura estática y su clase única; Carlos, con su pulcro toreo y con seis monumentales pares de banderillas, suerte que les gusta mucho a los portugueses, ya que no pueden ver matar toros en el redondel.

Guardo en mi recuerdo tal corrida como de las mejores que he visto en toda mi vida.

La faena de Madrid, al toro «Ratón» —que quedó célebre en la historia de Pinto Barreiros, la

ganadería más completa de Portugal después de la de Palha—, no la vi.

Pero leí en el libro «Arcángel», de mi querido amigo José Vicente Puente, lo que pasó.

Fue así: «Brindó a la plaza, y fue a clavarse delante de la cabeza armada.

Lo llamó con la voz. Levantó despacio la muleta, mientras pasaba el toro de derecha a izquierda y de izquierda a derecha sin que Manolete moviese la planta de sus negras zapatillas.

Bajó la muleta, la abrió en la izquierda y volvió a citar.

Dócil, el toro acudió. Estiró el brazo en ocho naturales largos, interminables, lentos, prodigiosos. «Sobrenaturales». El ritmo no se interrumpía en el arco templado. Una vez y otra. Al final, la muleta acariciaba el lomo del toro, mientras Manolete le hacía seguir debajo de su brazo, hacía unos segundos de reposo.

Vuelta a llamarlo. La mano izquierda avanzaba justamente al paso del toro. Ni se encontraban ni se retrasaba el pulso. Fue la segunda serie tan perfecta como la primera.

Con la derecha. El círculo mágico se cerró en el mismo terreno. Y la izquierda repitió la teoría clásica.

Y como en un alarde, frente a los tendidos de sombra, citó al animal y alzó la cabeza sin fijarse en el peligro de los cuernos.

¡El pase del desprecio! Madrid no lo conocía. Mucho se había hablado. Unos, para criticarlo. Otros, para ensalzarlo... como la cúpula del dominio taurino de «Arcángel.»

Y concluye José Vicente: «Ya estaba Madrid conquistado.»

Como aficionado peninsular —que no distingue entre su amor a Portugal y su cariño a España—, me encanta subrayar lo que los dos acontecimientos influyeron en la vida del «monstruo» de Córdoba.

Por eso, queda aquí constancia de lo sucedido.



todas las figuras en cualquier faceta de las artes, marcó una época. Manolete creó una nueva forma de citar al toro, distinta forma de ejecutar el pase y, en fin, marcó una forma de torear que después se viene desarrollando.

—Usted actuó de compañero de terna con Manolete. ¿Qué le enseñó?

—Mi juicio por el tiempo de compañerismo y también de amistad no puede ser desapasionado. Dictar normas para los toreros actuales tampoco me parece procedente, ya que los propios toreros son los que pueden decir si aquel modo de torear es apropiado al estilo y facultades del torero en cuestión. Ahora bien; deseo resaltar que Manolete se vestía maravillosamente de torero. Poseía gran personalidad dando la vuelta al ruedo y, sobre todo, tenía gran respeto al público. Sabía, en fin, andar en torero en el ruedo.

—¿Cómo le vió con el capote?

—Con las manos bajas, y a casi todos los toros los toreaba muy bien con el capote. Con la muleta era muy puro y realizaba a la perfección la suerte del natural. Con la espada era de lo más perfecto que he visto.

—¿Fue el mejor torero de todos los tiempos?

—Yo no sé si fue el mejor, pues esto sería imposible de señalar; pero sí puedo afirmar que para mí fue uno de los mejores que he conocido.

«EN LA PLAZA FUE REVOLUCIONARIO DEL TOREO, Y COMO PERSONA, SENCILLAMENTE EXCEPCIONAL» (Curro Caro)

—Mi amistad con Manolete data desde el 1 de octubre de 1939, que actuábamos juntos, en compañía de Chicuelo y Juan Belmonte Campoy, en Barcelona. Tuvimos ocasión de torear en la misma terna muchas veces. A pesar de ser yo más veterano que él, como torero de alternativa, le admiraba como torero y, desde el principio, intuí en él un gran revolucionario del toreo.

—¿Cambió su opinión sobre el «monstruo» en el transcurrir de los tiempos?

—En absoluto, Manolete trajo un toreo nuevo. Como Belmonte, antes, y El Cordobés después, por citar dos nombres que acapararon la atención, la polémica y el interés por la Fiesta. Aportar nuevas formas de torear.

—Me habló de amistad con el hombre. ¿Cómo era Manuel Rodríguez en la calle?

—Inconmensurable. Mire; hasta yo, en la mínima ocasión he dejado escapar opinión adversa sobre un compañero. Durante todo el tiempo que conocí a Manolete, jamás le oí hablar mal de nadie. Es más, defendió a todos cuando, en tal o en cual ocasión, se pretendió criticar a alguien en su presencia.



ALIPIO PEREZ TABERNERO: «Poseía una modestia ejemplar»

«He sido un gran admirador de Manolete, como torero y como persona. Me unía una gran amistad. Como torero era de una honradez profesional enorme. Procuraba complacer al público en todas las plazas, poniendo a disposición todo su valor y arte. Emocionaba lo mismo toreando de capa como de muleta. Era extraordinario matador y compañero. Poseía una modestia ejemplar, nada vanidoso. Respetuoso con el público. Excelente amigo.»



Lo que fue de anteayer a ayer... CUANDO CAMARA-TORERO DABA LA «OPORTUNIDAD» A MANOLETE-NOVILLERO



Existen, en un bar cordobés, dos carteles de toros estupendos, por la antigüedad que poseen y por cuanto en plan publicitario recogen en sus textos. Ambos son emotivos a la memoria de Manuel Rodríguez «Manolete», que hoy exaltamos, cuando comenzaba su carrera taurina. Pasando por alto el texto que aparece en el cartel de la plaza de toros de Lucena, ofrecemos el texto publicitario del de Cabra de José Flores «Camara» y de Manuel Rodríguez «Manolete» se escribió en letra impresa al pie de sus nombres:

«JOSE FLORES "CAMARA"»

EL FAMOSO MATADOR DE TOROS CORDOBES, QUE TAN ALTO SUPO MANTENER EL PABELLON DE SU TIERRA, AL LADO DE LAS MAS GRANDES FIGURAS DEL TOREO, Y QUE HOY HA VUELTO A CONQUISTAR NUEVOS LAURELES, RESUCITANDO LA VERDADERA SOLERA CORDOBESA EN CUANTAS CORRIDAS HA TOMADO PARTE, DADO EL CARACTER PATRIOTICO DE ESTA CORRIDA, CAMARA NO HA DUDADO, A PESAR DE SU CATEGORIA DE MATADOR DE TOROS, EN ALTERNAR CON EL CELEBRE NOVILLERO

MANUEL RODRIGUEZ "MANOLETE"

EXTRAORDINARIO Y PUNDONOROSO DIESTRO CORDOBES, QUE, POR SU IRREPROCHABLE ESTILO DE ESTOQUEADOR FACIL Y SEGURO, UNIDO A SU PERSONALISIMO TOREO, HA SIDO CONSAGRADO POR LA AFICION Y CRITICA EN GENERAL COMO LA FIGURA MAS SALIENTE DEL TOREO CONTEMPORANEO Y EL MAS INTERPRETE DE LA SUERTE DEL VOLAPIE.»

Tras la lectura, inevitablemente, tenemos que remontarnos al propio año del anuncio del festival: 1937. Si, efectivamente, Manuel Rodríguez apuntaba ya, como novillero, a figura más saliente del toreo contemporáneo, fácil es adivinar también que quien le otorgaba la oportunidad de alternar con él no podía pronosticar «de verdad» que el novillero Manolete llegaría, tiempo más tarde, a ser, en verdad, «el famoso matador de toros cordobés, que tan alto supo mantener el pabellón de su tierra» y de España entera, alcanzando, claro, «auténtica categoría de matador de toros».

Pasado el tiempo —¡quién lo iba a decir!—, el matador que ofrecía su oportunidad y el novillero que la recibía formarían el más famoso «tándem» del toreo de todos los tiempos, como apoderado y poderdante. ¡Vivir para ver!

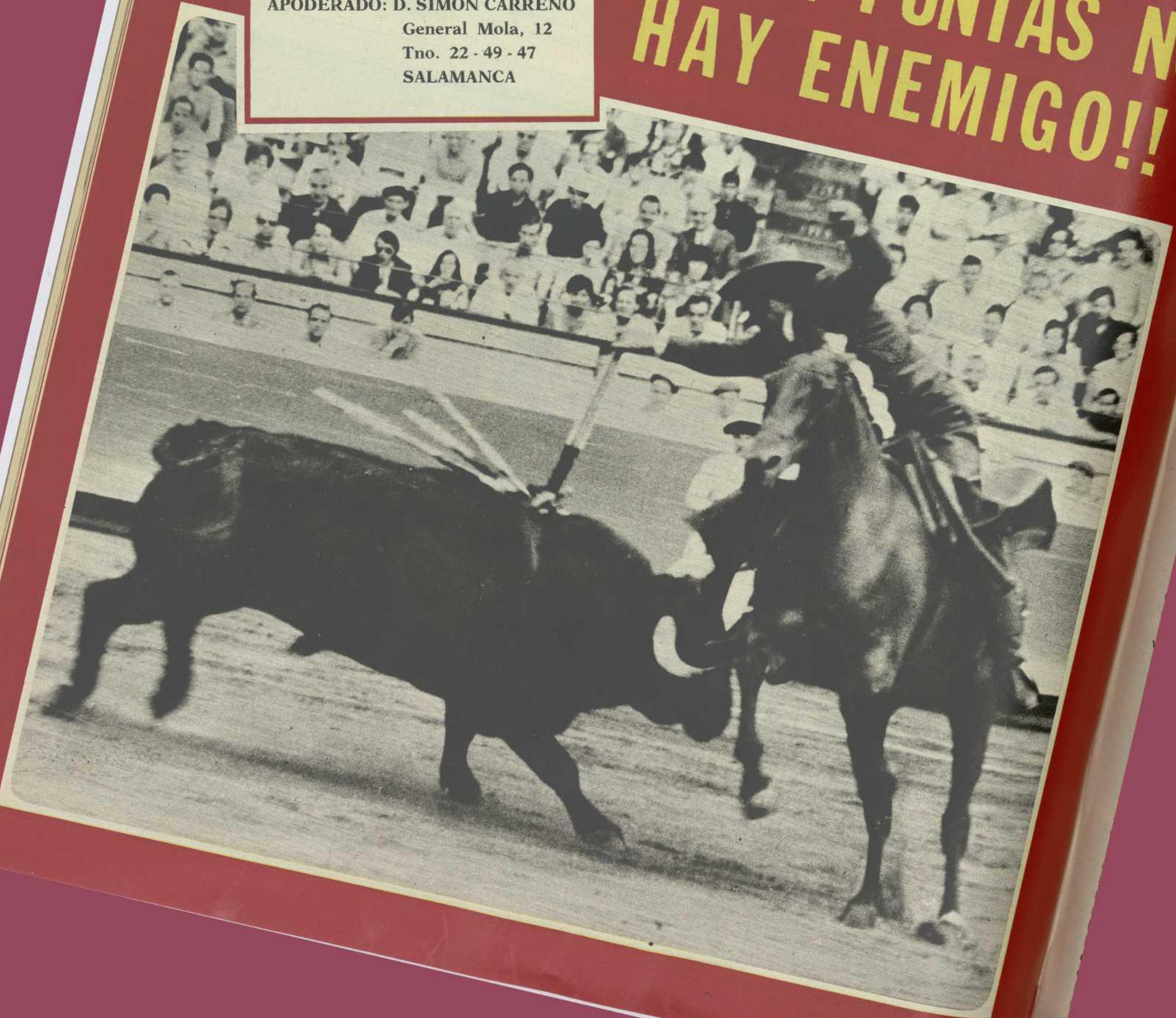
Gregorio MORENO PIDAL

LA CATEGORIA LA DA SIEMPRE
EL ENEMIGO

ALFERECES PROVISIONALES, 1
Tno. 23 - 25 - 63. — BADAJOZ

APODERADO: D. SIMON CARREÑO
General Mola, 12
Tno. 22 - 49 - 47
SALAMANCA

¡¡SIN PUNTAS NO
HAY ENEMIGO!!



**MEDALLA
CONMEMORATIVA
DEL
XXV ANIVERSARIO
DE
MANOLETE**

Ha sido promovida y patentada por don Rafael Sánchez



Con motivo del XXV aniversario de la muerte de Manuel Rodríguez «Manolete», va a aparecer una medalla conmemorativa que será presentada bajo el título «Ultimo brindis» en la fecha aniversario. La misma ha sido promovida y patentada por don Rafael Sánchez «Pipo», y de su fabricación, en exclusiva, se encargan los orfebres cordobeses hermanos Madero. A la salida de la primera serie de máquinas, la medalla «Ultimo brindis» ha sido gentilmente regalada a EL RUEDO, detalle que agradecemos como merece. (En las fotografías, reproducción de la medalla.) (Foto TRULLO)

TROFEOS **RIGARD**
EMPORAD
TAURINA 1972 (Figueras)



MATADORES

- Rafael Torres. (4 Trofeos.)
- Enrique Patón. (2 Trofeos.)
- Joaquín Bernadó. (1 Trofeo.)
- Raúl Sánchez. (1 Trofeo.)

REJONEADORES

- Manuel Vidrié. (2 Trofeos.)
- Curro Bedoya. (1 Trofeo.)

AHORRO bienestar y progreso

HACIA LA POTENCIACION CULTURAL Y EL DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL DE NUESTRA ZONA.

PREMIOS Y TROFEOS DE HOMENAJE A CORDOBA Y JAEN, CREADOS POR ESTA ENTIDAD, POR UN IMPORTE SUPERIOR A 800.000 PTAS.



4 TROFEOS dotados con 100.000 pesetas cada uno para premiar la labor más positiva en los campos de: * INVESTIGACION * LITERATURA (ensayo) * ARTESANIA * EDUCACION (tesis doctoral)

23

PREMIOS FINAL DE CARRERA

dotados con

20.000 ó 10.000 pesetas cada uno a estudiantes que terminen con mejor expediente académico en las Facultades y Escuelas Técnicas siguientes:

Veterinaria, Ingenieros Agrónomos, ETEA, Ingenieros Técnicos (Córdoba, Jaén, Bélmez y Linares), Escuelas de Magisterio (Córdoba y Jaén), Escuelas de Comercio (Córdoba y Jaén), Graduados Sociales (Córdoba y Jaén), Conservatorios (Córdoba y Jaén), Escuelas de Artes Aplicadas (Córdoba, Jaén y Baeza), Seminarios Mayores (Córdoba y Jaén).

PREMIOS AL MAGISTERIO

Cuatro Medallas dotadas con 25.000 pesetas cada una, para premiar la labor más destacada de Maestros y Maestras Nacionales, que desempeñen su plaza en colegios de Córdoba y provincia y de nuestra zona de actuación de Jaén.

INFORMESE EN CUALQUIERA DE NUESTRAS 115 OFICINAS



MONTE DE PIEDAD Y CASA DE AHORROS DE CORDOBA

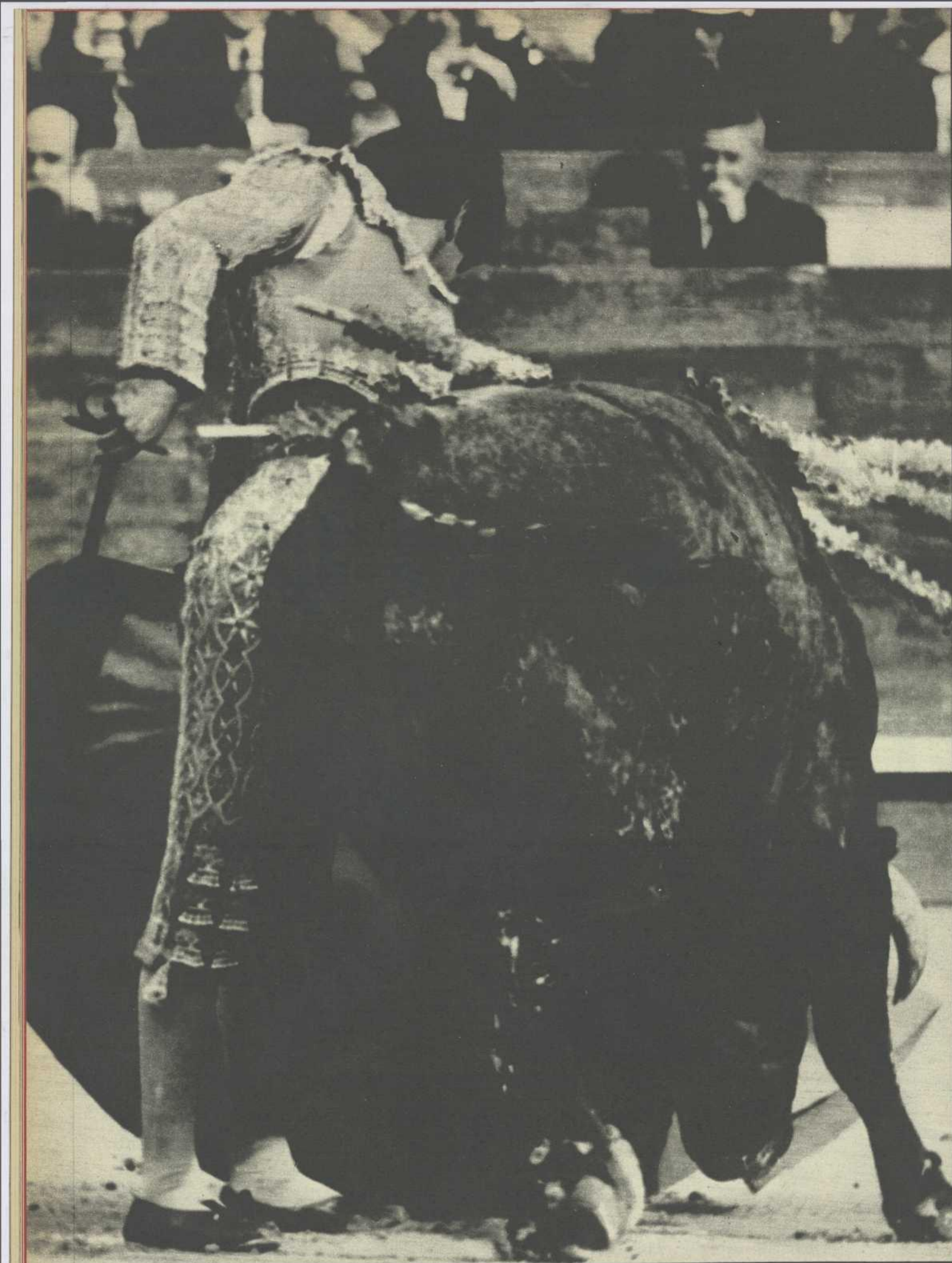


MIEMBRO DE LA CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS

¡¡CURRO RIVERA!!

ANTE EL TORO-TORO
EN LAS
FERIAS DEL NORTE
EN SU SITIO
DE
"EMPERADOR
AZTECA
DEL TOREO"

¡¡CURRO CUMBRE!!



¡ BRINDIS POR UN TORERO !



COBOS brinda,
con sus vinos finos,
por la solera, la hondura
y la calidad: cualidades
difíciles de encontrar
y que, en esta página,
llena de grandeza, se hallan
en dos formas tan
entrañablemente unidas:
EL VINO-Y LOS TOROS
Un vino que «se nota» y
un torero que «se hace notar».

... **FERNANDO**
GRACIA

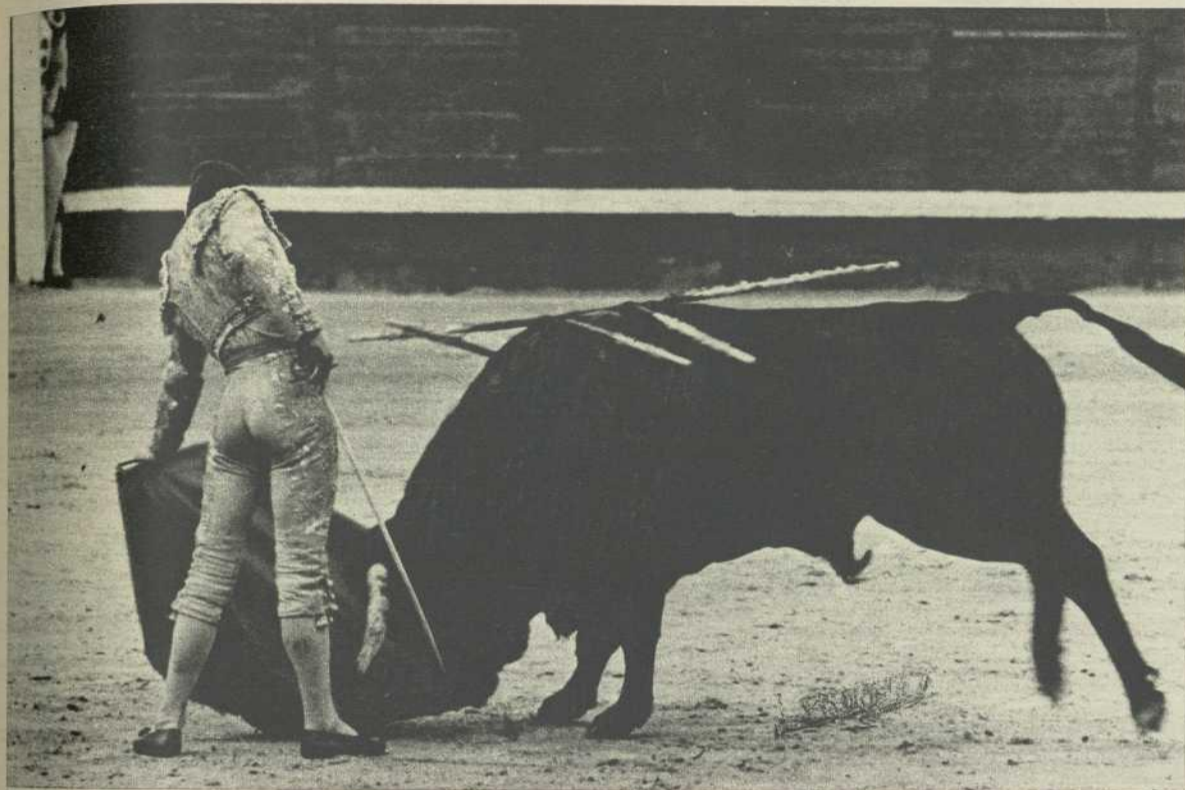


EL TORERO DE PEPE BERNAL:

TOMAS MORENO

(El inmenso Torero de Belmez)

ESTA CAMBIANDO EL HAMBRE POR LA GLORIA



**¿ES TOMAS MORENO
LA FIGURA
ESPERADA**

y deseada...?

**Su batallar no tiene
limites. Su concepción
del toreo no admite
tonterías. Trabajo
le está costando...;**

**pero ahí -aquí- está el
torero -TORERO-. Igual
le da en las Ventas
que donde sea.-TODO
EN EL ES PUREZA,
¡Y VERDAD!**

EL MEJOR VINO

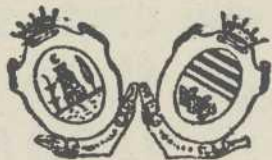


PARA COPEAR



**la elección
es bien
sencilla...**

o MORILES o MONTILLA



**consejo regulador de la
denominación de origen:
MONTILLA y MORILES**



Manolete

en *Por*
Atanasio FERNANDEZ

el campo

Puede decirse que por Campocerrado han pasado todas las figuras del toreo, desde Belmonte hasta Camino; recuerdo especialmente a Antonio Márquez, Pepe Luis, los Bienvenida, Parrita, Luis Miguel, Aparicio, Ordóñez, el Viti, Antoñete... Y un sinnúmero de toreros entre los que acaso no pueda encontrarse más excepción que la de Domingo López Ortega.

No recuerdo qué año fue por primera vez Manolete a Campocerrado; posiblemente, en 1942. A partir de esa fecha, una parte de todos los inviernos la pasaba en casa. A través de tantas temporadas pude llegar a conocerle profundamente y a sentir por él una entrañable amistad, tal como sucedía a cuantos de veras le conocían.

A primera vista, llamaba la atención su autodisciplina. Vivía constante y metódicamente su régimen, que no alteraba por nada. Cada mañana —y hasta varias veces a

través del día— se dedicaba al duro ejercicio de partir leña, con una marra y unas cuñas de hierro muy pesadas. Es posible que exista todavía un aparato de hierro con muelles, con el que «hacía muñeca» durante sus paseos. Paseos cortos y obligados, porque no era, de suyo, aficionado a andar. Recuerdo que, cuando llegaba algún amigo durante sus estancias, se apresuraba a advertirle: «Si te invita don Atanasio a pasear, no se te ocurra ir como no sea en coche...» Acaso por eso, por su escasa condición de andarín, se quedara tan quieto delante de los toros...

Se levantaba tarde, porque dormía mal. Los nervios, tensos durante toda la temporada, aparecían en la tregua del invierno. Mi mujer, compadecida del desasosiego de sus noches, le recomendó con gran fe agua de azahar, que era entonces el remedio soberano a falta de todos los

medicamentos sedantes de que ahora disponemos. Yo, que nunca fui creyente en la eficacia del tratamiento, le pregunté si notaba mejoría, como con gran optimismo afirmaba mi mujer. Y él me contestó: «Cómo quiere que le quite a doña Nati la ilusión que ha puesto en el agua de azahar...»

Porque el gran artista era en Manolete desbordado por la gran persona. Delicado en su trato, respetuoso. Cuando el chófer, que le servía el desayuno en su habitación, aparecía en el comedor por cualquier circunstancia, Manolete se esmeraba en que no por ello se sintiera molesto el servicio en la casa. En una ocasión, cuando ya tenía confianza con todos, recibió cierta llamada telefónica. A él no le pareció correcto este tipo de llamadas y se desplazaba a Fuentes de San Esteban todos los días, invariablemente a la misma hora, para telefonar. Hasta ahí llegaba su delicadeza de espíritu.

Un año, cuando se acercaban las Fallas de Valencia, le noté gran preocupación. Y le dije que ya era hora de que, como ocurre con todas las figuras del toreo, se fuera reservando. Me contestó: «Yo no puedo hacer eso. Es mucho el dinero que paga el aficionado por verme y tengo que dar todas las tardes todo lo que tengo.»

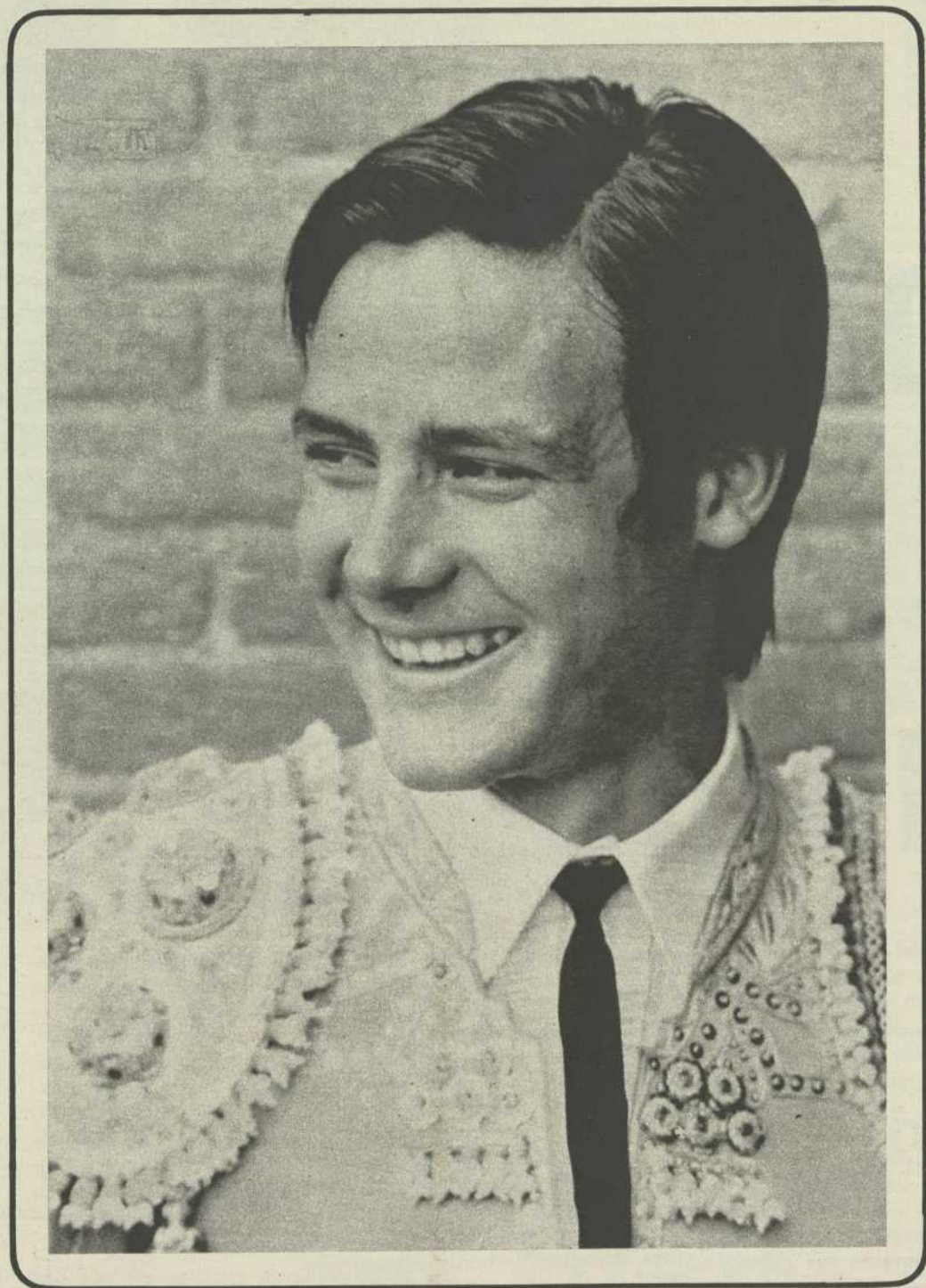
Tenía predilección por dos toreros, de muy diferente estilo. Aunque hablaba bien de todos los compañeros, manifestaba su simpatía por Arruza, por su cordialidad, y admiraba mucho a Pepe Luis Vázquez, con quien tuvo algunas diferencias de tipo administrativo, que no empañaron la simpatía que por él sentía Manolete.

Quería entrañablemente a su madre. No pensaba más que en llevarle cosas que le hicieran ilusión. En una feria de Vitoria, estábamos por la mañana en su habitación el duque de Arión y yo. Por la

tarde se lidiaba una corrida de casa. Apareció Pepe Camará y en cuanto se sentó en la cama, le dijo Manolete: «Mira los zarcillos que he comprado a mi madre.» Pepe, antes de verlos y delante de un vendedor muy conocido en el mundo del toro, le espetó: «Estas cosas no se hacen así; es preferible comprar en una joyería conocida y de confianza, donde sabes que te cuestan más, pero aseguras la calidad. Y como no sabes de joyas, ya te habrán engañado.» Manolete, como un chico que ha cometido una travesura, se tapó con las sábanas sin decir palabra.

Han pasado veinticinco años. Cuando murió yo estaba en San Sebastián, como lo estoy ahora. Desde aquí vi salir, camino de Córdoba, a aquella madre rota por la tragedia. Por una tragedia que nos sobrecogió a todos. Que nos dejó sin una figura del toreo y, sobre todo, sin un entrañable amigo.

RAUL ARANDA



TRIUNFADOR EN LA SEMANA GRANDE DE SAN SEBASTIAN Y GANADOR DEL TROFEO «CONCHA DE ORO»

EL LUJO DEL TOREO

26 de
Agustin
corrida
a corre
los de
Manuel
Luis M

CIN

Lienc
de la
para p
diastro
legado
lidades
mecc.
Colomb
dispuer
idolo.
San
de. Se
Bullie
el port
Luis M
tallo de
siden e
Apoteos
a la pr
macion
vuelan
tos de
la sed
los cla

Sobre
las cin
de l
do par
A la c
de

SIETE
TA

Gitan
bien co
«Paprot
ha pedi
una bu
Ya est
Corres
ra el t
nente. I
que di
de los q
sigu p
de expli
del num
Aunc
no poca
en las y
macion
micas
los medi
y desos
se vya
pochaco

28 de agosto, festividad de San Agustín, Patrón de Linares. Gran corrida de toros, en la que se iban a correr seis toros de Miura para los diestros Gitanillo de Triana, Manuel Rodríguez «Manolete» y Luis Miguel «Dominguín».

CINCO Y MEDIA DE LA TARDE: PASEILLO

Lleno absoluto en los tendidos de la plaza. Expectación inusitada para presenciar la actuación de los diestros. Aficionados de renombre, llegados de toda España, en localidades preferentes: Alvaro Domínguez, Antonio Cañero, conde de Colomblí, K-Hito... Pueblo lleno, dispuesto a exigir y a aplaudir al ídolo.

Son las cinco y media de la tarde. Se inicia el paseillo. Bullicio y clamor cuando, tras el portazo, Manolete, a la derecha; Luis Miguel, en el centro, y Gitanillo de Triana, a la izquierda, presiden el desfile de las cuadrillas. Apoteosis cuando, tras el saludo a la presidencia, se rompe la formación y los capotes de paseo vuelan al mostrador de los asientos de barrera. Ha sido cambiada la seda por el percal y... suenan los clarines.

La tragedia, la muerte, el entierro, minuto a minuto

ONCE HORAS DE ANGUSTIA



Instantánea conseguida

Sobre estas líneas: Poco más de las cinco y media de la tarde. Plaza de Linares. Manolete, preparado para su paseillo a la eternidad. A la derecha: «Islero» consuma destino. (Fotos LADIS.)

SIETE MENOS VEINTE DE LA TARDE: COGIDA DE MANOLETE

Gitanillo de Triana ha estado bien con el toro que abrió plaza, «Papirote». Más que aseado. Se le ha pedido la oreja tras matarlo de una buena estocada. Ya está en la arena «Amargao». Corresponde a Manolete, y mientras el torero se crece ante su oponente, los amigos del diestro, los que dicen conocerle o simplemente los que leyeron su nombre en algún periódico o revista, tratan de aplicar a los «nuevos» que toman rumor de su retirada es incierto. Aunque lo haya dicho el diestro pocas veces ha. Las ovaciones en las verónicas de recibo, su actuación con la muleta al son de la música y los sombreros que riegan y desean de la afición de que no se vaya. «Amargao» muere de un pinchazo bueno y estocada que

basta. (Petición de oreja para el torero y pitos para el toro.)

Ya han sido desollados «Azafra», muerto por Luis Miguel, y «Curtidor», segundo del lote de Gitanillo de Triana.

Está en la arena «Islero». Quinto de la tarde. El otro que cupo en «desgracia» a Manuel Rodríguez porque le llevaría a la enfermería poco después de las seis y media de la tarde, mortalmente herido. Pero no sin que el torero hubiese consumado, con honra y entrega, la suerte suprema. La última vez que la consumaría Manolete.

La crónica más difundida, la de la agencia Cifra, contó así los minutos de lidia de «Islero» por el torero que once horas más tarde había de morir debido a la herida inferida por aquel miura:

«Quinto. Manolete lo recibe con verónicas superiores. Manolete da cinco naturales imponentes y desafía al bicho en los mismos pitones. (Ovación.) Otra serie de naturales inmensos. Molinetes y de rodillas. (El delirio.) Caen prendas de vestir. Cuatro manoletinias inmensas, pases por alto colosales y siguen otros diversos para una estocada inmensa, en la que sale prendido y derribado. En brazos de las asistencias es trasladado rápidamente a la enfermería, al parecer, con una cornada, pues su terno, rosa pálido y oro, a la altura de la ingle, va lleno de sangre. A la enfermería le

llevan las dos orejas y el rabo que le han sido concedidos.»

OCHO DE LA TARDE: ENFERMERIA Y ANGUSTIA

Manolete ha ingresado en la enfermería de la plaza. El propio Camará corta con unas tijeras el cordón de los machos, la pernera de la taleguilla y el calzoncillo, ayudando en su medida a dejar la herida a la vista de los facultativos. Durante esta labor el torero herido le entregó sus medallas.

El doctor Garrido Arboleda se aplicó a la primera intervención.

Se mitigó el posible dolor de la primera cura aplicando éter a Manolete. No había cloroformo. No se habían inventado las hoy modernas técnicas de la anestesia. Faltaban en la enfermería demasadas cosas, aun para la época en que ocurrió.

Primera transfusión de sangre —300 gramos—, que opera prodigios. Sangre del cabo de la Policía Armada don Juan Sánchez. Manolete pronuncia las primeras palabras, que hacen concebir esperanzas a los presentes. Dijo a su apoderado:

—Pepe, qué susto he pasado.



ONCE HORAS DE ANGUSTIA

Se ha desechado la posibilidad del traslado de Manolete a Madrid; incluso a la misma Córdoba es peligroso el viaje. Se decide por el Hospital Municipal de Linares. Es transportado en camilla. Veinte minutos dura el traslado y hay que atravesar el propio ruedo de la plaza de toros.

Alvaro Domecq, presente desde la primera hora, ha sugerido que venga Jiménez Guinea, que sabe se encuentra en El Escorial. Por su parte, Luis Miguel ha llamado a su médico, el doctor Tamames. La esperanza está puesta en los dos eminentes cirujanos.

ONCE DE LA NOCHE: NUEVA INTERVENCIÓN Y MÁS TRANSFUSIONES

En el hospital, nuevas transfusiones de sangre. La de Parrao, con el plasma traído, con carácter de urgencia, desde Jaén.

Otra intervención del doctor Garrido y del médico de Ubeda por que han notado síntomas alarmantes. Al final hay un respiro, y el propio cirujano dice al apoderado, Camará:

—Hasta ahora teníamos un muerto. Ahora tenemos un enfermo. Ya veremos...

Manolete se había confesado en el quirófano con el padre Torres, y momentos después es llevado a una cama del hospital. Sigue consciente y piensa, sobre todo, en su madre:

—¡Cuánto sufrirá mi madre! ¡Dadme mis medallas!

A medianoche pide un cigarrillo a su primo Cantimpías. Cigarrillo que tira en seguida.

TRES DE LA MADRUGADA Y SIGUIENTES

Llega el doctor Tamames cuando el reloj marca las tres y media del día 29. Le acompañan los doctores Martín Sánchez, transfusor, y Paredes, anestesista.

Manolete se dejó explorar por Tamames. Este no intervino, pues se esperaba al doctor Jiménez Guinea.

A las cuatro y algo llegó don Luis Jiménez Guinea en el propio coche de Manolete, que le había salido al encuentro conducido por Gitanillo de Triana.

—¡Cuánto ha tardado usted, don Luis! —le reconviene Manolete.

—Estaba lejos de Madrid.

—Métame usted mano pronto, don Luis.

CINCO Y SIETE MINUTOS MUERE MANOLETE

Pero queda poco por hacer. Se intenta una nueva transfusión, casi a sabiendas de que no aguantará la reacción. Pero es lo último que queda por intentar. Con las primeras gotas de la nueva sangre se vidrían los ojos del torero. Manolete musita:

—¿Tengo los ojos cerrados?

Don Luis le pone un dedo en los

El dolor de doña Angustias Sánchez por el hijo muerto se evidencia en esta gráfica.

párpados. Y el médico de Ubeda, que con una mano tomaba el pulso y sostenía el reloj, se incorpora desalentado. Ha cesado la pulsación...

Son las cinco y siete minutos de la madrugada del día 29 de agosto. Manolete ha muerto. Han transcurrido algo más de diez horas desde que «Islero» le infiriese la herida mortal a un torero de época.

Cumplen el penoso deber de amortajarle con blanco sudario Alvaro Domecq —que no se ha separado ni un solo instante de él—, José Camará y Luis Marto, gran amigo del finado.

CINCO Y MEDIA DE LA MADRUGADA: MISA

El capellán del Hospital Municipal de Linares, tras ocurrir el óbito, dispone que se celebre una misa en la capilla de dicho establecimiento. Ceremonia que empieza a las cinco y media en punto. Doce horas después del glorioso y trágico paseillo en la plaza de toros de Linares.

Están presentes Domingo «Dominguín», Alvaro Domecq, Jerónimo García, Manuel Sánchez Gal,

los médicos que han asistido al herido, personal del establecimiento y las hermanas de la Caridad del mismo.

DIEZ DE LA MAÑANA: TRASLADO DEL CADAVER

A las diez de la mañana el cadáver de Manolete fue colocado en un modesto ataúd, y a las diez y media se trasladaba a hombros del personal de su cuadrilla a la am-

bulancia que en la puerta esperaba para trasladarle a Córdoba.

Una nutrida caravana de coches encabezada por el del propio diestro muerto, y ocupado por José Camará y miembros de su cuadrilla, sigue a la ambulancia, que ha emprendido la marcha hacia su último destino.

Su paso por Villa del Río, Manolo, Pedro Abad y El Carpio lo constituido una imponente manifestación de duelo. El vecindario volcó sobre la caravana y cubrió las flores, una y otra vez, el féretro. A las dos menos cuarto de la tarde, cuando el triste cortejo pasó por Alcolea, se reproducen las mis-



Madru
mas-er
lágrim
tantes.
DOS
DAVI
Los
edifici
casa d
para a
la intr
ma toc
dos de
Inme
ataúd
ros de
a la c
La e
Manol
nas d
herma
res qu
CUA
TARE
A la
de S
guana
movil
lágrim
La e
indesc
los fan
damen

La noticia en la calle. Sensible impacto en todos los sectores de la sociedad.

la diócesis, en representación del obispo; Gobernador Civil, Jefe Nacional del Sindicato del Espectáculo, Alcalde y Presidente de la Diputación de Córdoba; el general de Artillería don Manuel Aguilar, jefe que fue de Manolete cuando éste fue soldado de Artillería; etcétera, etcétera.

SIETE DE LA TARDE: ENTIERRO DE MANOLETE

Transcribimos a continuación el relato del entierro tal como lo contó en su día el enviado especial de «Arriba», el ilustre periodista ya desaparecido, R. Capdevila:

«CORDOBA, 30.—De la noche de ayer a la mañana de hoy, las coronas de flores de la cámara donde reposa Manolete se han multiplicado de forma inverosímil. Son muchísimas. Tapizan las paredes y en la aljambra del suelo levantan hasta los bordes de la caja, que apenas si se ve. Se ha cerrado además esa caja con una tapa de cristal.

Pero las flores duran todavía. Cuando se acerca la hora del entierro continúan llegando. En angarillas, a la mano y en las capotas de los coches. A la hora de formar la comitiva y de ir desfilando los portadores de ellas son cincuenta, o acaso algo más.

Ha llovido hace poco. Ha habido un aire corto de ciclón de verano, que ha cedido en seguida. Pero el agua ha sacado en blanco y negro los dibujos geométricos de los empedrados de los patios y ha lustrado las piedras y las barandas de la escalera del jardín. En la calle, un inmenso gentío se agolpa bajo las copas limpias de los árboles.

La carroza de cuatro caballos espera a la puerta —un poco más allá de la banda de música—, entre las formaciones de las coronas. El pasado la hora señalada. Hay que esperar que el funeral de la parroquia se concluya. Y son las seis y media cuando llegan las representaciones oficiales del clero y de Córdoba.

Es el trance terrible. De la capilla ardiente —ya desmantelada— sale el féretro, surcando una laguna de terribles silencios. Lo bajan lentamente. Se detienen al pie de la cancela de la casa. Y en medio de la angustia, los altavoces dicen la orden oficial de póstuma concesión a Manolete de la Cruz de Beneficencia.

El entierro se pone en marcha, al fin. Por el cielo, un avión que le ronda con insistencia en vuelos bajos, va dejando caer sobre el cortejo las flores primeras, que luego han de ser lluvia desde todos los balcones de Córdoba. Y en la calzada, solamente el rumor de los pasos al compás de una música fúnebre por el cauce entreabierto del gentío.

Al pasar por la plaza de toros, la primera parada y una nueva corona. Más allá, la parada y corona de un asilo de niños. La desbandada de la gente —allá en el cruce del paseo del Gran Capitán— para esperar el paso del entierro en otro punto del laberinto cordobés. Y el cortejo, de frente al viejo barrio de Manolete niño.

Este es, sin duda, el punto de mayor emoción de la fecha. Es el reencuentro del glorioso torero con los sitios donde soñó en llegar a serlo un día explanadas con árboles añosos del campo de la Merced; el viejo barrio de angostos y enmarañados callejos de Santa María; plazuelas soñolientas, con silencios de siglos, de La Laguni-

Olor de sentimiento multitudinario cuando los restos mortales de Manolete llegan a su última morada

lla. ¡Miserable rincón de una cuna, tan diferente de este confortable ataúd!

La tarde va cayendo sobre el llanto sincero de estas calles y de sus cuevas empinadas. Los balcones modestos se agobian de gentes humildes, que saben ver callando. La emoción se podría cazar palpitando, lo mismo que una trémula mariposa del aire. Y las mozelas del distrito, vestidas de negro y con varas de nardo en las manos, se desgajan del hondo gentío sollozante y se incorporan en el vasto sendero de flores que trazan las coronas en vanguardia del féretro. ¡Qué triste, qué terrible postrera pascata la del torero por «su» barrio, que hace apenas tres años dejó, cuando la gloria le rondaba del brazo de la Muerte, mientras «Islero» ya pastaba!

Tan duro y fatigoso ese paseo, que —al caer del crepúsculo— el cuerpo de Manolete deja de ir a hombros: se deposita ya en la estufa. La comitiva vuelve a la Córdoba nueva. Se esponja entre fachadas más distantes, pero siempre muy próximas. Y la lluvia de flores, que hasta ahora resbalaba por la tapa bruñida del féretro, va cuajando la nieve, y de fuego, las cristalerías altas de la urna del coche. Los portadores de las cintas llevan pétalos en el pelo y en los hombros.

Cuando el cortejo —que ha llenado todo este atardecer de la ciudad— alcanza a cruzar donde perdura todavía la sombra de Guerrita presidiendo su club, los puestos de flores y de helados han ido iluminando sus mecheros de carburo. Se han ido encendiendo también poco a poco las luces indirectas de los escaparates. Todo el aire de encima de las casas es de inmensas violetas. Gondomar arriba se perciben lo mismo los brillos de gala de la Guardia montada que el parpadeo de los cirios junto a la manga parroquial.

Caen la sombra de prisa. Por el paseo de la Victoria se echa encima. Y el cortejo ya adquiere por

aquí calidades de inmensa tristeza bajo el doblar de las campanas al umbral de la noche.

De pronto arden los focos del paseo. Bajo su luz lechosa se agiganta la inmensidad del pueblo cordobés, respetuosamente contenido —aplastado— en los andenes laterales. Y en el recodo último se entra a la oscuridad del campo. Hay poco trecho hasta llegar al camposanto. Pero aún —¡todavía!— entre las cunetas y trincheras del camino, la inacabable muchedumbre, de gentes humilísimas ahora, continúa escoltando la marcha. Desde el barbecho nos alumbran los faros irritantes de unos coches inmóviles. Y de pronto, el final.

Son las nueve de la noche. Al cementerio se entra hoy por la portada fría y neoclásica de la capilla pobre. Su luz interior es la única que nos orienta un poco a todos. Es difícil el orden en esta tiniebla estremecida, ya en el ápice de despedidas y emoción. Pero, al cabo, la caja donde duerme el torero trasponse los umbrales.

Han cerrado las puertas. Podemos —en la sombra que ilumina una luna amarilla y naciente— avanzar por la senda de cipreses y túmulos, y al llegar a la fosa dejamos el féretro en sus profundidades oscuras, simplemente, alumbrados por unas lamparillas de acetileno, que chirría.

Todavía unas caras se asoman a lo hondo, demacradas, convulsas, como en un aguafuerte. Volvemos. Se escuchan solamente carraspos de hombres que pueden ser llanto. Y al tomar la salida de la iglesia todavía percibimos a través de las verjas cerradas los rostros de gentes que miran inmóviles. Solamente he escuchado la voz de una niña —que puede ser la misma Córdoba—: «Padre, son los toreros...»

¡Toreros...! No. Nosotros no éramos toreros. Un torero sí había, y se había quedado allá atrás. Manolete. Una vida arrastrada. Desastrada y heroica. Desolada y doliente.»



Madrugada del día 29. El torero ha dejado de existir. Tranquilidad en su rostro. El alma ya pertenece a Dios.

mas escenas y son apreciables las lágrimas en los ojos de sus habitantes.

DOS DE LA TARDE: EL CAVER DE MANOLETE, EN SU CASA

Los guardias que acordonan el edificio en que está enclavada la casa del torero se ven y se desean para abrir paso a la comitiva entre la inmensa muchedumbre que colma todos los alrededores. Eran las dos de la tarde.

Inmediatamente fue sacado el ataúd de la ambulancia, y en brazos de sus amigos fue trasladado a la capilla ardiente.

La entrada del cuerpo muerto de Manolete en su casa deparó escenas de tremenda emoción entre hermanas, primos y otros familiares que estaban en ella.

CUATRO Y CUARTO DE LA TARDE: LLEGA LA MADRE

A las cuatro y cuarto, procedente de San Sebastián, llegó doña Antonia Sánchez. Vino en un automóvil cedido por el marqués de Villapadierna.

La emoción que se produce es indescriptible. Se abrazó a todos los familiares, llorando desconsoladamente. Después quiso entrar en

la capilla ardiente, pero se lo impidieron.

Fuera de la casa sigue estacionada una inmensa multitud, que espera impaciente para desfilarse ante el cadáver, ante el cual siguen la silenciosa vela los componentes de la cuadrilla de Manolete. En el rostro de todos ellos se notan las huellas del dolor y del insomnio.

A las cinco de la tarde se permite al público entrar en la capilla ardiente. Hombres, mujeres y niños forman larguísima cola esperando su turno. Se calcula en diez mil personas las que han desfilado ante el cadáver en esta triste tarde del día 29 de agosto.

DIA 30, CINCO Y MEDIA DE LA TARDE: FUNERAL

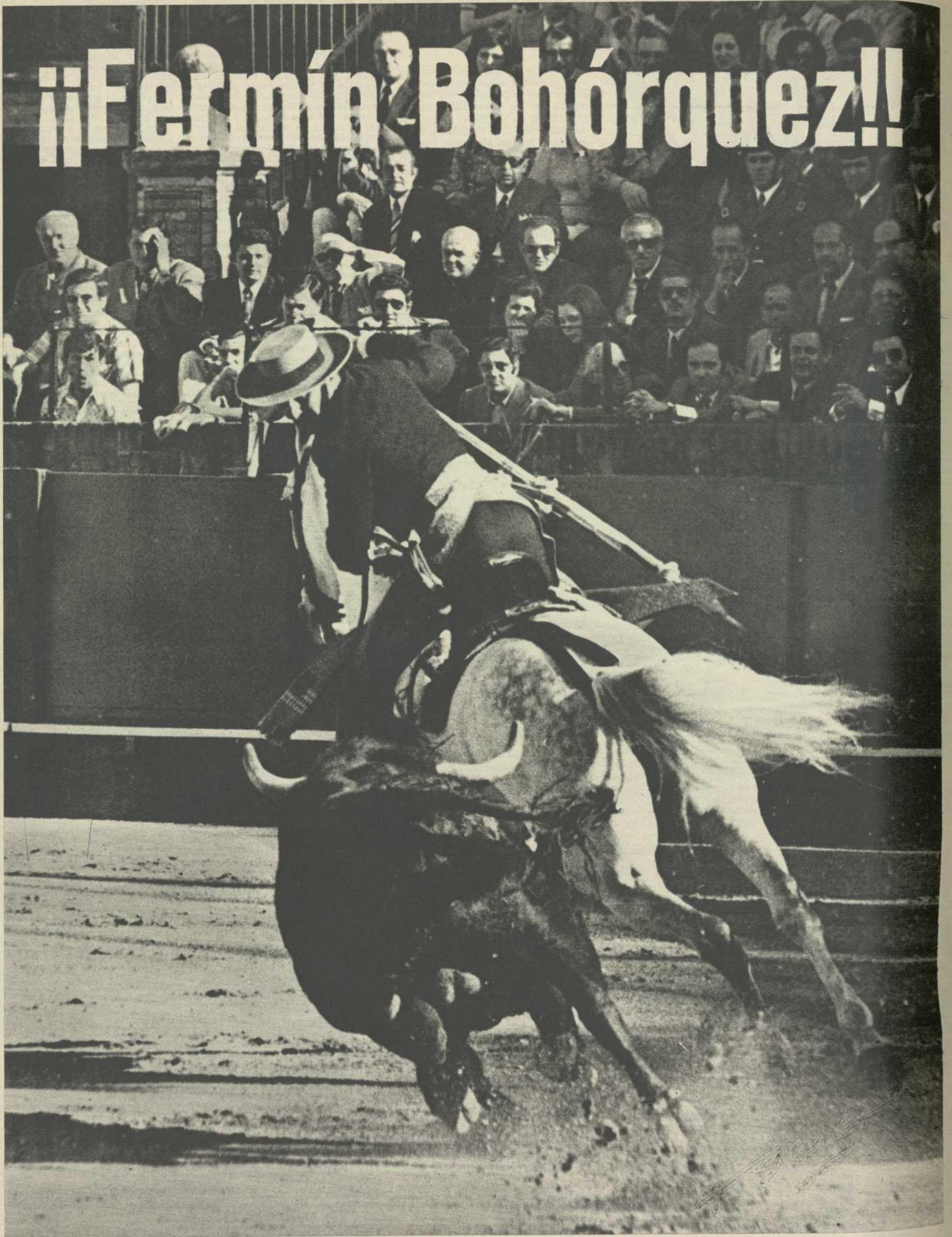
A las cinco y media de la tarde, en la iglesia de San Nicolás de la villa, se celebraron los solemnes funerales en sufragio por el alma de Manolete. Nueva manifestación multitudinaria de sentimiento en la iglesia, totalmente abarrotada, y en los alrededores, también repletos de público.

Desde mediodía ha cerrado el comercio y otros establecimientos públicos. Talleres y fábricas suspendieron el trabajo.

A los funerales asistieron todas las cruces parroquiales de Córdoba. La presidencia fue ocupada por el Presidente de la Diputación de Madrid, marqués de la Valdavia, que ostentaba la representación del Gobierno; el vicario general de



¡¡ Fermín Bohórquez!!



EL REJONEADOR DE MAS PERSONALIDAD DE ESPAÑA

MANOLETE, EN MEJICO

REVOLUCIONARIO Y ASOMBRO DEL TOREO



Por Fermín RIVERA

Fui matador de toros veintisiete años, y en mi larga verles también cantidad de zañas grandes y maravillosas de todos mis compañeros de profesión con los que tuve el honor de alternar y verlos también cantidad de

veces como simple aficionado, sentado en un tendido. Para todos ellos guardo una profunda admiración y un gran respeto, por todo lo que representaron en la Fiesta de los toros; pero también soy humano, y como tal tengo mis debilidades y preferencias, y como simple aficionado a toros, tuve mis toreros predilectos, y ellos fueron: Rodolfo Gaona, Fermín Espinosa «Armilita Chico», Lorenzo Garza, Fernando Domínguez, Pepín Martín Vázquez y, por último, el que me llenó de asombro, fue el monstruo de Córdoba, don Manuel Rodríguez «Manolete». Torero que ha llenado a lo largo y a lo an-

cho toda mi ambición como simple aficionado y como matador de toros, pues para mí Manolete ha sido un genial revolucionario del toreo. Dice la historia, y yo la respeto por las grandes plumas que la respaldan, que Juan Belmonte fue el gran coloso revolucionario del toreo; nunca lo he dudado ni un momento, aunque yo no tuve la dicha de verle. Pero yo a Manolete, el monstruo de Córdoba, le conceptúo, además, como alma de los grandes revolucionarios del arte del toreo, el padre de la moderna época del toreo; pues si Belmonte por primera vez empezó a invadir los terrenos del toro, Manolete acabó por adueñarse de ellos, y encauzar el toreo, por los grandes derroteros que en la actualidad se desarrolla, y como toda actividad en la vida siempre tiende a mejorarse, y en la actualidad el toreo ha llegado y se practica por quienes son sus dignos intérpretes, con una belleza, una verdad y un arte incomparable jamás soñados. Estos adelantos verdaderamente grandiosos, muchos críticos taurinos con gran renombre y sin él, han tratado de desvirtuar la gran verdad que hoy por hoy encierra la incomparable Fiesta de toros, ayer, patrimonio único de España y hoy en día patrimonio a la par de Méjico, hijo predilecto de España por lazos comunes de religión, vicios y virtudes. Y Manolete ha sido hasta la fecha el paladín taurómico que ha unido a ambas naciones: por la verdad de su arte, por la virilidad de su hombría de bien y por su toreo revolucionario y único que estremeció hasta la médula a toda la afición mejicana, la cual lo consagró como al más grande ídolo taurino de España que



TOREO

América: "ESPACIO FACULTAD EL TORERO" S. A.
 PARA LA AMÉRICA LATINA
 Gerente General: Antonio Alzola
 Oficina: Plaza de Toros de Toros, Av. Juárez, México, D. F.
 Edif. 11-01-21 y 11-01-23 Tel. P-20-96 y P-11-99

SEGUNDA TEMPORADA HISPANO-MEXICANA "1945-46"

DOMINGO 9 DE DICIEMBRE DE 1945

So. Corrida de la Temporada

Presentación del Torero de Córdoba, España
Manuel Rodríguez "MANOLETE"

A las 8 de la tarde exactamente se iniciará a la arena española SEÑOR RIVERA.

TORRECILLAS
 Cierre con los autoritos

Toros Españoles del Marqués de Saltillo
 y propiedad de don Julián Lázcano, señores de Zúñiga. Los toros serán de una verde y blanca y serán lidiados por estos autoritos:

SILVERIO PEREZ
 Lidará con los Pandereros: Abraham Juárez "Luisito", Gerardo Guadalupe "Chino" y Luis Alarcón "Lito"; y los Handerilleros: Pascual Navarro "Pascual" y Francisco Lara "Petra"; y Eduardo Moreno "Moreno".

Manuel Rodríguez "MANOLETE"
 Con los Pandereros: Luis Valtierra, Felipe Mora, Grande y Alfonso Alvarado "Tardá"; y los Handerilleros: Alfredo Izard, José Sierra "El Guero" y Juanito Anallur.

EDUARDO SOLORIZANO
 Lidará con los Pandereros: Ignacio Carrasco, José Carrasco y José Gutiérrez "El torero" y los Handerilleros: Juan Redondo, Félix Romero y Alberto Aguilar "Aguililla".

Puñaleros: Alvarado Vázquez "Fallo" y Jesús Gómez.

Servicios Completos y modernos de Plaza y Huerta.
 Asesor Rosendo Bujal. Servicio Médico al cuidado de los Dres. Don Xavier Ibarra y José Rojas de la Vega.

PRECIOS DE ENTRADA.

SOMBRA:	
Barreras de 1ª Fila. — \$ 25.00	Tendidos de 2ª Fila. — \$ 15.00
Barreras de 2ª Fila. — \$ 24.00	Tendidos de 10ª Fila. — \$ 13.00
Barreras de 3ª Fila. — \$ 22.00	Tendidos de 11ª Fila. — \$ 13.00
Barreras de 4ª Fila. — \$ 20.00	Tendidos de 12ª Fila. — \$ 13.00
Barreras de 5ª Fila. — \$ 18.00	Escalera 2ª — \$ 15.00
Barreras de 6ª Fila. — \$ 16.00	Balcón 1ª — \$ 14.00
Tendidos de 1ª Fila. — \$ 25.00	Balcón 2ª — \$ 14.00
Tendidos de 2ª Fila. — \$ 22.00	Balcón 3ª — \$ 13.00
Tendidos de 3ª Fila. — \$ 20.00	Palcos de Contrabarrera con Seta Asientos — \$ 200.00
Tendidos de 4ª Fila. — \$ 18.00	Palcos de Contrabarrera con Cetro Asientos — \$ 200.00
Tendidos de 5ª Fila. — \$ 16.00	SOMBRA GENERAL — \$ 12.00
Tendidos de 6ª Fila. — \$ 14.00	
SOL:	
Barreras de 1ª Fila. — \$ 25.00	Tendidos de 2ª Fila. — \$ 15.00
Barreras de 2ª Fila. — \$ 24.00	Tendidos de 4ª Fila. — \$ 13.00
Barreras de 3ª Fila. — \$ 22.00	Tendidos de 6ª Fila. — \$ 12.00
Barreras de 4ª Fila. — \$ 20.00	Tendidos de 8ª Fila. — \$ 12.00
Barreras de 5ª Fila. — \$ 18.00	Tendidos de 1ª Fila. — \$ 25.00
Barreras de 6ª Fila. — \$ 16.00	Tendidos de 2ª Fila. — \$ 22.00
Tendidos de 1ª Fila. — \$ 25.00	Tendidos de 3ª Fila. — \$ 20.00
Tendidos de 2ª Fila. — \$ 22.00	Tendidos de 4ª Fila. — \$ 18.00
Tendidos de 3ª Fila. — \$ 20.00	Tendidos de 5ª Fila. — \$ 16.00
Tendidos de 4ª Fila. — \$ 18.00	Tendidos de 6ª Fila. — \$ 14.00
Tendidos de 5ª Fila. — \$ 16.00	Tendidos de 7ª Fila. — \$ 13.00
Tendidos de 6ª Fila. — \$ 14.00	Tendidos de 8ª Fila. — \$ 12.00
SOL GENERAL — \$ 9.00	
ASOTEA — \$ 3.00	

El Derecho de Apartado se reserva a los tenedores de tarjetas, hasta las 3 de la tarde de los sábados anteriores a la Corrida.

Importantes Disposiciones del Reglamento Vigente:
 Habrá dos toros de reserva. Si la segunda reserva no llenare los requisitos de bravura que marca el Reglamento se harán colaciones como mínimo cuatro pares de banderillas negras. Los toros que se inutilicen

jamás había admirado, y Manolete, señor en la plaza y señor fuera de ella, correspondió a la afición mejicana con el mismo cariño, y el «monstruo» de Córdoba sintió a Méjico en su corazón, como a su propia Córdoba, como a su propia madre doña Angustias. Si Manolete viviera, estoy seguro que pronunciaría en todo momento tres grandes nombres, con la máxima emoción y el más grande cariño, y ellos serían:

¡Córdoba, España y Méjico!

A Manolete, con toda mi alma y corazón, en homenaje al más grande de los toreros.

El mocito que uno era cuando aquello sucedió, plantó en la memoria, con raíces profundas, los dramáticos acontecimientos de aquellos días, ahora hace un cuarto de siglo, cuando temblaba la historia de la tauromaquia, crepitante, como una hoguera, y la actualidad rabiosa, pero efímera, se apagaba como una pavesa de cada instante, para pasar a convertirse en perenne flor, cuyo aroma podría aspirarse, a partir de entonces, por los siglos de los siglos.

El que era mocito, en edad militar entonces, parece oír todavía las palabras de su padre, que aquella noche, al llegar a la casa de su ciudad marinera, blanca y azul, le había dicho: —Han cogido a Manolete en Linares. Es muy grave...

El hombre curtido de hoy recuerda al mocito de veinticinco años atrás, que ya había visto torear a Manolete quince o diecisiete veces, y que se pasó la noche, aquella noche, entre sueños nerviosos e inquietantes, porque el diestro-símbolo de la época que empezaba a suponer su vida, estaba muy grave y se podía morir.

Para los jóvenes que acabábamos de traspasar la frontera de los veinte años, Manolete era un arquetipo, un ser mítico y colosal, que parecía arrancado de las páginas de las más fantásticas historias. Lo que no acabábamos de comprender, porque no podíamos, era que, como tal iba a pasar al recuerdo de todos para convertirse en santo, seña y bandera, andando el tiempo, de una manera de producirse y de estar en los ruedos. Tanto para los que el vieron, como para los que no pudieron llegar a alcanzar su admirable magisterio.

La noticia llegó muy de mañana, y de principio, se tomó a rumor, como si todos quisieran resistirse a la indefectible y amarga realidad. Era día de sol, con vientecillo, y las gentes marchaban a las playas, como cada mañana que hacía bueno. Pero ya no había gestos de despreocupación, sonos de ocio alegre, jaranero, de verano. Todos los labios pronunciaban las mismas palabras:



—Manolete ha muerto... El hombre de hoy, recordando al mocito de ayer, que tenía unas gafas de sol a la moda, como las de Manolete, se ve ir de un lado a otro aquella mañana un poco distante, de comentarlos y corrillos por las cuatro esquinas. Le ve entrar en la librería de doña Manuela para que le reserven un ejemplar del próximo «Dígame», que va a haber peleas para conseguirlo. Le ve entrar en las Siete Puertas a tomarse

una caña, que esta mañana tiene un raro sabor. —Manolete ha muerto... Aquella misma tarde, en el cine Avenida de su ciudad marinera, blanca y azul, el mocito que uno era asistió a la proyección de un NO-DO, en el que se recogía buena parte de una de las últimas faenas del torero cordobés. El público se puso en pie y estalló en una ovación clamorosa y emocionada, corriendo lágrimas de dolor en la penumbra disimuladora de la

sala. (Unas semanas después, el mocito recibió carta de su primo desde Buenos Aires: «La otra noche, tarde ya —diferencias horarias—, empezó a sonar la sirena del diario «La Nación». Las gentes se despertaron impresionadas, y muchas acudieron a enterarse de lo que ocurría. Era, te puedes imaginar, lo de la muerte de Manolete...») —Se ha terminado. Yo no vuelvo a los toros. Tales palabras, desde que la

bie, dentro de la estética del toreo. Y el toreo, a su muerte, aparecía huérfano, desmochado, chorreando sangre por sus muñones heridos. ¿Quién, pues, iba a recoger su maravilloso legado? ¿Quién a hacer olvidar, siquiera por un instante, su recuerdo emocionado? ¿El recuerdo de que decían que había subido los precios de las localidades, pero que llenaba las plazas como no las llenó nadie, cuando éramos muchos menos y los aforos los



LA

FIESTA SIGUE

Por Mariano TUDELA

Fiesta es Fiesta, se han repetido con frecuencia. Suenan, se producen, se dejan oír cuando culmina la vida de un torero grande, y surge la retirada. O, más dramáticamente, y con mayor prodigalidad, cuando el trance de una cornada mortal quita de la circulación, para el arte y para la vida, a algún torero de época, de esos que se cuentan con los dedos.

Y Manolete lo era. Con su trágica desaparición, ahora hace veinticinco años la decisión de no volver a los tendidos, de dimitir de la afición, se multiplicó por millares. «No, ya no voy más a los toros...» Era como si la Fiesta se hubiese detenido y acechase también la muerte a su entraña más profunda. Incluso aquellas manoletinadas de Parrita, instrumentadas a un toro pocas horas después de la tragedia de Linares, en el platillo de la plaza y mirando al cielo, tenían algo de réquiem funeral, no sólo por el torero muerto, sino por la Fiesta misma, herida de cuidado en su ala mágica.

Manolete acababa de definir una época, había sido el engranaje que ensambla dos momentos del toreo —antes y después de la guerra— y había impreso, sobre todo, una nueva dimensión distinta, a lo que había de ser, por lo menos en sus comienzos, la tauromaquia de la segunda mitad de nuestro siglo. Había hecho fácil lo difícil y casi había dado categoría de supremo a lo inalcanza-

mismos, y no había turismo, y si poca riqueza que repartir y bastante pobreza que prorrantear! Por eso, y por muchas otras razones, fueron millares los que se alejaron de la Fiesta, o, cuando menos, pensaron alejarse, aunque luego volviere el buen aficionado donde solía, como es de ley y como también acontece siempre.

Manolete, sonriéndonos con su rara sonrisa, desde sus alturas de gloria sabía que era así, que no podía ser de otra forma. Porque los toreros, por grandes y de época que hayan sido, terminarán siempre por desaparecer bajo el aleteo siniestro de la muerte. En cambio, la Fiesta no. La Fiesta sigue, y seguirá, como siguió después del desmayo, del trauma producido por la tragedia de Linares.

El no sabía, después de fundarse el último pitillo, de dedicar a su madre el recuerdo postrero, de musitar la oración final, que son los momentos en que el hombre cabal ve, con más meridiana claridad, con mayor precisión y nitidez.

Porque todo, entonces, iniciaba otro camino. Nada había terminado. Su propio sacrificio de héroe de los ruedos lo demandaba así. Todo volvía a ser. Y seguía la Fiesta, con un millón más en su larga lista de predestinados. Como sigue hoy, cincelada de recuerdos, aún calientes y emocionados, un cuarto de siglo más tarde.



UN HOMBRE SERIO

Por José Flores «CAMARA»

FERNANDO SERRANO "YIYO"

El popular novillero cordobés, que tomará la alternativa el próximo día 3 de septiembre en Priego de Córdoba, será una auténtica novedad entre los matadores de toros

Dirección: H. de Toledo, 37

Teléfonos: 540478 y 540914

Priego de Córdoba

Al margen de mis relaciones profesionales o comerciales con Manolete, conocidas de todo el mundo y sobre las que se ha escrito y hablado de muy diversa manera, existía entre nosotros una relación personal que como la base de la otra. Esta relación personal tenía su raíz en una confianza absoluta de carácter mutuo. Manolete no tuvo jamás la menor duda sobre las decisiones mías. fuesen éstas cuales fueran. Yo no tuve nunca tampoco ninguna incertidumbre sobre la posibilidad de que Manolete pensara con reservas sobre lo que yo decidía. Pero me guardé muy bien, cuando el caso lo merecía, de resolver nada sin que él estuviese plenamente conforme. De esta manera, Manolete se convirtió en un miembro más de mi familia; uno más de mis hijos. Manolete, que no tenía padre, guardaba para mí el respeto que hubie- ra guardado al suyo y estaba en casa, entre los míos, con la alegría del que se siente feliz en su propia casa. Esto me hizo conocer la personalidad humana de Manolo, paralela, en grandeza, de su personalidad artística y, posiblemente, fundamento de ésta. Mirado y observado como a mis hijos, vi con alegría cómo se fue haciendo hombre y ganando por días aquel sentido de la responsabilidad que tal vez ningún torero de la historia hubiese sentido como él. Cuando se conoció su- prema figura del toreo de su tiempo, Ma- nolete se humanizó más todavía. Todo el encumbramiento de la calle parecía empujarle a la intimidad de la familia. Yo sabía sus calladas caridades, yo cono- cía sus amigos, no todos de mi agrado. Yo le hablaba de sus inquietudes para el día de mañana. El quería a mis hijos y cuando tuvo resuelto su porvenir, se preocupaba de manera sencilla y absolu- tamente familiar del porvenir de los que él consideraba como sus hermanos. Ma- nolete no fue nunca un hombre triste. Fue siempre un hombre serio, que no es lo mismo. Serio en la plaza y en la ca- lle; cuando estaba entre los que le eran gratos, daba rienda suelta a su trato ge- neroso y cordial. Alguna vez hice uso de la autoridad que él me fue concediendo en el curso de nuestras relaciones, para torcer su voluntad. Pero era mayor de edad y en este orden procedí con él de la misma manera que lo hubiera hecho con mis hijos. De todas formas, como en el caso de éstos, siempre bastó una ligera advertencia para que Manolete su- piera lo que yo pensaba. Sin toda esta base de carácter personal no hubiera si- do posible la otra de carácter comercial, que dicho sea ahora en elogio exclusivo de él, hizo de nuestro caso algo enteramente nuevo en toda la historia del to- reo. No sé en qué medida facilité la glo- riosa carrera de Manolete, pero estoy se- guro de haber tenido en él la confianza que merecía. Y de haber sentido hacia él el cariño que merecía también. Manole- te era tan buena persona como buen to- rero, que ya es decir. Todavía no se ha escrito sobre esto con la debida justi- cia, porque quizás el único que pueda hacerlo soy yo. Y yo no soy hombre de letras.

"EL PUNO"



**ARTE Y PERSONALIDAD
PRESTIGIO DE TODO CARTEL TAURINO**



que algunas cosas se realicen algo atropelladamente y resulte deslucida una faena que, sin esa legítima ambición de los toreros, acaso resultaría más aceptable.

Vengo, ciertamente, bastante ajetreado de las corridas de Barcelona, de Córdoba y de Cáceres; pero, por encima de todo eso, me siento verdaderamente ansioso de torear en Madrid, y mucho más en una corrida benéfica. Me siento muy dispuesto, y estoy seguro de que aprovecharé la menor oportunidad para dejar satisfecha a la afición madrileña, por la que siento una viva simpatía y a la que estoy sumamente agradecido, ya que me ha prestado el estímulo de

acertada la sustitución elegida, ya que El Andaluz es un torero valiente, que completará el cartel, ya de suyo bastante bueno, con Angel Luis y El Estudiante.

Por su parte, Alvarito Domecq prestará a la fiesta su alegría y la sabrá animar con su trabajo airoso de siempre.

El conjunto me parece muy bueno. Si el ganado

ayuda un poco, esoy seguro de que el público saldrá de la fiesta completamente satisfecho.

También lo estoy yo de formar parte del cartel. Como lo estaré igualmente, si llega el caso, de que pueda figurar en el cartel que se haga para la Corrida de la Prensa, que también tiene todas mis simpatías.

N. de la R.—Como puede observarse en el artículo que reproducimos, el tiempo pasado o «época de Manolete», en cuanto al tema toro se refiere, era poco más o menos igual que el actual, un tanto reprobable en cuanto a edad de las reses se refiere. Manolete, en el escrito que a continuación ofrecemos, aborda el tema con sinceridad, pero aludiendo al toreo que entonces se practicaba, el que pedían los públicos, y apunta que no podría realizarse con toda clase de ganado. Lo que Manuel Rodríguez escribió puede hoy tener la misma vivencia y actualidad que tuvo en junio de 1944, vísperas de la Corrida de Beneficencia.

EL TORO GRANDE Y EL TORO CHICO

El día primero de junio de 1944; en la página taurina de «Arriba», el diestro Manolete publicó el siguiente artículo:

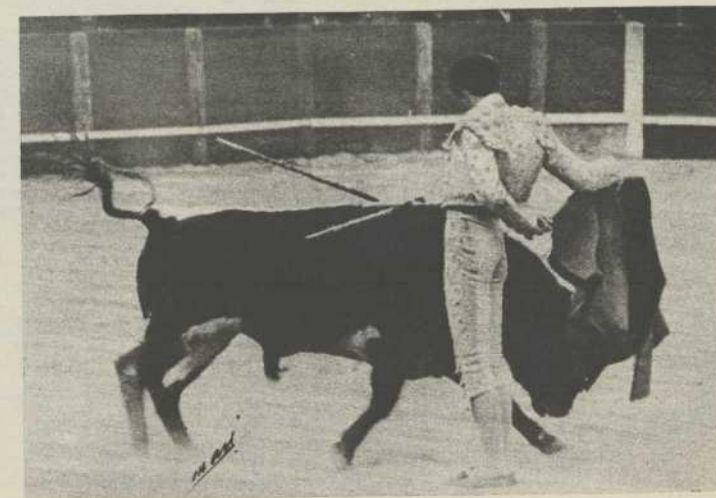
Lamento que haya quien crea, dentro de la afición, que siento en algunos momentos reparo para torear el toro demasiado grande. Nunca pensé en ello. Procuero, sí, en lo que me es posible, elegir toros de buena casta; pero sin que su tamaño me haya impresionado nunca. Recientemente he toreado una buena corrida de Villamartín, en Córdoba, sin haber puesto el menor reparo. En contra de lo que cree la afición, el tamaño de los toros no es lo más esencial en una buena tarde.

Lo que sí resulta extraño es que los buenos aficionados estimen que el toreo que hoy piden los públicos se puede hacer con toda clase de ganado. No. Si eso fuera posible, los toreros quedaríamos bien en todas las ocasiones. Nadie pasa una mala tarde por gusto. Esta sencilla afirmación debería pensarla el público, y parece olvidarla. Cada uno hace lo que sabe y puede, teniendo en cuenta las condiciones del ganado con el cual se enfrenta. Justamente la ambición de quedar bien es muchas veces causa de

sus aplausos en proporciones tales que difícilmente se olvidan. No es que me envanezcan, pero son un estímulo bastante estimable.

Es posible que la actitud de los públicos en este tipo de festivales taurinos esté en relación con el precio de las localidades. Puede que no falte quien piense que ese encarecimiento se deba a mi incorporación al cartel. No es así, sin embargo. Olvidan los que tal suponen que ello se debe al carácter benéfico de la fiesta y que los billetes llevan un sobrepeso justamente destinado a los fines que representan precisamente el motivo de la organización.

Lamento mucho el percance de Juanito Belmonte, que deseo no tenga gran importancia. Me parece



JOSE LUIS GALLOSO

EL JOVEN MAESTRO DEL PUERTO DE SANTA MARIA



TOREADAS HASTA 20 AGOSTO 1972: 50 CORRIDAS
OREJAS CORTADAS: 70, Y 9 RABOS

GALLOSO

CUENTA SUS ACTUACIONES
POR TRUNFOS





CURRILLO

EL N.º **1** DE LOS NOVILLEROS

*Cada
actuación,
un triunfo*

CURRILLO

EL NUEVO FENOMIENO
TRIUNFADOR EN LOS RUEDOS DE ESPAÑA Y FRANCIA

Apoderado: Gabriel Puerto Peralta - JEREZ

ELOY CAVAZOS

“EL TORERO DE MEXICO”



Triunfador en todas las plazas de España



campera y el sombrero
cho, que puede ser de Pe
ma del Río; ni la bordado
del alamar, la lentejuela
el cairel. Estaban también
con su flor, y su lágrima
su angustioso homenaje
lencioso, las viejas que
cen los refranes tras el fue
go, y las niñas que cantan
las coplas en el corro, y los
pastores de las zamerres
ásperas, y los gañanes de
las besanas interminables
los clérigos de las aldeas
sin nombre, y los cómicos
trashumantes de la legua
las criadas de fonda, y las
monjas blancas, y las donce
llas «vestidas sólo del agua
y sus cabellos», y los pintores
res de los románticos pue
celes, y los poetas de las pla
mas sonoras, y los estudian
tes del bachillerato de la plaza
posguerra, atravesados por un torero
un unánime y multitudinario

MANOLETE Y EL



Por RAMON LODARES

Dejo, como en la estrofa manriqueña, las invocaciones de los famosos poetas y oradores. Y voy de lleno al fondo de la cuestión. Pero llevo un equipaje de recuerdos bañado por un río que multiplica sus melancolías. Algo así como quien lleva dentro una canción que hace llorar. Una canción que canta con letra de plata, pero se sueña de oro. O acaso que se canta con letra de oro, pero se sueña de plata. Manolete nació un 5 de julio de 1917, tras uno de esos patios interiores de Córdoba —barrio de Santa Marina—, con decoración natural de parra verde, donde suena el bordón de una guitarra y el piar de los pajarillos cantores enjaulados y el surtidor del agua clara en el tazón de la fuente serena. Fue un andaluz triste, representativo de esa Andalucía silenciosa y profunda, lánguida e inmóvil, distinta de la otra, frívola y ruidosa, de la castañuela y la exportación. Ya, dentro de su destino torero, tenía algo de trágico presentimiento, que

le hizo fundirse admirablemente con un pueblo que siente tal vez como ningún otro, la idea de la muerte. El pensamiento arranca, en lo literario, con las danzas medievales; se hacen tercetos estupendos en la Epístola Moral —«Hilaba la mujer para el esposo, la mortaja primero que el vestido»—; teología, en Ignacio de Loyola —«Que tengo de morir en infalible»—; verdad indiscutible en Quevedo —«Y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuera recuerdo de la muerte»—; aliento de romance en la copla —«Desde el día que nacemos a la muerte caminamos»—; lema de heráldica en los escudos solariegos —«Un buen morir honra toda una vida»—. Este concepto de la muerte, de la muerte en belleza, anda estrechamente unido al de la valentía. «Y entre los españoles, la suprema valentía—dice Eugenio Noel—consiste en la serenidad suficiente para que el pitón de un toro roce las axilas.» Viene esta definición a cuento

de que en España todo el mundo torea, hasta el punto de que en la plaza de toros cada espectador es un espontáneo que no se decide a lanzarse a la dorada arena. Puestas así las cosas, la simbiosis de Manolete con el pueblo resulta completa. Porque no será ya solamente una figura grandiosa dentro del brillo de la Fiesta —que llevó siempre prendida en su dramática bandera dos nombres, hasta que con su llegada comienza a ser el único, el indiscutible, el «Monstruo», y a lograr que la afición se olvide del toro—, sino que va a trascender del entorno meramente taurino para convertirse en un héroe auténticamente popular. En las cien mil personas que siguieron en Córdoba su entierro no estaban representados únicamente el millonario que ocupa su entrada de barrera ni el aficionado que llena el tendido de «los sastres», ni el público altoparlante de la grada de sol, ni aun el famoso y enriquecido ganadero o el mayoral de la bota



rio dolor, oscuramente com-
partido. El pueblo elige así
a sus héroes, hipnotizado
no sólo por el resplandor
mágico de su vidas, sino tal
vez, y sobre todo, en este
caso, por la aureola sublime
y la hermosura trágica de
una muerte. Y, sin embargo,
la gran personalidad de Ma-
nuel Rodríguez como hom-
bre y como torero eclipsó,
sin duda, su extraordinario
mérito como «matador de
toros». Porque Manolete eje-
cutaba la suerte suprema
con pureza, echándose enci-
ta, y ma y mojándose los dedos,
is donde fue cogido mortalmente por
del agua «islero» en ese momento en
os pintos que pueden morir torero o
de las pinto. Pero alguien había di-
estudiar la plaza sólo por ver cómo
de hacia el paseillo.» Para ser
ados por un torero de leyenda se con-
titudine citaron en él todos los con-

dicionamientos favorables:
sus duros comienzos de
«maletilla», su peregrinaje
por plazas de pueblo con
fondos de Ayuntamiento y
torres altas de iglesia; su
nombre en el cartel de Feria
de las viejas ciudades, don-
de la gente va todavía a los
toros en calesa; su muerte
en acto de servicio, como
los grandes maestros anti-
guos, que llevaron su peri-
pecia vital a la pena negra
del romance y al lamento
dolorido de la canción. No
era necesario espantarle el
miedo —ese sentimiento
que domina el trasfondo del
subconsciente en casi todos
los hombres que visten el
traje de luces— porque fue
símbolo de la responsabi-
lidad, que, por encima de
cualquier otro movimiento
de su ánimo, presidía su en-
trega. De este modo, más

que como amuleto o supers-
tición, llevaba siempre como
memoria y presencia de
amistad —la de su íntimo
el actor de cine Gilbert Ro-
land— un anillo de oro con
esta inscripción: «Hijo mío,
no tengas miedo.» Con este
bagaje de por vida anduvo
el hombre ímpio, honrado
y escueto que era Manolete.
Los medios normales de in-
formación vertían constante-
mente sobre los diversos
estados de opinión —no nos
gusta el concepto de opi-
nión pública por su proyec-
ción monolítica— un rosario
innumerable de anécdotas,
que entraban y se fundían
en el pulso del pueblo. A ve-
ces era la noticia de sus ho-
norarios —hasta medio mil-
lón de pesetas, cifra no
igualada y fabulosa por en-
tonces—, con los que con-
tribuía, de paso, a aumentar



EL PUEBLO



los de sus compañeros de
profesión; a veces la de sus
actuaciones en Venezuela,
donde desde días antes los
aficionados dormían en las
colas formadas ante las ta-
quillas; a veces la de su pre-
sentación en Méjico—extra-
ordinaria, tumultuosa—,
donde hubo reyertas y heri-
dos —e intervención del Go-
bierno—, donde llegaron a
pagarse hasta cinco mil pe-
sos por una barrera cuyo
precio no ascendía a los
cien, donde fueron frecuen-
tes las manifestaciones en
favor de España en circuns-
tancias políticas no favora-
bles para nuestra Patria,
donde las peticiones de au-
tógrafos adquirieron caracte-
res tan alarmantes que hu-
bo de encargarse un sello
de caucho con la firma del
diestro y despachar las soli-
citudes durante la noche; a
veces era la llamada desde
Hollywood —meca del cine—
para torear de salón
ante las más famosas figu-
ras del celuloide americano.

El espíritu del pueblo no
es otra cosa que la vida en
comunidad encuadrada en
situaciones históricas, pero
marcada, decisiva y operan-
temente, por la persona in-
dividual. Y así, en esa par-
cela, Manolete —hombre—
estaba influyendo y hacién-
dose sustancia con el pue-
blo. Aún había más: tenía
pensada su retirada para
1948, organizando doce o ca-

torce corridas a beneficio de
instituciones de caridad, y la
última, en Barcelona, para
el de su propia cuadrilla.
Años antes tenía el cuerpo
cosido de cicatrices, y tal
vez el espíritu cansado de
lucha. O acaso de desenga-
ños por resquemores y re-
sentimientos, esas pasiones
deprimidas derivadas de
conciencias de inferioridad
que se levantan invariable-
mente contra los hombres
superiores en todos los ór-
denes. Ya no faltaba nada
para la gloria del maestro.
Sólo la muerte en romance,
que él buscaba o presentía,
conduciendo su propio auto-
móvil hacia la tarde trágica
de Linares, y hacia su plaza
de provincia, plaza de la
grada, donde el botijo pan-
zudo o la grávida bota, he-
cha ya legendaria para
siempre. Por entonces había
rodado en Méjico la primera
gran película de toros con
Barbáchano; había escrito
su vida —la del hombre y
la del torero— Quiroga
Abarca; había dicho en su
honor un crítico famoso:
«Nunca ha existido un tore-
ro de tanta elegancia»; ha-
bía cantado Agustín de Fo-
xá: «Yo saludo al torero
más valiente del ruedo»; ha-
bía pintado su retrato, con
tristeza de sauce, Vázquez
Díaz, el de los grandes te-
mas nacionales. Pero todo
esto podía ser amena y bri-
llante literatura. Y tenía que

surgir, como la alondra del
surco mañanero, como el
borbollón debajo del pino
verde, el ribete de oro del
romance.

Yo no sé si le llevaron a
hombros los mineros, que
saben los secretos de las
hondas profundidades de la
tierra. Pero el verso de
Adriano del Valle —«Córdo-
ba, al velar tu sueño, vela
al mejor de sus hijos»—,
recitado en uno de los home-
najes en vida, se hizo paté-
tica verdad. Córdoba tejó
su traje de luto para recibir
el cadáver de Manolete, so-
bre el que campeaba la Cruz
de Beneficencia, otorgada
por el Gobierno español.
Córdoba, en ese momento
cercano y entrañable, con
los niños toreros de los ba-
rrios populares, las mujeres
de la plaza del Potro, las fló-
res del Cristo de los Faró-
les, las mantillas de blonda,
la tristeza nostálgica y eter-
na de sus patios dormidos.
Yo sé que hay mucha gente
que no ha vuelto a los toros
desde aquella tarde de Lina-
res, desde aquel entierro de
Córdoba. Y quiero dejar aho-
ra las invocaciones de los
famosos poetas y oradores,
como en la estrofa manri-
queña, para arrancar de mi
terno de aficionado el rojo
clavel de la solapa y arrojar-
lo, con estas líneas de mis
prosas sencillas, a los pies
de la inolvidable sepultura
de Manolete, en Córdoba la
llana.

Contemporáneos de MANOLETE

**Evocan
la figura
del
«MONSTRUO»**



JUAN MARTIN



**«Tenía mucho valor,
una gran personali-
dad y una confianza
ciega en su concep-
to del toreo»**

Don Luis Miranda, empresario de Granada y Albacete, nos da su opinión sobre el «monstruo» de Córdoba:

—No debiera ser yo el indicado para emitir un juicio sobre MANOLETE, porque habiendo sido furibundo partidario suyo, en su doble faceta torero-persona, todo lo que dijera habría de ser tan extraordinario que tendría que recurrir a una pluma excepcional para que plasmara debidamente mis expresiones de admiración hacia figura tan señera.

Aunque es imposible decir nada más ni nada nuevo, repetiré que Manuel Rodríguez MANOLETE fue verdaderamente —no como ahora se dice por rutina de casi todos— un torero de EPOCA. Porque yo entiendo que se marca una época en el toreo cuando éste se revoluciona modificando algo importante en su normal desarrollo. MANOLETE puso en práctica la técnica de la «quietud» y del «mando» y hoy en día, y durante mucho tiempo, el toreo sigue y seguirá fun-

LUIS MIRANDA

«Si siguiésemos su conducta, el mundo de los toros tendría un futuro más claro y prometedor»

«¿Se ha logrado superar su interpretación de la suerte suprema?»



damentándose en el imperio de esa técnica aludida.

—¿Qué ha sido lo más destacable en MANOLETE?

—MANOLETE fue un torero completísimo, ya que su personalidad tenía con el capote, maravillaba por su dominio con la muleta. Pero, ¿y su interpretación de la estocada, de la suerte suprema? ¿Se ha logrado superar? Fue además un torero con valor sobrado para tan arriesgada profesión. Torero apasionante, torero de entrega constante y absoluta, hasta demostrarlo de manera cruenta.

—¿Como persona?

—Como persona, sus virtudes supera-

ron cualquier pequeño defecto. Fue un buen hijo, un buen patriota, honrado a carta cabal, honesto y caritativo. Huelga recordar hechos que él protagonizó y que avalan las condiciones antes dichas, condiciones que me sugieren una idea para conmemorar el XXV aniversario de su muerte. Esto es, hacerme —hacerme a nosotros— el propósito de seguir su ejemplar conducta, por que no cabe la menor duda de que, si así lo hiciéramos, nuestro MUNDO y el MUNDO DE LOS TOROS tendría un porvenir más claro y prometedor del que, por ahora, se vislumbra.

y necesita, y no verse sorprendido por un cambio de dirección que causaría una cogida inevitable.

Frente a estas dos razones surgió Manolete, y demostró que con el cuerpo verticalmente erguido y la muleta colocada detrás o en su mismo nivel podía aguantar la embestida del toro viéndolo venir y dejándolo llegar al engaño, para después, con pausado ritmo del brazo, llevarlo toreado sin enganchar hasta el límite de su despegue y aún poder alargarlo algo más con un ligero «toque» de muñeca en el último momento del pase.

Me honro de la gran amistad que me unió al malogrado diestro

CARLOS URQUIJO

«Fue la más relevante personalidad de su época. Creador de una escuela con formas nuevas de ejecutar el toreo»



CON TODOS LOS TOROS HACIA LO QUE PODIA Y, A VECES, MAS DE LO NECESARIO»

Don Carlos Urquijo, prestigioso ganadero que conoció de cerca la andadura taurina del diestro evocado, nos dice:

—Fue la más relevante personalidad de su época; creador de una escuela con formas nuevas de ejecutar el toreo de muleta. Supo medir las distancias, cruzándose con los toros y poniéndose a la distancia conveniente. Para su forma de hacer y agradar al público, distancia o sitio que él descubrió, muy difícil de llegar y mantenerse en él.

—¿Mejor los toros de ayer que los de hoy?

—Los toreros de hoy tienen que aprender de Manolete; su total entrega todas las tardes, con todos los toros, siempre daba de sí todo lo que podía y, algunas veces, más de lo necesario.

—¿Qué suerte destacaría más en el toreo de Manolete?

—Fue bueno con el capote en los últimos años. Con la muleta y la espada lo fue siempre.

—¿Fue el mejor de sus tiempos?

—Sí, fue el mejor de toda época. Es el tiempo y no los humanos el encargado de decirlo.

JUMILLANO

«Su categoría es comparable a la de Joselito y Belmonte»



«NINGUN OTRO TORERO HA TENIDO TANTA PERSONALIDAD»

El hoy empresario don Emilio Ortuño «Jumillano» era entonces —en la época de Manolete— aspirante a torero. Por eso, quizá, siguió con más interés la gran figura del espada desaparecido en Linares.

—¿Usted le conocía?

—Sí. Como persona era excelente. Y nada serio cuando estaba en privado. Al contrario, se reía con todo el mundo.

—¿Y como torero?

—Su categoría es comparable a la de Gallito y Belmonte.

—¿Qué destacaba en él?

—Su personalidad. Ningún torero después la ha tenido en tan alto grado como él la tuvo. Yo puedo hablar porque, aparte de en la plaza, le vi en tentaderos muchísimas veces. Mere-

cia la pena pagar sólo por verle hacer el paseillo.

—¿Qué tenía en el paseo?

—Una seriedad, una majestuosidad, lo bien vestido que iba... En fin, todo.

—¿Cómo torero, ¿era completo?

—Desde luego. Manejaba bien tanto el capote como la muleta y la espada. En banderillas, no; pero tenga en cuenta que han sido contrariedades las figuras que han sido grandes banderilleros. Con el capote tenía una media verónica excelente. Con la espada se tiraba a matar a puro volapié, y de ahí le vino la muerte, y con la muleta nadie ha superado sus pases por alto.

Jumillano ha hablado de Manolete con seriedad y sin exageraciones.

como ejemplo, a una que recuerdo con excepcional emoción. Fue en la Feria de Abril sevillana del año 1945, con un toro de Villamarta:

Se le arrancó de lejos y tan impávido estaba Manolete y tan quieta su muleta, que el toro, quizá sorprendido como ante una estatua, se frenó un metro antes de llegar a él.

Manolete, en ese momento angustioso y difícil para cualquiera, como si no tuviera el peligro al filo de sus alamares, movió con majeza el brazo izquierdo para encajarse la chaquetilla.

Advertí entonces, con espanto, que el toro se fijaba en él. Fueron unos segundos de in-

crefble tensión, de «suspense», como se dice ahora, pero en ese instante preciso el monstruo movió la muleta y el toro arrancó a ella noblemente, sacándosela limpiamente por el rabo.

Es indudable que para hacer esto es necesario tener muchísimo valor, una gran personalidad y una confianza ciega en su concepto del toreo.

Algo de la máxima importancia me queda por decir de Manolete, y ello es que fue un gran ejecutor de la suerte su-
prema.

Vaya mi recuerdo cariñoso y emocionado a tan gran torero y excelente amigo.

Testigo de excepción de aquella época como apoderado de Arruza

«COMPITIO CON TODOS LOS TOREROS, PERO NUNCA PERDIA», afirma

ANDRES GAGO

«Demostró que se le pueden cortar las orejas a casi todos los toros...»



Testigo de excepción de la competencia Manolete-Arruza. Andrés Gago nos contesta desde Rota, donde veranea. Andrés Gago fue descubridor y apoderado de Arruza durante toda la gran época de Manolete. Él, por tanto, puede hablar. Él lo vivió todo.

—Vamos a ver, don Andrés, ¿qué significó Manolete en el toreo?

—Fue una gran figura, que llenó toda una época.

—¿Tuvo competencia con alguien?

—Compitó con todos los toreros de su época, y muy especialmente con Carlos Arruza.

—¿Y ganó, o perdió?

—El nunca perdía.

—¿Qué destacaba de su personalidad?

—Su hembra y su sencillez. Era un hombre extraordinario.

—¿Con qué fue mejor, con capote, con muleta o con espada?

—Con las tres cosas se salía de lo corriente, y a las tres las imprimía su personalidad.

—¿Cómo era personalmente?

—Era un gran amigo.

—¿Hay alguna anécdota que puede reflejar su manera de ser?

—Toda su vida fue una hermosa anécdota.

—¿Era consciente

de su valía? ¿Cómo reaccionaba ante los halagos?

—De una forma sencilla, sencillísima. Rebosaba modestia por todas partes.

—¿En qué medida se nota su influencia en el toreo actual?

—Bueno, él demostró que a la mayoría de los toros se les pueden cortar las orejas.

—¿Qué deben aprender o imitar los toreros jóvenes de él?

—La responsabilidad que tenía ante todos los públicos.

—¿Cuál fue la mejor época de Manolete?

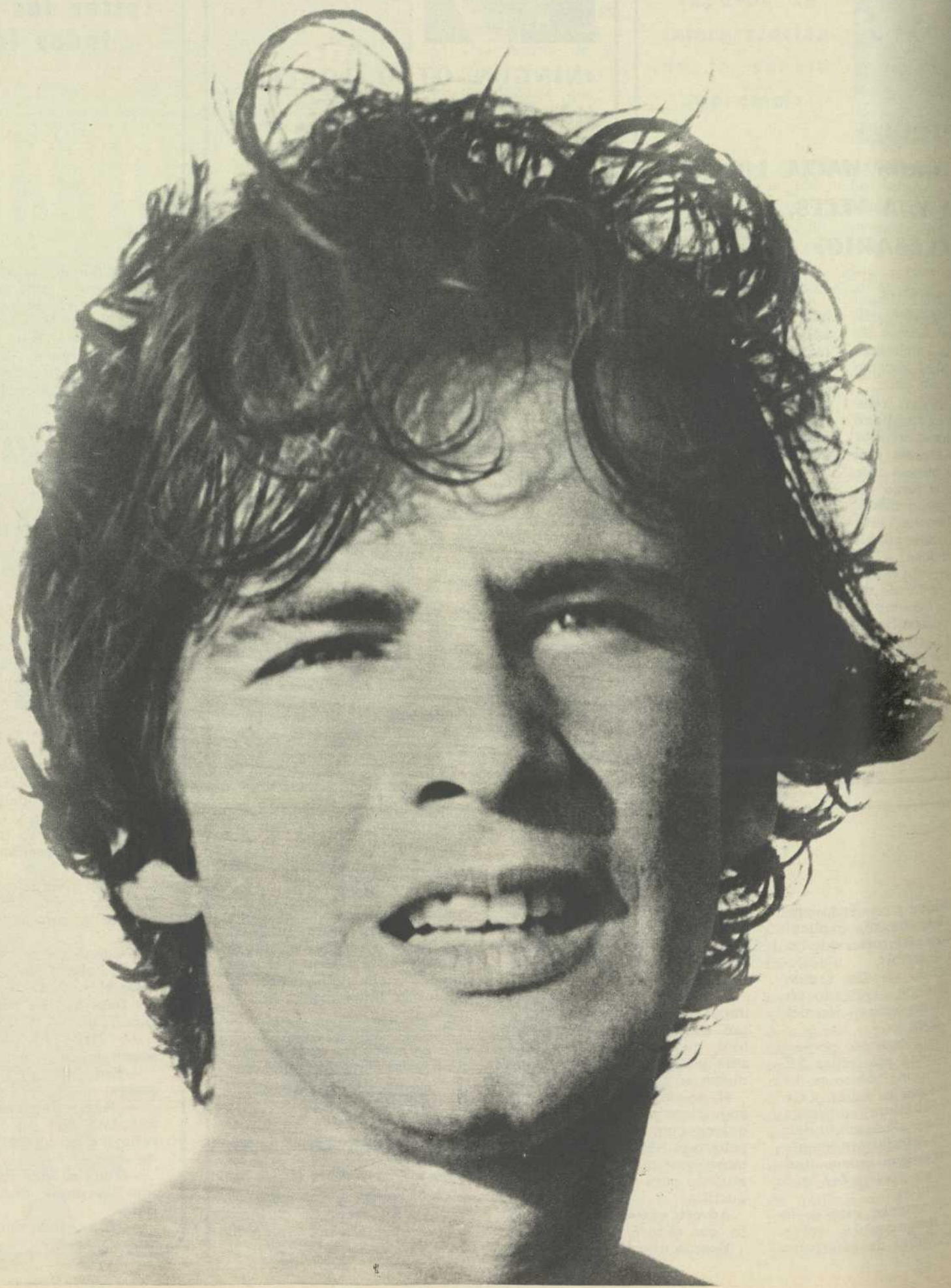
—A mi modo de ver, dentro de que toda su época fue buena, se superó hasta límites increíbles, durante la temporada de 1945.

—¿Tenían razón los que le atacaban? ¿La tienen los que le atacan ahora?

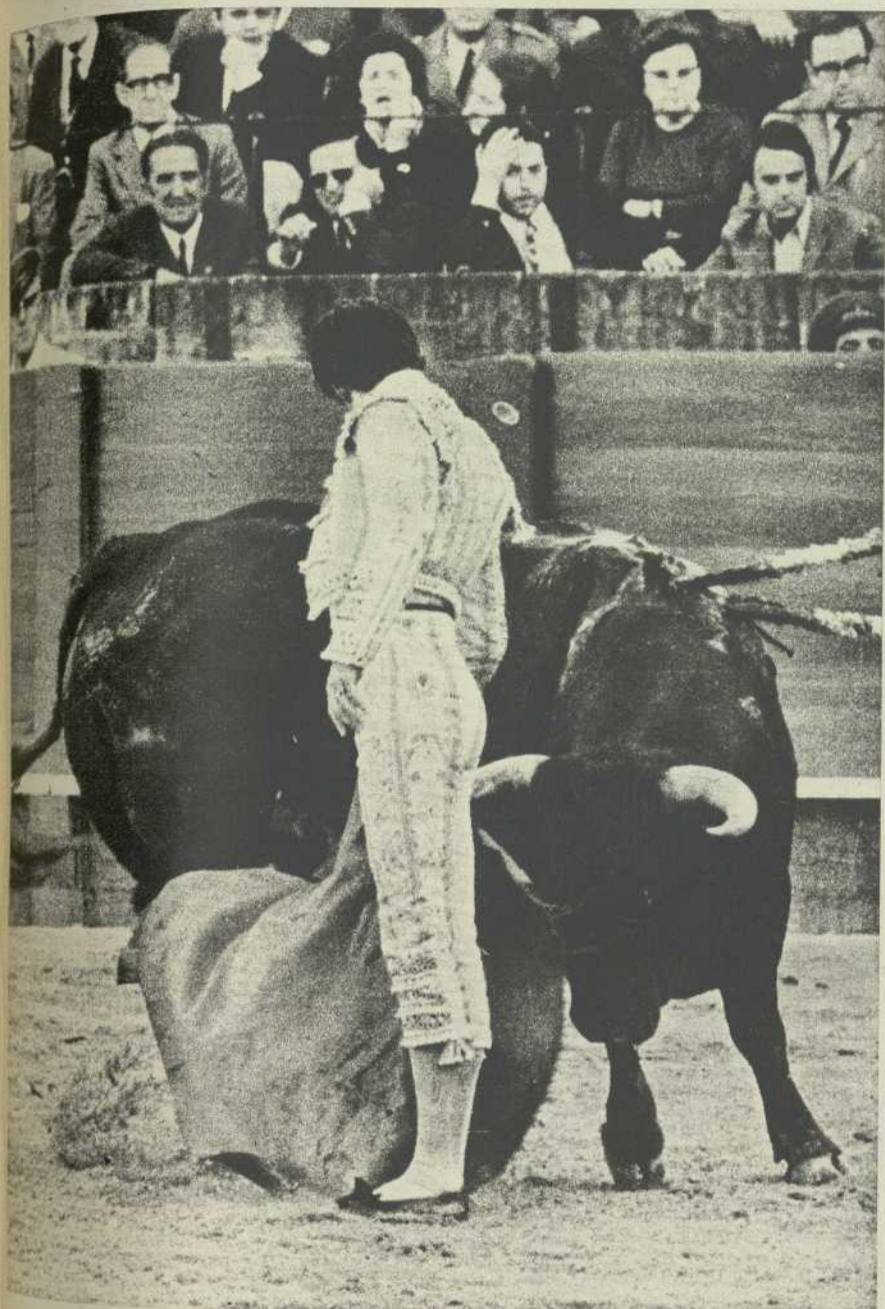
—Ni la tenían antes ni ahora. Manolete no dio, ni en su profesión ni en su forma de proceder, motivos para que le atacaran.

Así habla un hombre que vivió muy cerca el quehacer de Manolete. Y eso que teóricamente estaba en el lado contrario: en el de Arruza. Pero entonces no había bandos. O, en el peor de los casos, la estrella de Manolete los convertía en uno solo: en el suyo.

EL ARTE DE ANGEL TR



TRUQUEL SE DESMELENA



7 corridas
19 orejas
y
6 rabos

EN SU SEMANA GRANDE

SUMA Y SIGUE...

A la memoria de Manuel Rodríguez «Manolete»

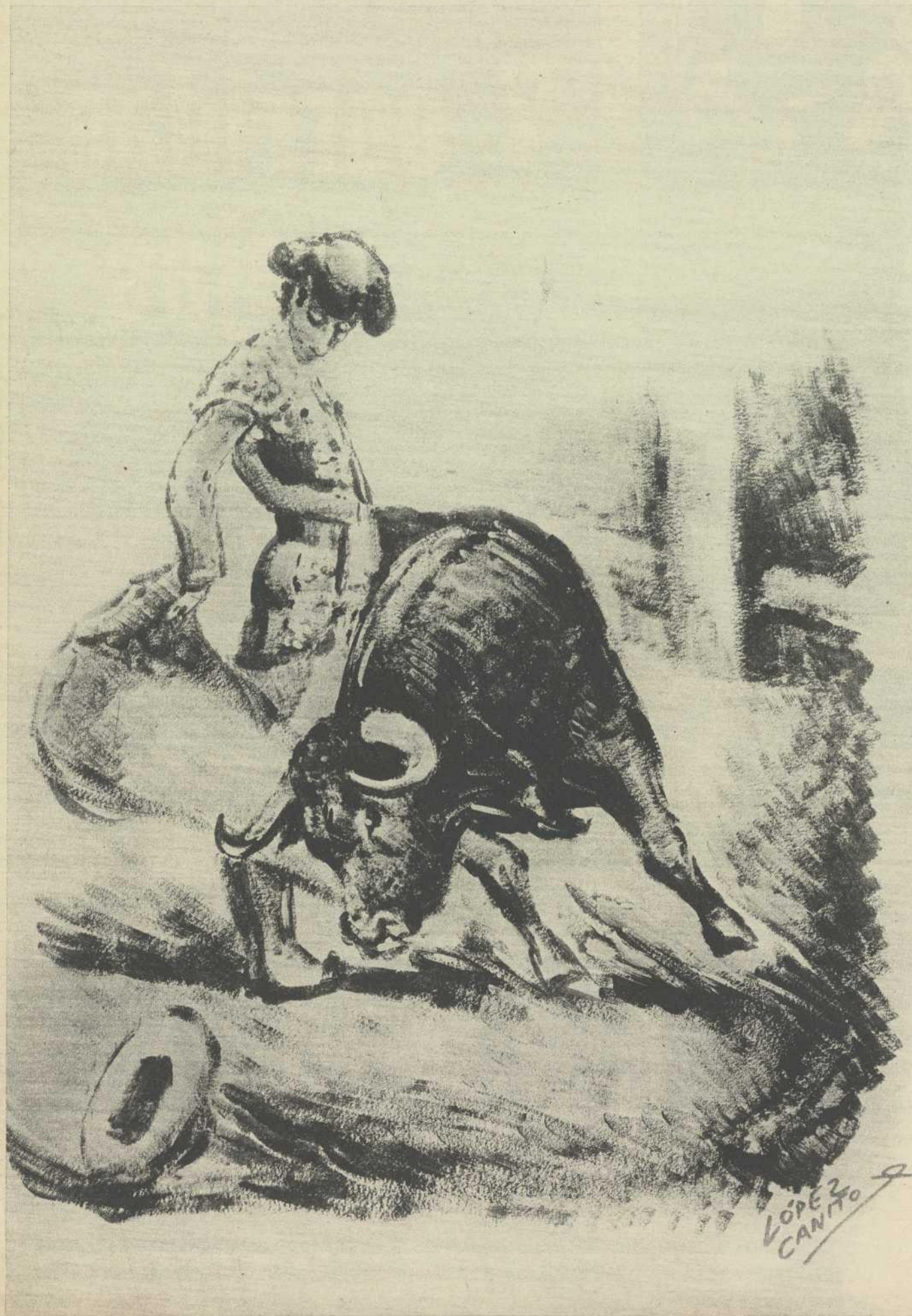
Por Adriano DEL VALLE

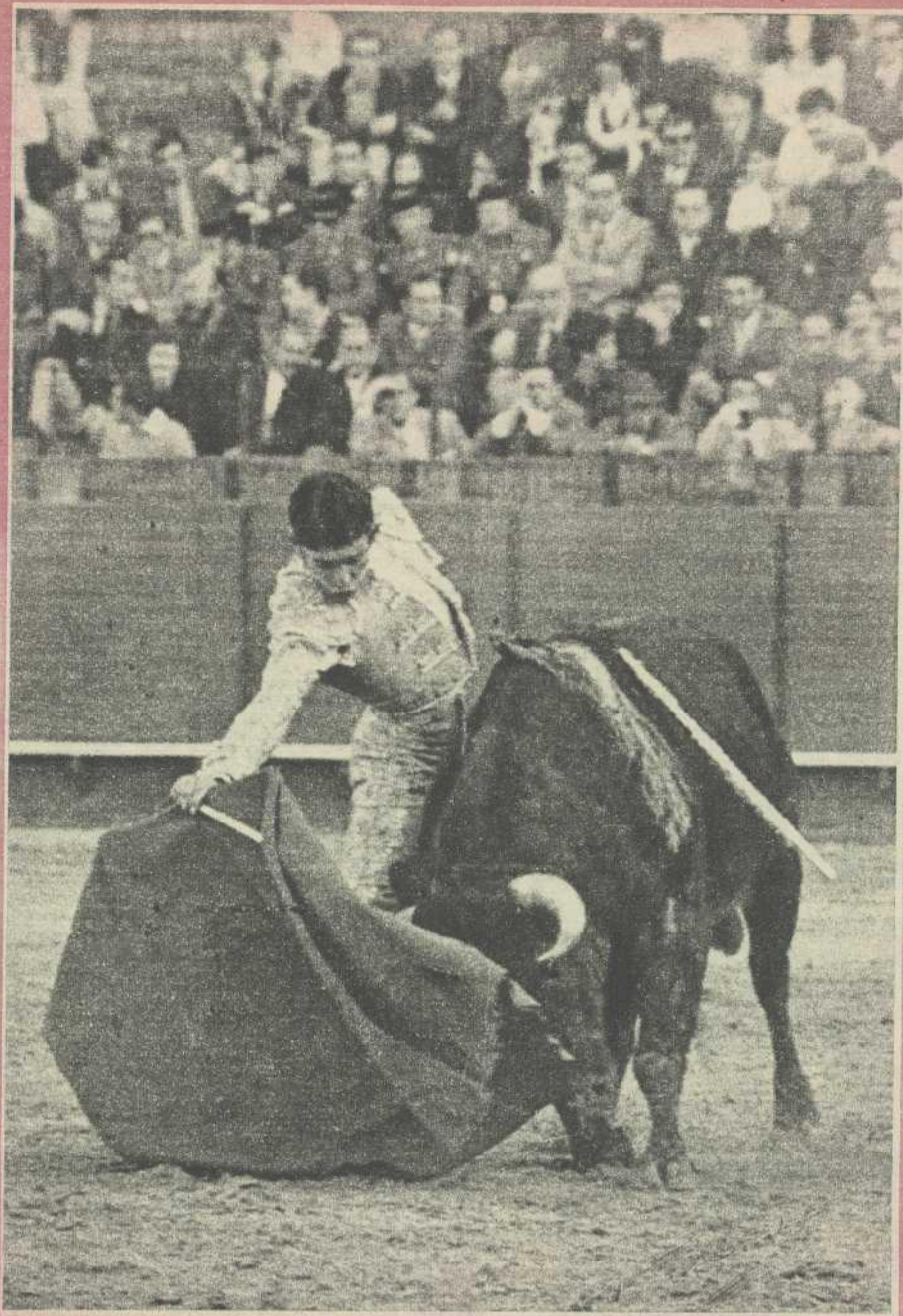
Feria de agosto en Linares.
Minas entre el olivar.
De la vacada más negra
seis toros se lidiarán,
llegados de las marismas
al filón del mineral.
Plomo que quiere ser plata,
rastrojo que fue tragal...
Las amapolas segadas
rojo epitafio serán.

¿Dónde estás. San Rafael,
que en el tendido no estás,
por si le llega al maestro
la hora de la verdad?
La moneda está en el aire,
aire de fatalidad.
A cara o cruz, la estocada
o la cornada mortal.
Y ambas llegaron a un tiempo...
¡Qué valor profesional!
—Sí, Manuel, de tu estocada
murió el toro y su maldad...
—Sí, las crejas te dieron,
y el rabo, y la eternidad...
Sangre, más sangre; sus venas
sin sangre quedaron ya...
Y Alvaro Domecq te llora,
¿quién no te supo llo...?
¡Ay, de mi Alhambra perdida,
ay, sus bosques de arrayán!
¡Lágrimas de Boabdiles;
ay, españoles, llorad!
Que muriendo un gran torero
murió un español cabal,
asombro de las Españas,
de aquende y allende el mar.
Quien así perdió su vida
ganó su inmortalidad;
Manuel, España te llora...
Muerto, serás inmortal,
rojo clavel fue tu hombría,
alta corola tu faz,
flor de varón derramando
varonil serenidad;
ciprés de ermita cristiana,
que el tiempo sintió pasar
—Córdoba, romana y árabe,
transida de eternidad—,
y casi alcanzando el cielo,
tu arrodillada humildad
a las aves daba sombra
con su frescor vegetal;
que así, Manuel, derramabas
tu callada caridad.
¿De oro y rosa ibas vestido?
No alamares, sí, un rosal;
dalias, pero no bordadas,
deshojadas al azar,
entre lirios y alhelíes,
con rocío matinal.
¡Qué triste salida en hombros!
¡Qué traje de torear,
blanco, sin luces doradas,
con luces de funeral!

BRINDIS POSTUMO

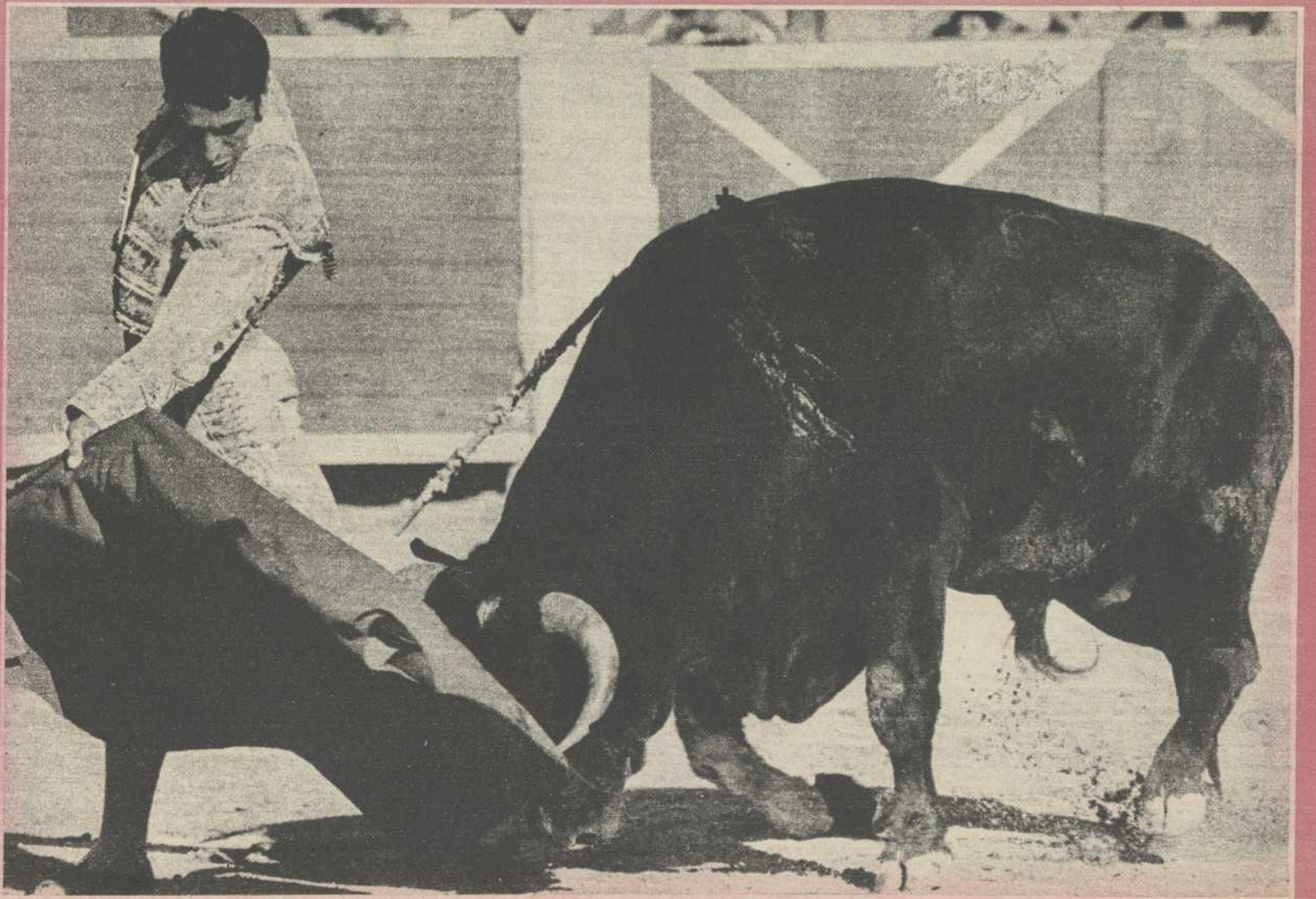
Cuando saliste a la plaza
como un sol en su apogeo,
siendo cumbre del toreo
lo eras también de tu raza.
Hoy la muerte te desplaza;
pero emplaza el hecho cierto
de tu recuerdo despierto,
que mantendrás en la lid
para ganar, como el Cid,
batallas, después de muerto.





Antonio ROJAS

**Un nombre que
compendia todo
cuanto significa
el toreo**



Manolete está en la pared del bar. Manolete está en el cuarto de estar, a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo. Manolete está en la biblioteca. Manolete está en el llavero del señor Sanz Domínguez. Manolete estuvo, y sigue estando, en todas partes de la vida y milagros de don José Antonio, dueño del bar madrileño Las Diez de Últimas y ganador de este concurso televisivo, por saber más que nadie del monstruo de Córdoba.

—¿Fue un millón, no?
—Sí. Un millón.
—¿Bien invertido?
—Con el dinero fresco me fui a Córdoba. Estudié más todavía sobre Manolete, y me traje una colección impresionante de fotos sobre su vida. Las fotos me sirvieron para un libro que escribí para la

—En absoluto, nunca podrá estar en segundo plano. Tampoco se pueden hacer comparaciones con los toreros de hoy. Era absolutamente diferente a todos. Con todos sus defectos, pero aparte.

—Ha citado los defectos de Manolete. Siga hablando de ellos.

—Los defectos... Eso es muy largo. Lo que sí puedo decirle es que había muchos que le tenían envidia porque alcanzó una posición única haciendo el toreo, si usted quiere, menos bonito que los demás...

—Ahora hay una campaña diciendo sobre Manolete que si toros afeitados, que si perfil, que si codilleo...

—Bueno, ahora el cincuenta por ciento de la crítica, par lo menos, no entiende de toros...

—Quizá no será que han supervalorado a Manolete, y ahora viene la rebaja...?

—Bueno, se ha tergiversado mucho sobre Manolete. En 1947 —y volvemos con esto al hilo de la conversación— la Prensa le atacó mucho, no sé si con razón o no... Quizá en 1947, por falta de facultades físicas, Manolete dejó de ser un poco Manolete... El público también le chillaba. Era aquél un público raro, en el que había muchos "estraperlistas", con un dinero ganado fácilmente por la canti-

dad y la rapidez, aunque difícilmente por la exposición.

—¿Tuvo competencia Manolete? ¿No ocurría en su tiempo en el toreo lo que ocurre ahora con Merckx en el ciclismo?

—No tuvo competidor. Los inventaron. Ni Pepe Luis, ni Arruza, ni Luis Miguel. Los fueron inventados porque él necesitaba una competencia, de la que hubiese salido muy beneficiado, ya que habría descargado el peso de la púrpura, en parte, en el otro. Al no tener competidor era él el

que cree que puede hablarse de competencia entre dos toreros que han torado once corridas juntos en cuatro temporadas? ¡Vaya competencia! Once corridas nada más. La primera, en Almería, en cuarenta y cuatro, y la segunda, la trágica de Linares.

—¿Acaso era torero competencia Luis Miguel? (Lo digo en el caso de que hubieran torado mucho juntos.)

—Luis Miguel, según opinión particular, es un "aprovechao" del toreo. Tuvo

Manolete, analizado por su mejor biógrafo

JOSE ANTONIO SANZ DOMINGUEZ



GANADOR DEL CONCURSO "LAS DIEZ DE ULTIMAS"

«PUEDO DESHACER SU LEYENDA»

editorial Vergara, con la que a hora ando en pleitos por ciertas cosas. Me pidieron ciento cincuenta holandesas y les mandé más de trescientas.

—¿Es verdad que sabe más que nadie sobre Manolete?

—Eso dicen. Eso han escrito. Pero yo le digo a usted una cosa: lo que sé es porque lo he leído. Esto quiere decir que, si lo he leído, otros lo han escrito antes. Quizás esta acusación ya me la han hecho: "Usted juega con ventaja porque ha cogido lo de todos..."

—Señor de televisión: ¿Usted es aficionado a los toros o a las biografías?

—Soy aficionado a las dos cosas. Voy a las plazas desde muy pequeño.

—¿Por qué, precisamente, Manolete?

—Porque le admiré mucho, porque era el ídolo de mi juventud y siempre me interesó.

—¿Cree que Manolete se ha quedado ya en segundo plano?



que tenía que triunfar todos los días ante todos los toros... Y le voy a decir algo: ha sido el torero de mayor porcentaje de triunfos. Un noventa por ciento, aproximadamente.

—¿Por qué no tuvo competencia?

—Por su personalidad, por su valor, por su vocación, por su juego de muñeca increíble, por su quietud, por el respeto que imponía. Por todo.

—A usted se le puede pedir preguntar esto: ¿No ha sido un mito?

—¿Un mito? No. Ha ganado y sigue ganando batallas después de muerto.

—Analicemos sus competencias. Pepe Luis.

—Pepe Luis era un gran torero, pero las cornadas...

—Arruza.

—Arruza no pudo nunca con él.

—Y Luis Miguel, que ahora está diciendo unas cosas...

—Con Luis Miguel no hubo ni enfrentamiento, aunque Dominguín lo buscó. ¿Usted

y tiene grandes condiciones Camarero pero su padre le enseñó un ejemplar de Manolete a ser malo del toreo. Imperó don Domingo el cariño de su padre y dejó a un lado el agua de aficionado. Algo parecido ha ocurrido con el Papa Nogueira y sus hijos...

—Hablemos ahora, si le parece, de un hombre fundamental en la vida de Manolete: Camarero.

—Manolete y Camarero eran casi una misma persona. Manolete lo unidos que estaban. Manolete respetaba mucho a Camarero José.

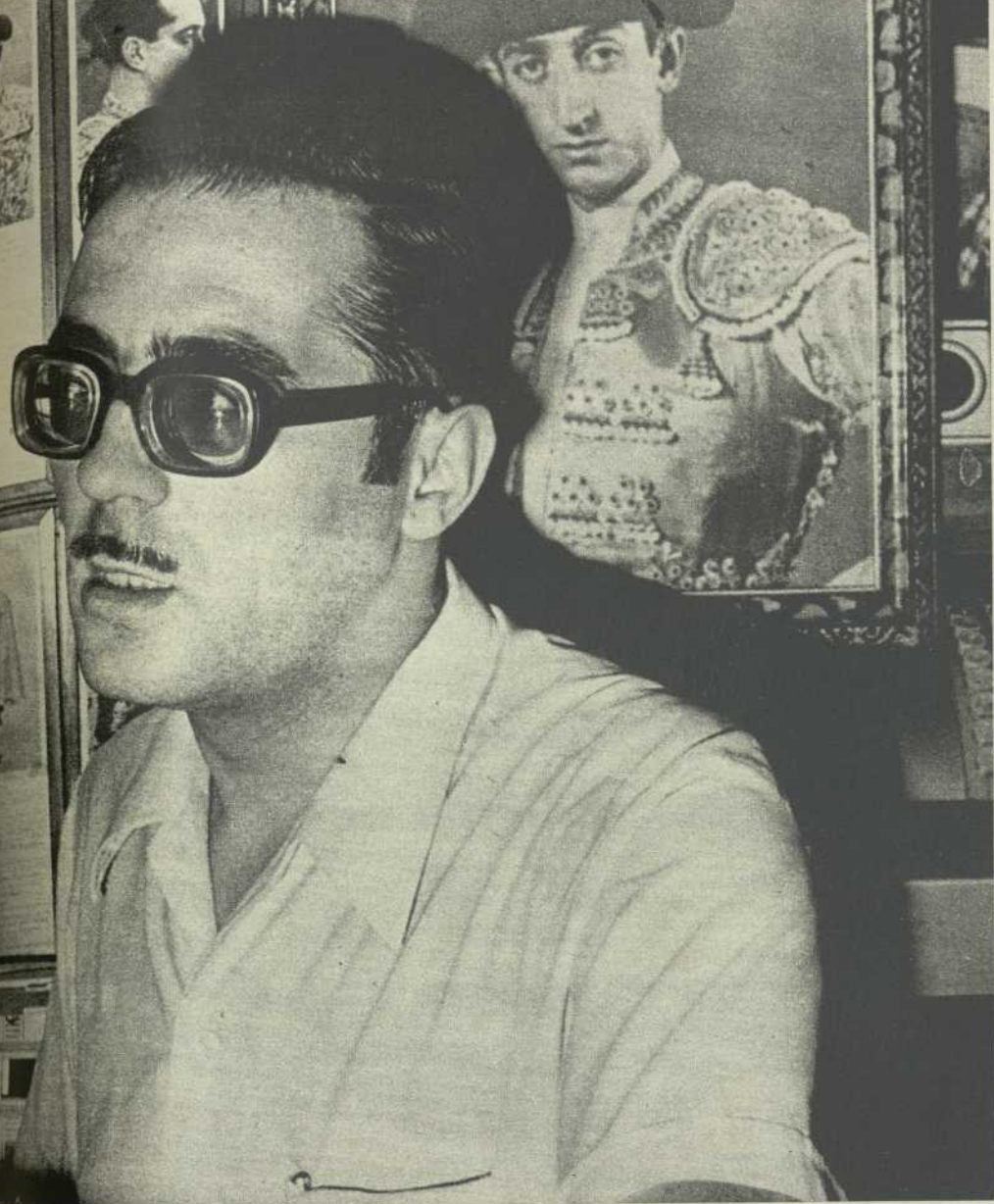
—¿Fue Camarero perjudicial para el torero? (Dicen que Camarero das las triquiñuelas y los puntos, los fines del toreo moderno en su traje Manolete por indicación de su apororado.)

—Perjudicial en un sentido no.

—¿En qué sentido?

—En culdarlo demasiado. Siempre las figuras se cuidan y siempre se cuidan. Pero Manolete toró las corridas grandes que tenía que torarlas. Yo

do
af
blarse
dos to
once
atro te
compa
nada m
ería, en
y la
inara
orero
Miguel
so de
mucho
según
r, es
reo. Tu
Z
SO
D



★ «Es el torero con mayor porcentaje de éxitos de toda la historia. Triunfó ante el noventa por ciento de sus enemigos»

★ «Con Luis Miguel sólo toreó once corridas en cuatro temporadas. ¿Quién ha hablado de competencia?»

★ «El Manolete de 1947 dejó de ser un poco Manolete»



★ «Camará le cuidó demasiado. El podía haber llegado a más»

IDA NEGRA EN CUANTO QUIERA»

ndiciones Camará —y vamos a po-
enseñó un ejemplo— llevó a Ma-
mperó a sesenta por hora, en
ño de par de a noventa, que era
lo el al... velocidad que podía ha-
parecía aguantado perfecta-
mente.
Papa...
—Y en los demás senti-
a, si le p...
re fun...
de Ma...
nará er...
rsona, p...
van. Ma...
cho a...
perjudi...
en que...
is y es...
derno...
indicac...
m senti...
o?
lemas...
as se...
se cu...
se tor...
les de...
Yo...
cómo se comportaba

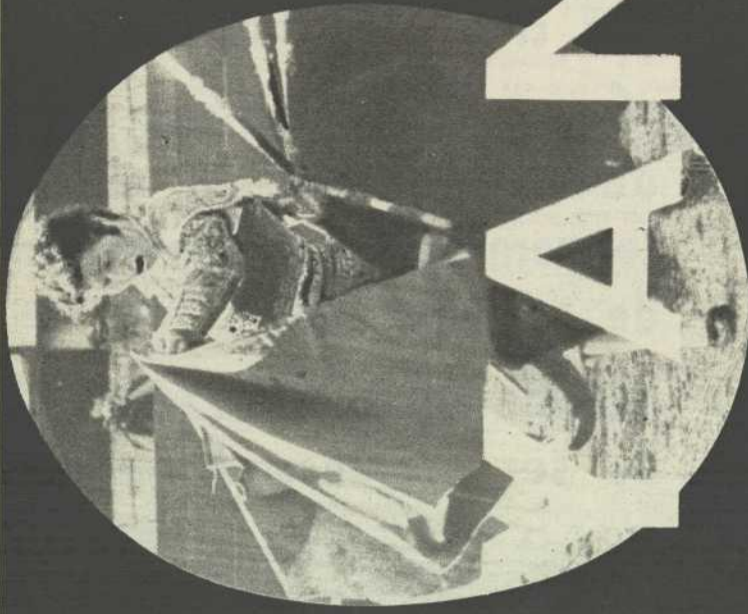
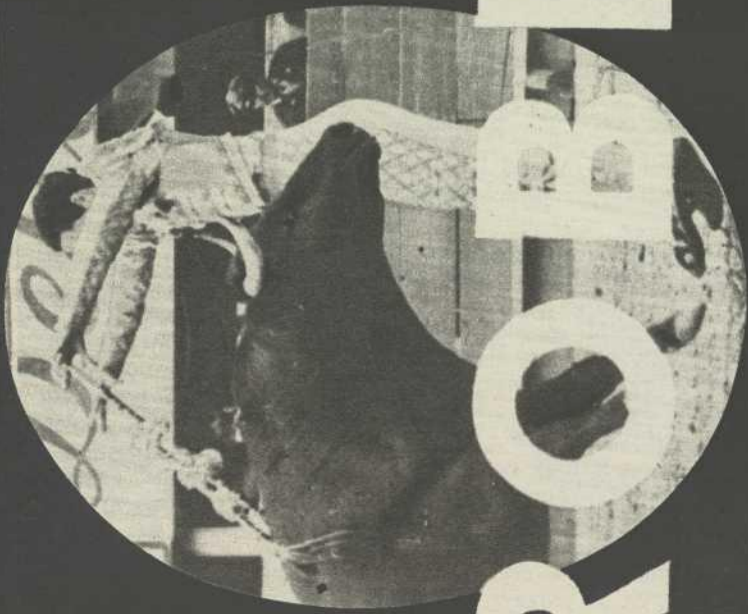
con los compañeros?
—Bien. Que hablen los contemporáneos Manuel Martín Vázquez, Antonio "Bienvenida", etcétera. Que hablen todos.
—¿No vetó a ninguno?
—Hubo un conato de veto contra Luis Gómez "El Estudiante", pero no llegó a cuajar. Lo inició Camará más que él.
—¿Y tenía "tirón" Manolete?
—Sí, mucho.
—¿Más que El Cordobés?
—Ya lo creo. Cien por cien más. No olvide que el día que se presentó El Cordobés en Madrid sobraron entradas. Yo tenía una y no la pude vender.
—¿Elegía Manolete los toros?
—Tenía preferencias, como todos. Y las hacía valer. Manolete necesitaba toros de embestida pronta.
—¿Eran iguales todas sus faenas, como ocurre con los toreros de ahora?
—Casi sí. Eran muy parecidas. Manolete era un torero corto de repertorio, pero

muy jargo de calidad.
—Hablemos de su toreo. Hablemos de su capote.
—Terminó toreando muy bien con el capote, dentro de su estilo sobrio y estoico.
—Hablemos de su muleta.
—Digamos que era su fuerte. Nunca perdía terreno. Iniciaba las faenas con unos estatuarios, que nadie ha sabido repetir después; con los codos pegados al cuerpo. Tanteaba por el pitón derecho y después toreaba exhaustivamente por el izquierdo. Así, el derecho se mantenía casi virgen para poder entrar a matar a ley.
—¿Acaso no fue, de verdad, su fuerte la espada?
—Efectivamente, fue un gran matador, pero también un gran muletero. Fue tan bueno en una cosa como en otra.
—¿Qué cosa se podría decir de Manolete ahora mismo? ¿Qué se le ocurre?
—Diría que Manolete fue el mejor en una época de grandes toreros. ¡Menuda plantilla tenía encima! Ahora mismo puedo citar vein-

te nombres que cada uno de ellos, en la actualidad, sería más figura que las figuras de hoy... Con decir eso ya es bastante.
A veces pienso que Manolete tiene que escuchar algo de esto. Son tantos los retratos, las miradas, las tristezas...
—¿Cuánto tiempo lleva coleccionando cosas del de Córdoba?
—Desde los doce años. ¡Dios sabe lo de horas que he invertido en esto!
—Miramos en derredor y vemos a un Manolete con una sombra de tristeza en los ojos. ¿Usted sabe cómo era realmente?
—Voy a hablar de Manolete fuera de la plaza. También impresionaba fuera de ella. Era muy comunicativo, pese a la fama que le crearon.
—¿Y en la plaza?
—Pues en la plaza tengo yo de él una infinidad de fotos en las que se está riendo.
—¿Sentimentalmente?
—Hombre, eso no lo sé...
—¿Tenía éxito con las mujeres?

—Todos los toreros lo tienen. Ya sabe la fuerza del traje de luces.
—¿Cuáles fueron sus grandes amores?
—Precisemos: su gran amor. Fue una muchacha de Córdoba, de la alta sociedad, que le rechazó.
—¿Era un torero moderno? Aclaro: toreros modernos son los que piensan poco en los toros y mucho en la vida de ciudad.
—No. Se entrenaba continuamente. Estaba mucho en el campo.
—De la legión de imitadores, ¿quién le imitó mejor?
—Posiblemente, Parrita.
—Uno nada más. ¿Tan difícil era hacer lo que hacía?
—Las pruebas están ahí. Cuando los demás no han podido... pese a sus esfuerzos, por algo será.
—¿Cuál era el secreto?
—Pararse tanto y tener una muñeca de prodigio. Ese juego de muñeca suyo...
Desde la foto más alta y más grande, Manolete parece que nos está dando las gracias. Serenamente, como siempre.

EL ARTE
se internacionaliza
de la mano de
UN TORERO GENIAL



ROBERTO AYAN



JUAN CALERO

TRIUNFADOR EN TODAS LAS PLAZAS



Próximamente confirmará su alternativa en MADRID
Y CONFIRMARA que es... TORERO
¡CALERO! ¡CALERO!

Confidencialmente, un poco avergonzado, le pregunté durante una corrida a Federico Alcázar, famoso crítico taurino:

—¿Soy un caso patológico? Cuando lo más granado de la intelectualidad llega a manifestaciones de idolatría por este torero; cuando despierta en las muchedumbres un fervor que no había existido nunca, hasta la fecha, con tal intensidad, me pregunto qué me pasa, pues no llevo a contagiarme del entusiasmo colectivo que motiva Manolete. ¿Puedes explicármelo?

Su respuesta fue así:

—Muy sencillo. Tu afición se formó hace tiempo, con otros toreros... y otros toros.

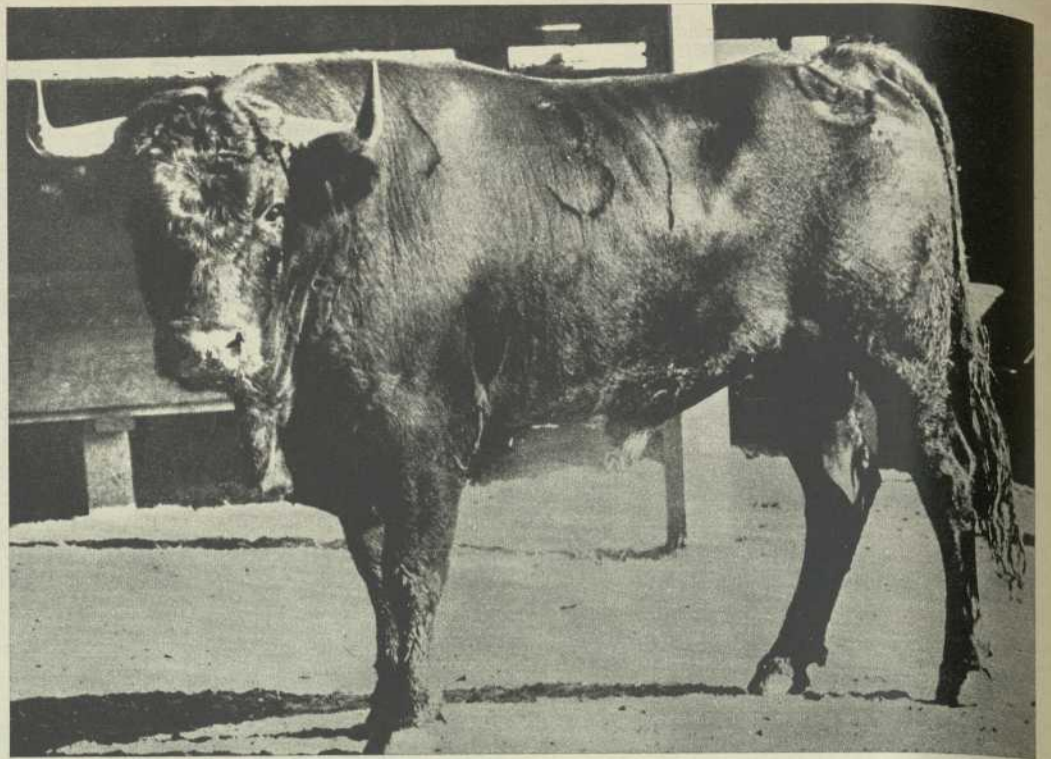
Según Ortega y Gasset, «hay tantas realidades, como puntos de vista. El punto de vista crea el panorama.» El mío debía estar marcado por el cúmulo de recuerdos, que se inician cuando, todavía un niño, «vestido de marinero», fui a ver la primera corrida de toros en Zaragoza. Los astados asustaban por su fuerza, por su resistencia al castigo. Mataban caballos. Por regla general, tenían mucha cornamenta. Tomaban las varas reglamentarias y esto facilitaba la lucha entre los espadas, que empezaban a labrar su triunfo desde la primera oportunidad, desde el tercio de quites, sacando al toro de la jurisdicción del varilarguero lo antes posible y, a veces, contra la voluntad del matador de tanda. El que sabía hacerlo, acumulaba puntos en banderillas —como Joselito, como Rcdolfo Gona, que clavaba los garapullos citando sentado en una silla—, para pasar a la faena de muleta y al desenlace de la estocada. Por entonces, casi todos los diestros eran «largos» de recursos. Entonces, que yo sepa, no se acudía a prácticas prohibidas para debilitar a los bureles, como las purgas, el traerlos a la plaza en cajones inclinados, de tal manera, que los bichos, apoyados incomodamente en los cuartos traseros, salen desrrñonados al albero. Mucho menos se efectuaba el «afeitado», que deja tan sensibles lo pitones, que el animal, al derrotar contra el percal, sufre y se encoge, y se acobarda. Y los ganaderos y técnicos, en transformaciones biológicas, no hacían sus selecciones al revés, es decir, buscando toros de cabeza cómoda, con la bravura imprescindible. Y no hay que decir que, en aquellos tiempos «toristas», las reses tenían la edad necesaria y daban el peso que el reglamento exige. Los Palhas, los Miura, los Veraguas, daban a la Fiesta emoción auténtica desde que salían de los chiqueros, con su impresionante presencia. Cortarles una oreja en plaza de categoría era un triunfo de una dimensión que hoy no dan los trofeos, que tan fácilmente se consiguen.

Naturalmente, con toros así había que ajustarse a la fuerza del enemigo, que no admitía las payasadas que consienten las reses mediatizadas que hoy se lidiaban. Se hacían desplantes cuando el toro estaba ya totalmente dominado. El matador le acariciaba la testuz; y aquel diestro gitano que derrochaba arte y miedo, por turno, Rafael Gómez «El Gallo», se sacaba de la chaquetilla un terrón de azúcar pa-

ra agradecer la nobleza del enemigo que, en ocasiones, aceptaba el dulce regalo. Y entonces no se podía torear mirando al tendido, porque había que estar siempre muy pendiente del bravo adversario.

Toreros largos y toreros cortos. Entre los cortos estaba mi paisano Nicanor Villalta, que cortó en la plaza de Madrid más orejas que nadie, porque dentro de lo reducido de su repertorio, mandaba con la muleta y mataba guapamente a toros muy respetables. Manolete también era corto, aunque inventara un pase. Lo que hacía, lo hacía bien honradamente y tengo la fortuna de conservar vivo en mis recuerdos la famosa faena que hizo al sobrero de Pinto Barreiro, en el coso madrileño.

Es curioso cuánto pesan a la hora de opinar sobre los acontecimientos taurinos del pasado medio siglo, aquellos que el tiempo no puede borrar de la retina. Como aquel Veragua lidiado por



Recuerdos de un viejo aficionado

TOREROS «LARGOS» CON TOROS DE VERDAD

Pepe «Bienvenida». Desde que salió de los toriles, el cincheño no conoció otro capote que el del matador. Recogido con destreza fue toreado a la verónica, con todo el garbo de la escuela sevillana y, luego, en tres quites, dio una perfecta lección. Todos distintos, todos sabios, todos elegantes. Fue un alarde de facultades y gracia los tres pares de banderillas: uno de poder a poder, otro, al cuarteo, y otro, al quiebro. La faena de muleta fue un compendio del arte de Cúchares, rematado con una estocada recibiendo. Pepe «Bienvenida» era un torero largo, completo. Los toros viejos no le asustaban.

Tenía razón Federico Alcázar. Manolete marcó una época, sin duda alguna, que aún no ha terminado. Pero yo no participaba de la fiebre de las multitudes de aquella época, porque no podía olvidarme de lo que había visto a otros toreros y con otros toros.

J. SANZ RUBIO



¿SE LE CAE

EL

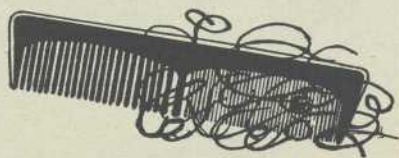
CABELLO?



¡¡USTED PUEDE EVITARLO!!

En el mundo, hay miles y miles de mujeres y hombres que sufren la gran preocupación por la caída de su cabello, o que tienen caspa o grasa... Esos problemas sin dolor pero que tanto daño causan, debido a las molestias y complejos que producen. Hechos que afean y envejecen a la persona misma y ante la vista de los demás.

Si sobre su cabeza existe alguna de estas cuestiones es porque no conoce el METODO Sánchez-Lafuente "PARA LA HIGIENE Y CONSERVACION DEL CABELLO".



Defiéndase y triunfe de estos enemigos. No dé lugar a que su peine no peine y le ocurra esto.

Si está afectado por alguno de dichos problemas, adopte este METODO y será una más que añadir a las miles de personas que nos escriben con frases bien elocuentes en las que nos expresan su gratitud.

Es un METODO sorprendente, eficaz y muy económico.

No lo piense más y escriba hoy mismo a:

METODO SANCHEZ - LAFUENTE

"PARA LA HIGIENE Y CONSERVACION DEL CABELLO"

c/. PINTOR VILLACIS, 4 - MURCIA
(frente a Correos)

Y a la vista de los informes que Vd. recibirá, si los solicita -y que son completamente gratis-, si le interesa adquiere el Método, o no, ya que nada le obliga a Vd.

Este METODO, está inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina. En España, con Depósito Legal, MU-159-1960. También con Dirección Facultativa.

Tenemos clientes y Concesionarios exclusivos en Argentina, Canadá, Estados Unidos de Norteamérica, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Noruega, Finlandia, Holanda, Alemania, Bélgica, Suiza, Italia y Marruecos.

(C. S. 231-C)

UN CARTEL UNICO

Recoge los autógrafos de cuantos intervinieron de una u otra forma en la corrida y, asimismo, los del personal facultativo que atendieron a Manolete

de agosto de 1947



Don Fernando Gutiérrez García, hombre activo de Linares, gran aficionado a la Fiesta de los toros, posee posiblemente el cartel de más mérito y valor que anunciaba la corrida trágica. Es un cartel en tela de amplísimas dimensiones, donde se recogen los autógrafos de los diestros, personal subalterno, autoridades que presidieron la corrida, doctores que atendieron al diestro caído, sanitarios auxiliares, Empresa, etc., etc. Todos cuantos, de una u otra forma, intervinieron en la corrida o, posteriormente, en la intervención del torero trágicamente herido en Linares, aparecen en el amplio mural.

Esto, aparentemente fácil, es extraordinariamente difícil de lograr. De ahí el mérito que don Fernando Gutiérrez tiene. Ha conseguido, posiblemente sin intentarlo, un trabajo que para cualquier museo no tenga precio. Nuestra enhorabuena.

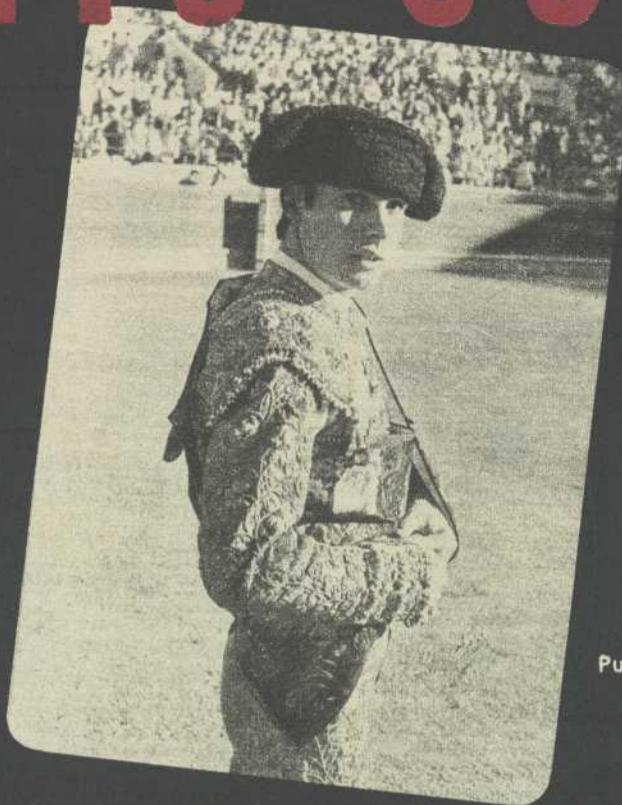
(Fotos TRULLO.)



JOSELITO CUEVAS

DE OSUNA

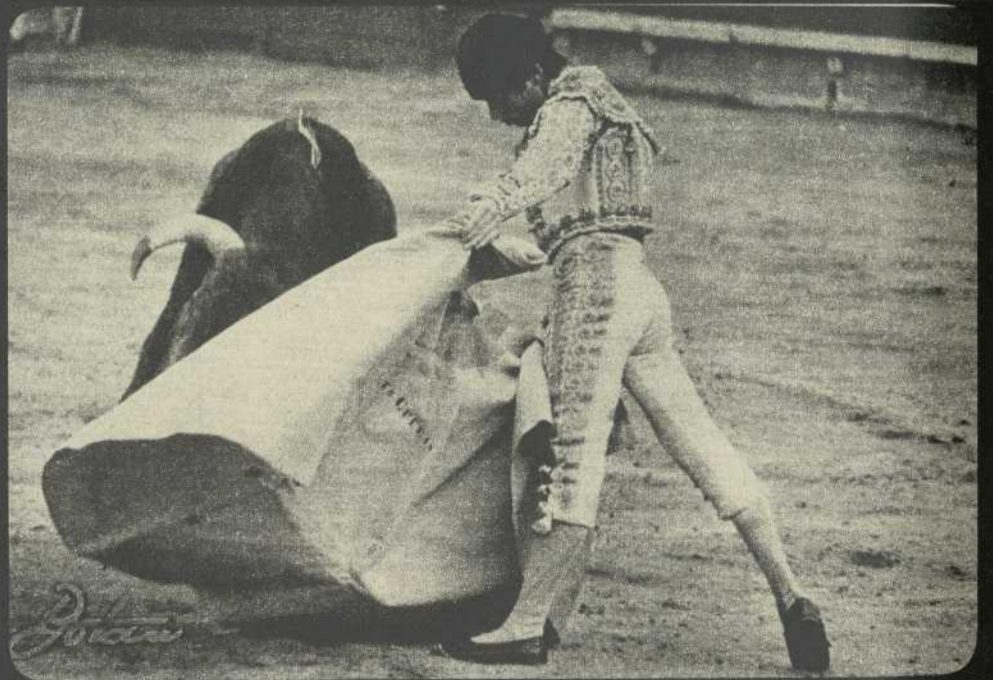
(SEVILLA)



Pundonor



Gran oficio



Gran arte y maestría

¡OFICIO! Ya 121 Novilladas y Festivales sin caballos, desde el año 1968 a 1971

Valdemorillo

JAIME OSTOS
FERMIN MURILLO
MACARENO
PACO CAMINO
JOSE L. DE LA CASA
JOSELITO CUEVAS
4 orejas y 2 rabos

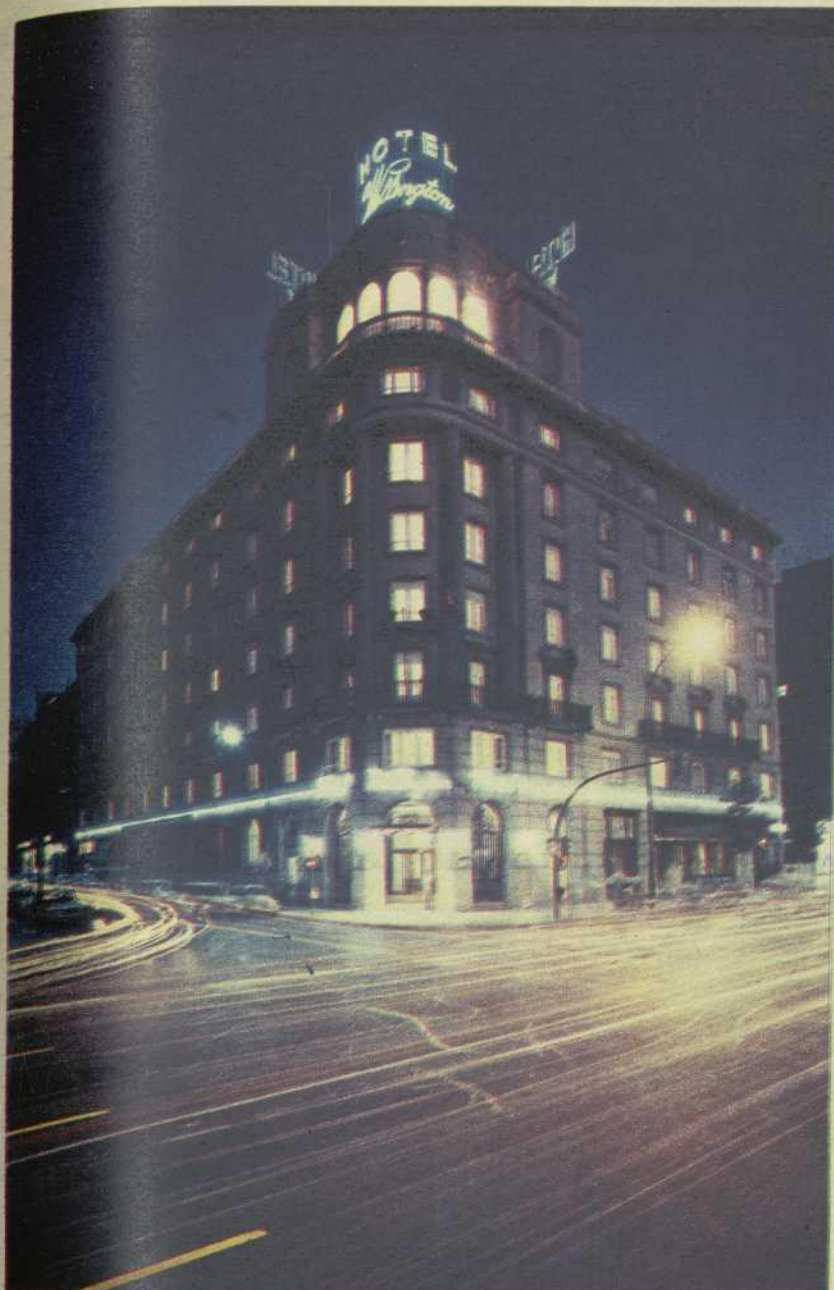
HA DICHO TELEVISION ES.
PAÑOLA:

«Conoce muy bien su
oficio, con gran clase.»

Primer año con pica-
dores y en cabeza del
escalafón

MAXIMA FIGURA
AÑO 1972

DIRECCION: MILTON DE ZUQUER - SAN LORENZO DE EL ESCORIAL - TEL. 296 19 95 (NOCHE)
SR. SEBASTIAN - MADRID - TELEFONO 204 83 76 (NOCHE)
SR. CUEVAS - MADRID - TELEFONO 203 55 94



HOTEL WELLINGTON

Hotel señorial en el céntrico barrio de Salamanca, al lado de la calle de Alcalá y del Parque del Retiro; muy cerca de la Puerta de Alcalá, Correos, la Cibeles, Museo del Prado, plaza de toros y de los mejores comercios de Madrid. 200 habitaciones y «suites», todas con baño privado, aire acondicionado, televisión y música. Salones para convenciones y banquetes. Piscina, sauna, garaje, peluquería, restaurante típico «EL FOGON» y bar «La Llave de Oro»



HOTEL CLARIDGE

Situado en el eje del Madrid moderno, cerca del Parque del Retiro, el HOTEL CLARIDGE, de categoría 1.º A, le ofrece para su más grata estancia: 180 habitaciones alfombradas y exquisitamente decoradas, dotadas de cuarto de baño privado y aire acondicionado. Excelente cocina internacional y típica española, preparada por «chefs», de gran prestigio. Cafetería y snack-bar, bar americano con música ambiental. Servicio médico del hotel, personal políglota profesional, Correos, Telégrafos, garaje privado, salones para banquetes, etcétera. HOTEL CLARIDGE, su hogar en Madrid



Unanimidad de criterios entre los amigos del diestro

CORDOBA. (De nuestro enviado especial.) — Don Miguel Zamora Herrador, procurador de los Tribunales, alférez provisional —esto lo sabemos porque exhibe orgulloso en la solapa la gloriosa insignia—, fue íntimo amigo de Manolete. Le visitamos en su casa. Desde el primer momento —tratándose de Manolo, lo que ustedes quieran— se puso a nuestra más completa disposición informativa. Nos llevó a su despacho y biblioteca.

—Observen el detalle. Aquí está



En el arcón de su despacho busca recuerdos del amigo íntimo

EL RUEDO encuadrado. Todos los tomos, como ven, aparecen con lomo rojo, menos uno, que está en negro, de luto. Pertenece al año de la muerte de mi querido amigo.

Tiene don Miguel, al lado del reloj, la mascarilla del amigo muerto, del monstruo torero...

—Pero esperen, por favor.

Marchó a las habitaciones de arriba del inmueble y bajó para exhibir un encendedor. Se trata de una bomba de mortero en miniatura.

—Como él había sido artillero en 1943, les brindó a varios militares de ese Arma un toro en La Línea. Luego, le hicieron este regalo con restos de un avión que los ingleses derribaron en Gibraltar... Poseo otros varios recuerdos de él.

—¿El más grato?

—Su amistad. Si buen torero, pueden decir que todavía fue muy superior como persona. Siendo una de las grandes figuras del toreo de todos los tiempos, era mejor en cuanto a hombría de bien, caballeridad y amistad se refiere. ¡Cómo sería! Bueno...

—Siga, don Miguel.

—Manolo poseía, vestido de paisano o de luces, personalidad que pasaba. Como torero, había ocasiones en que daba las estocadas contrarias, pero muy bien ejecutadas. Y él, parsimonioso y veraz, decía: «Es difícil de encontrar el sílo de matar siempre en el mismo lado.» Era tan buen artista como matador.

—¿Podría explicar la seriedad



Don Domingo Roca Bejarano, amigo desde la infancia de Manolete (Fotos LADIS.)



En el bar de don Joaquín Montoro existen multitud de fotografías de «El Monstruo», un bulto del mismo y la portada de EL RUEDO que informaba con amplitud de la muerte del torero

«HOMBRIA DE BIEN Y CA

que se le achacaba a Manolete, con una anécdota?

—Debido a mi profesión le dije un día que tenía «un asunto difícil», que estaba preocupado. Pero lo dije riendo. El me expató de inmediato: «Mira; me gusta eso, verte reír ante lo difícil. Para mí, en la profesión de torero todo es serio y muy difícil...»

Manolete era tan inteligente que, según nos cuenta don Miguel Zamora, fue premio extraordinario en los salesianos cordobeses, cuando era un chavalín.

—Manolete fue un autodidacta, con una cultura general poco corriente...

(Y se fue nuestro interlocutor a un arcón, donde guarda un montón de cosas con auténtico cariño.)

—Pues bien; aquí tienen ustedes la prueba: El cuadro de honor

del colegio donde iba. Ahí está, en cuarto lugar, el nombre de Manuel Rodríguez Sánchez... ¡Manuel, luego, a lo largo de toda su vida, continuó teniendo una inteligencia portentosa! ¿Y sabe?

—No.

—Manolo, amén de todas las virtudes que en vida le adornaron, era un hombre que sabía escuchar.

—Un día —continuó diciendo—, hablando de los honorarios de los toreros, que comenzaban a subir, me soltó la frase: «Los tiempos cambian y los gastos también. Por mi parte, quisiera siempre seguir igual.»

—Defina a Manolete.

—Un torero fuera de serie. Un señor, un caballero, también fuera de serie, en la calle.

—¿Trató con él durante la época de servicio en la milicia?

—Claro. Pertenece a la familia de Gutiérrez Ozores. Era ya de ra del toreo y, en cambio, ¡tal rectitud en la vida! se quitaba de en medio cuando llegaban los oficiales...

Todo un ejemplo.

Otro amigo de Manolete es don Domingo Roca Bejarano, persona amabilísima, que también puso de inmediato a nuestra disposición.

—¿Cómo era el «monstruo» Córdoba?

—Un modelo. Un hombre que torero y un torero mejor hombre. Iban las dos cosas perfectamente.

—Pero dicen que era demasiado serio...

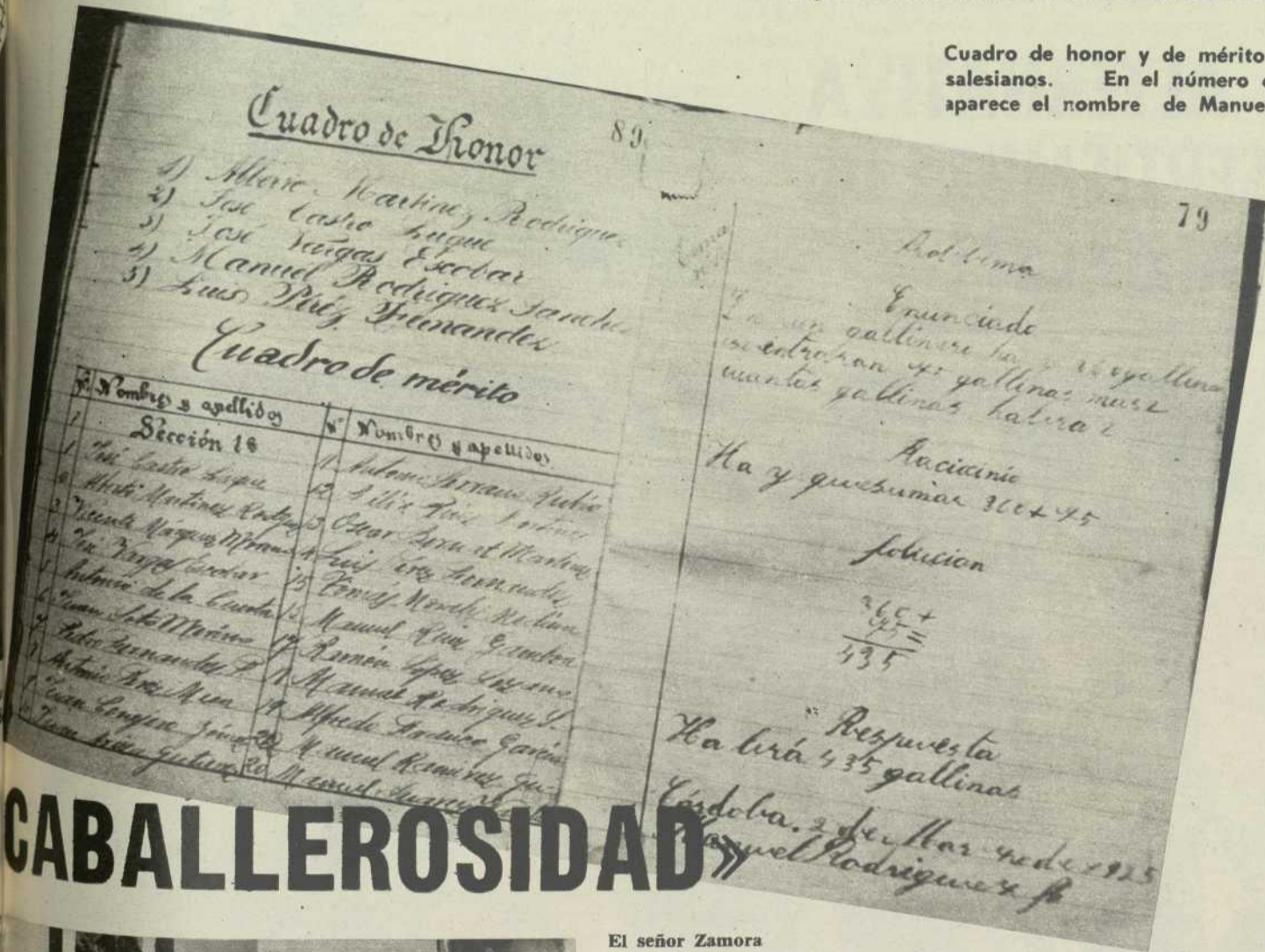
«MANOLETE TENIA UNA PERSONALIDAD QUE PASMABA»

«Hombre mejor que torero; torero mejor que hombre»



Don Miguel Zamora exhibe varios recuerdos de su íntimo amigo Manolete

Cuadro de honor y de mérito del colegio de los salesianos. En el número cuatro aparece el nombre de Manuel Rodríguez Sánchez



tardes de mala suerte, resaltaba su gran moral, y en la vida, un hombre que no habla mal de nadie, pocos o ningún defectos puede tener. A Manolo siempre le oí hablar bien de sus compañeros y de sus amigos.

—¿Cuándo le conoció por primera vez?

—Cuando tenía trece años, en Córdoba la Vieja. Resulta que me gustaba torear y asistí a un tentadero donde estaba él. Por lo visto no anduvo bien, y algunos, que también tentaban, me miraron de no muy buenas formas. Se acercó Manuel Rodríguez y dijo: «Todos esos son unos envidiosos. No te preocupes; has estado extraordinario.» Ese era Manolo.

—¿Quiénes cree que han sido los mejores toreros de nuestra historia?

—Ha habido cinco toreros básicos: Lagartijo, Guerrita, Joselito, Belmonte y Manolete. ¿Buenos toreros? Ha habido varios buenos...

Y ya de despedida, casi en la calle, dijo:

—Manuel fue excepcional. ¡La verticalidad que tenía ese hombre! ¡Jamás le vi descompuesto! Era un hombre que transmitía, que poseía mensaje...

Con seis amigos íntimos más de Manuel Rodríguez tuvimos el gusto de dialogar en la Ciudad de los Califas. Todos coincidieron en apreciaciones y consideraciones de tipo personal que en vida adornaron las virtudes del gran diestro. De las declaraciones de todos quedan, como buena muestra de lo que Manuel Rodríguez fue, las anteriores declaraciones. Quede con la publicación de ellas nuestro reconocimiento y gratitud por las atenciones recibidas en la ciudad andaluza que viera nacer al gran torero.

Jesús SOTOS

El señor Zamora enseña a nuestro enviado especial el libro de honor del colegio al que asistía Manolete

—Serio en sus cosas, como debemos ser todos los hombres en la calle y en nuestras profesiones. Pero luego sonreía, incluso gastaba una chirigota. Solía alternar cuando el tiempo se lo permitía. Lo que no hacía, ni en broma, era criticar a nadie. Al revés; trataba de justificar, y, si no podía llegar a esto, disculpaba cualquier mala actitud. Era, además, un hombre culto, que le gustaba asimilar to-

do lo bueno que la vida o los hombres le pudieran enseñar. Le gustaba aprender un poco más cada día.

—¿Virtud torera desde su punto de vista?

—Gran personalidad. Era todo perfección, hablando en términos generales. De su forma de matar no se ha hablado mucho, y lo cierto y verdad es que también era un excelente matador.

—¿Defectos?

—¿Defectos? En los toros, en las



Y CABALLEROSIDAD

JUAN L. RODRIGUEZ

**TOMA LA ALTERNATIVA
EL 12 DE SEPTIEMBRE DE
1972, EN ALBACETE**



"YO PERDI LA AFICION"



★★★★★★

★★★★★★★ Por Rafael GARCIA SERRANO ★

La afición no es un objeto, como el encendedor, el reloj o el sobrecito de LSD, que se pierde con facilidad, que te lo dejes sobre la mesa de un bar en beneficio de un vivo, o que te la quite, con todo derecho, la Guardia Civil o la Brigada Antiestupefacientes. La afición nace con uno y, generalmente, muere con uno, eso en el supuesto de que en el cielo no haya corridas de toros, como a mí me aseguró un ilustre sacerdote en tiempos de Manolete, y que ahora seguramente dirá todo lo contrario porque me ha salido posconciliar hasta el tuétano del jersey rojo con cuello alto que luce como signo de su estado clerical.

De todos modos, yo sigo creyendo que en el cielo habrá purísimas y hermosas corridas de toros y que allí volveré a recuperar la afición que perdí hace veinticinco años.

Mi afición la perdí en Roma, en Pensione Villa Borghese, y a eso de las cinco de la tarde. No precisamente a las cinco en punto de la tarde; pero, desde luego, entre las cinco y las seis de la tarde. Perdí la afición en mi cuarto, cuyas amplias ventanas daban a los jardines de Paulina Bonaparte, a la que casi todos los días veía desnuda. De mármol, pero desnuda, porque si llega a ser de carne y hueso no lo cuento. Soy hombre discreto, cosa que no tengo inconveniente en advertir a la dama que pueda interesarle, porque esa afición no la he perdido, aunque en ella tenga tan poco que hacer como en la calle Estafeta, a las siete de la mañana de cualquier día de los «sanfermines».

Podía haber perdido mi afición en los alrededores del Coliseo, que hace más taurino, y hasta contarle así, aunque fuese mentira; pero la verdad es que fue una tarde soleada de agosto, en Roma, en mi cuarto de la Pensione Villa Borghese. Yo había pasado mis vacaciones en España y seguí a Manolete en lo que pude: Madrid, Segovia, no recuerdo qué otro lugar, Pamplona —donde le vi culminar una de sus faenas más deslumbrantes junto a un público que le era fiel, no como casi todos los demás, siniestramente movidos— y luego de nuevo

en Madrid, la tarde del Carmen. Yo estaba en el tendido del 8. Unas filas más atrás de la mía alguien le gritó estúpidamente:

—¡Más cerca!

Manolete se volvió hacia el 8 sin dejar de pasarse el toro por la cintura, y la ley de la impenetrabilidad de los cuerpos, por el momento, dimitió. Estaba todavía más cerca, fundido con el toro, hasta que el toro caló en la carne del cordobés. Quisieron retirarle, pero el hombre se mantuvo en la faena. Le corría la sangre por al pierna y continuó toreando, lento, implacable, hasta perfilarse. Mató como un rayo; pero como un rayo que explicase sus movimientos a beneficio de los estudiosos, en cámara lenta, dejándose ver. El que no se dejó ver fue el propietario de la voz estúpida, que tuvo que ser protegido por la Policía Armada del linchamiento. Naturalmente, del linchamiento después de la faena de Manolete; durante la faena nadie era capaz de la menor venganza porque su arte llenaba de serenidad al mundo.

Esa tarde fue el ensayo general con todo para la muerte. Sólo faltó la muerte. Ella se limitó a asomarse, a dejar tarjeta.

Al día siguiente, mis vacaciones terminaron y tomé el avión de Roma en Barajas en compañía de tres obispos, cinco monjas, once frailes, tres contrabandistas de cuadros y joyería fina, varios turistas, un matrimonio en luna de miel, amén de dos tortillas de patata gigantes, un saco de empanadillas y cuatro botellas de «Fundador», que era el valor oro en las relaciones económicas italo-españolas. De todo lo enumerado, solamente las tortillas, las empanadillas y el «Fundador» eran de mi pertenencia, si bien por poco tiempo, ya que en Ciampino me esperaban colegas españoles e italianos para irnos a tomar el aperitivo, con todo aquello, al lago Albano. La comida vendría luego.

Mes y pico después estaba yo trabajando. Mi «compagno» Alberto Crespo había salido a depositar en Piazza San Silvestro su crónica y la mía. Yo andaba liado con una novela sobre la conquista de Méjico—«Cuando los dioses nacían en Extremadura»—, y aquella noche nos

correspondía a Alberto y a mí invitar a cenar, en un comedor reservado de la pensione, a nuestros colegas españoles. Recuerdo que entró sin llamar Luis González Alonso, entonces agregado de Prensa en la Embajada española ante el Quirinal, ya desinfectado de Saboyas. Luis había ido a España conmigo, arrastrado por mi manoleatismo, y se había quedado alguna semana más. Era un neófito del manoleatismo. Venía pálido y balbuciente, hablando en napolitano como siempre que le atropellaba la emoción.

—Ha muerto Manolete —dijo Luis—. Ha muerto esta madrugada. Le mató un toro en Linares.

No quiso evitarme nada. Me lanzó una catarata de periódicos de todos los colores políticos sobre la mesa. Eran los periódicos, calentitos, de la tarde. Me llamó la atención un titular a toda plana: «Ha muerto el Beethoven de la tauromaquia. La más bella estocada con un cornalón en el vientre.» Pensé, naturalmente, en la femoral. Pero también pensé que aquello era imposible, aunque yo sabía, por triste experiencia, que nada era, tristemente, imposible en este perro mundo. Ya me había pasado eso alguna otra vez. Una vez. Unos años antes. Si que me había pasado.

Intenté defender mi fe:

—Luis, los periódicos de la tarde exageran siempre por vender, y más en un verano sin guerras a mano.

—Es cierto. He preguntado en la Embajada. No sé quién lo ha oído por Radio Nacional.

Ya no hablamos más. Teníamos los ojos arrasados. Abrió el bar y bebimos. Yo rezaba mentalmente. Fue la más triste cena que recuerdo de aquel grupo de corresponsales. Al día siguiente me llamó Luis. Una revista democristiana quería un artículo de especialista sobre Manolete, muy anecdótico y con emoción. El se encargaba de traducirlo al italiano, que escribía tan bien como el napolitano y el español. Conté aquello de José Vicente Puente, que una vez nos dijo:

—¡Qué faenón va a hacer esta tarde!

—¿Y eso? —preguntó un peluisista.

—Es que me le he encontrado esta mañana en el Retiro. Se entrenaba.

—¿Se entrenaba?

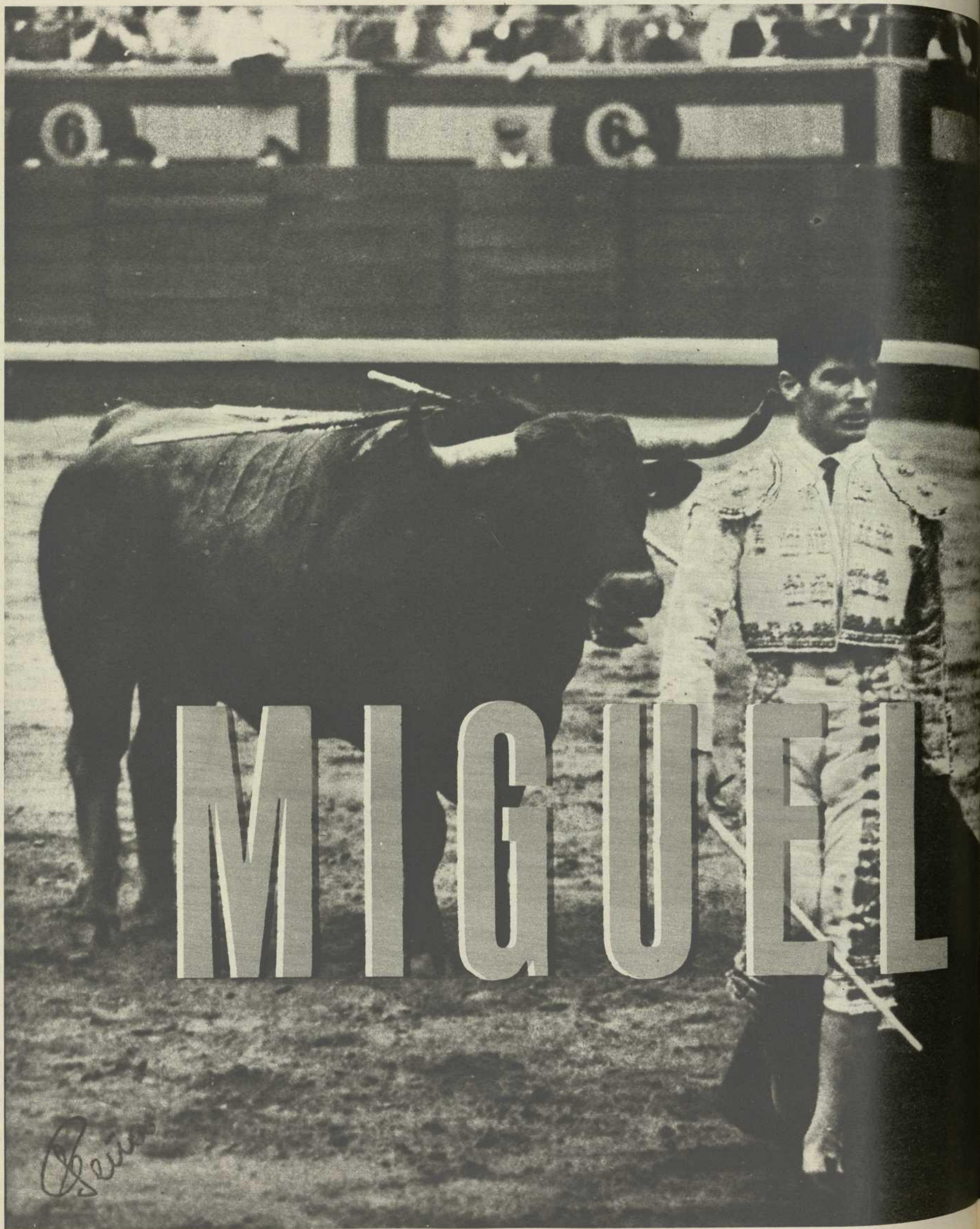
—Sí; andaba sobre las aguas del estanque, y Don Alfonso XII le había tirado el ros.

Contaba la fundación de la «Cofradía de los Humildes Sierros de Manolete» y nuestro rito de arrodillarnos en medio de las ovaciones, elevando los brazos al cielo, a la vez que clamábamos: «No nos lo merecemos, Señor; no nos lo merecemos.» Y aquello que no sé quién se sacó de la mollera, y que consistía en una placa para poner a la puerta de casa, con el retrato de Manolete y estas palabras: «Torearé al natural ante todos los aficionados en cuya casa esta imagen sea expuesta y honrada.» Y también mi «piccola trovata» —que posteriormente un escritor y filósofo exilado creo que se apropió, aunque no estoy seguro porque todavía no he leído su libro— en un tendido madrileño, cuando dogmatiqué ante mis amigos: «Manolete es como la cuarta persona de la Santísima Trinidad.»

El semanario democristiano no solamente no nos pagó ni a mí traductor ni a mí, sino que a mí me arrasó el artículo, porque los democristianos de Italia son tan liberales y allí hay tanta libertad de Prensa que se cepillaron, sin previa consulta, todo aquello de la crónica que juzgaron irrespetuoso. Entonces perdí mi fe en la gran democracia italiana, cosa que me importó tanto como perder un pitillo en un estanco.

Lo malo es que aquella tarde de agosto, a unas horas de la madrugada en que murió Manolete, yo había perdido mi afición; de modo que hace veinticinco años que no he pisado un tendido, salvo compromisos oficiales o profesionales. Cinco o seis veces a lo sumo. Me quedé vacío porque yo sabía que el torero, a partir de aquel instante, entraba en uno de esos grandes valles sombríos, helados, de perfección técnica y aburrimiento. Otro torero vendrá como surgido de aquella tarde, y entonces yo lo notaré en mi corazón y volveré a los toros. Mi corazón, hasta ahora, permanece silencioso.

Ayer, hoy, siempre...

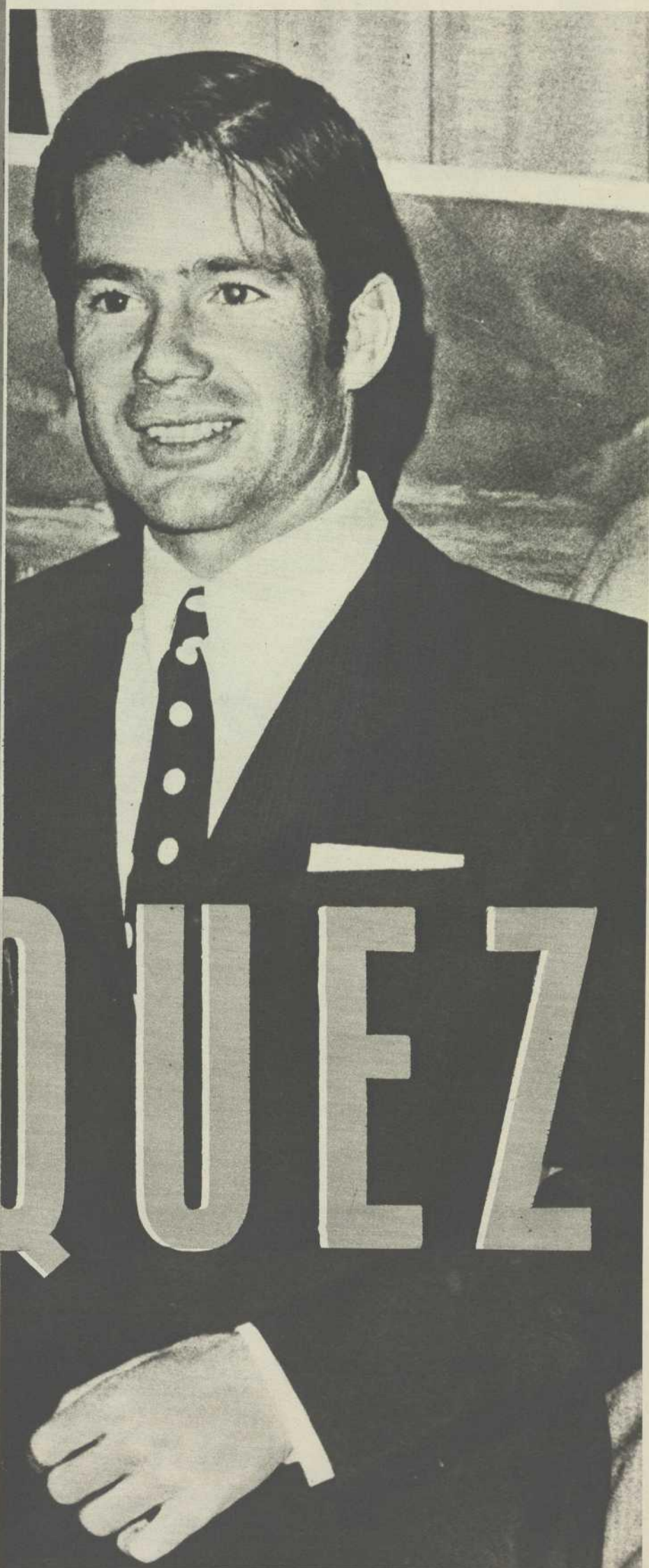




**NOTICIA
EN EL TOREO**

MARQUEZ

**¡¡EN LA CUMBRE
CON SU
PUNDONOR!!**



LA

INA

**Jerez
seco**

DOMECQ

Sabor y
alegría de
España.

